



*Helena
Sivianes*

*Encontrada
por la
tentación*

TRILOGÍA TENTACIÓN 3

Click
EDICIONES

Índice

Tercera parte
Encontrada por la tentación
Saga Tentación

1. En tierras gallegas
2. Hola, Ortigueira
3. Sacando fuerzas
4. Las ganas
5. Una noche diferente
6. No, por favor
7. Respuestas
8. Intentándolo de verdad
9. No te alejes nunca
10. No es tan fácil
11. ¿Saber perdonar?
12. Ahora o nunca
13. Un futuro... ¿juntos?
14. No estoy hecho para esto
15. Un desayuno diferente
16. Planes para un futuro no lejano
17. Luchando por nosotros
18. La mansión
19. La madre que nunca fue
20. Algo inesperado
21. Llamada a tres
22. Velocidad de vértigo
23. Confesiones
24. Hogar, dulce hogar
25. La última semana

- 26. El día
- 27. Epílogo

Agradecimientos

Notas

Biografía

Créditos

Click

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos
exclusivos!**

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro

y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

A los pilares de mi vida. Gracias por soportar mis horas de insomnio y apoyarme en este sueño. Jesús, Sofía, María Jesús, sin vosotros esto no sería posible

1

En tierras gallegas

La voz de la azafata me despierta de mi trance. Hace solo un par de horas que dejé atrás Barcelona, a mi amiga Merche, a Miguel, a Marc. No quiero pensar en él; he hecho este viaje sin calcular las consecuencias y no sé lo que ocurrirá a partir de ahora.

«Señores pasajeros, bienvenidos al aeropuerto de A Coruña, permanezcan sentados y con el cinturón de seguridad abrochado hasta que el avión haya parado completamente los motores y la señal luminosa se apague. Los teléfonos móviles deberán permanecer totalmente desconectados hasta la apertura de puertas. Les rogamos tengan cuidado al abrir los compartimentos superiores, ya que el equipaje puede haberse desplazado. Por favor, comprueben que llevan consigo todo su equipaje de mano y objetos personales. Les recordamos que no está permitido fumar hasta su llegada a las zonas autorizadas de la terminal. Si desean cualquier información, por favor diríjense al personal de tierra en el aeropuerto, muy gustosamente les atenderán. Muchas gracias y buenas noches.»

El avión se vacía y yo sigo sentada en mi asiento, sin saber qué hacer ni adónde dirigirme. Acabo de hacer la mayor locura de mi vida, más que la de abandonar la calidez de mi hogar para ir a Barcelona.

—Señorita, por favor, debe abandonar el avión. —La azafata se ha acercado a mí y la miro sin reaccionar—. ¿Le pasa algo? ¿Podemos ayudarla?

—Perdón —balbuceo—, ya salgo.

Cojo el poco equipaje que rápidamente metí en mi maleta, que la pobre está destrozada con tanto viaje en tan poco tiempo, me cuelgo el bolso con mis escasas pertenencias, que siempre me acompañan, el iPad, el portátil y mi móvil. Ni siquiera sé por qué los he traído conmigo, tal vez la costumbre, el caso es que no tengo ningún interés en mirar nada de lo que puedan enseñarme, ahora no.

Camino por la terminal completamente vacía; solo algunos pasajeros están recogiendo su equipaje en las cintas transportadoras. Salgo al exterior y el frío me cala, porque aún llevo el vestido que elegí para la fiesta.

Definitivamente voy a cortarlo en trocitos muy pequeños y a prenderle fuego. Me debe de haber mirado un tuerto o algo, porque nada me sale bien. No sé si el mundo está contra mí o soy yo la que va a contramano.

Busco en el interior del bolso y doy con mi pitillera después de tocar varias veces mi móvil y casi caer en la tentación de mirarlo. Necesito un cigarro, acabo de aterrizar en una ciudad que no conozco, veo salir el sol tras los montes que rodean el aeropuerto. Las vistas son preciosas, el verde lo inunda todo, al menos estoy mirando algo bonito. ¿Adónde voy? ¿Qué hago?

Tengo miedo de haberme equivocado tomando esta decisión precipitada, de estar actuando como una niña pequeña que, cuando las cosas no salen bien y todo se tuerce, coge una pataleta y sale corriendo sin mirar atrás.

Pienso en lo que ha pasado en estos pocos meses. Mi ex me traiciona de la peor forma y me siento utilizada, decepcionada, manipulada. Cuando consigo salir y refugiarme en mi trabajo, me embarco en el mejor proyecto que podía imaginar, un evento con letras mayúsculas. Sin embargo, nunca debí aceptarlo. Aunque en lo laboral es lo mejor que me ha ocurrido, en lo personal desearía que nunca hubiera pasado.

Desde el momento en que me embarqué en ese proyecto mi vida se ha ido desmoronando y solo hay una palabra que lo explica: Marc. Todo se torció en el momento en que nuestras miradas se cruzaron en el restaurante del hotel, estrechamos nuestras manos para saludarnos y aquella electricidad recorrió mi cuerpo entero. Maldita sea la hora en que decidí entrar en su juego.

Un taxista, el único que hay en estos momentos en la entrada del aeropuerto, se acerca a mí. No me he dado cuenta de que estaba llorando hasta que me ha tendido un pañuelo para secarme las lágrimas.

—Señorita, ¿está usted bien?

Levanto la mirada y veo a un chico alto, con el pelo castaño claro, enormes ojos marrones y unos labios carnosos y perfectos. Me dedica una sonrisa que ilumina su rostro y no puedo evitar responderle.

Cojo el pañuelo que tan amablemente me ofrece y me limpio la cara. Me siento tan insignificante, tan poca cosa... No sé qué responderle.

—¿Puedo llevarla a algún lado?

—No... no tengo donde ir...

No entiende lo que le digo, o al menos esa es la impresión que me da. Coge mi maleta del suelo y la guarda en el maletero. Yo observo sin decir nada.

—Vamos, la invito a un café.

Posa su mano sobre mi espalda y regresamos al aeropuerto, que poco a poco ha ido cobrando vida. Los próximos vuelos empiezan a anunciarse en las pantallas de información. Caminamos uno al lado del otro, su mano aún sobre mi espalda, pero no me molesta. Me siento extraña, eso sí, en una ciudad desconocida y con un hombre al que no conozco de nada, que lo único que ha visto de mí son lágrimas y unas simples palabras y me está llevando a tomar un café.

Llegamos a la cafetería y me siento mientras él se acerca a la barra. Regresa con un par de tazas.

—Una tita —me dice empujando una de ellas hacia mí— te sentará bien.

—Gracias. —No salen más palabras de mi boca.

—Iago. —Lo miro extrañada, sin entender qué me está diciendo—. Ese es mi nombre.

—Daniela, pero puedes llamarme Dani.

Nos presentamos y nos quedamos mirándonos el uno al otro. Me fijo más en sus rasgos: es un hombre muy guapo, creo que me recuerda a alguien. Los ojos apenas le caben en la cara. Es alto, musculado, y entonces caigo, claro, me recuerda a William Levi. Sonrío.

—Así estas mejor, te hace más guapa —me dice, interrumpiendo mis pensamientos—. ¿Qué estabas pensando que te ha hecho sonreír?

—Nada, es solo que me recuerdas a alguien. —Frunce el entrecejo; sabe por dónde voy.

—Vaya, mira Jessica Rabbit, rápidamente me ha buscado parecido. — Me sonrojo ante su comentario y miro mi ropa—. ¿Te has escapado de una fiesta? —pregunta, mirándola él también.

—Se podría decir que sí, aunque ahora no sé si fue una fiesta o el mayor error de mi vida.

Empezamos a hablar. Me siento cómoda a su lado y empiezo a contarle un poco de mi vida. Siempre me ha costado hablar de mis cosas, aunque con Miguel conseguí hacerlo y ahora me está pasando lo mismo.

Le cuento lo justo, eso sí, que estaba en Barcelona en el cumpleaños de un amigo. No soy capaz de pronunciar la palabra *novio*; nunca sentí realmente que Marc me viera así, a pesar de que pronunció esa misma palabra para referirse a mí. Iago no me juzga, solo me escucha, pero tampoco necesito que nadie me eche un sermón en este momento y opine si he hecho bien o no; solo quiero desahogarme y lo estoy haciendo.

—Y ya ves, ahora me encuentro aquí, en la cafetería de un bar, sentada con un desconocido, contándole mi vida, en una ciudad extraña para mí y sin saber adónde ir.

—Bueno, para mí ya no eres una desconocida, y a eso de que estás en una ciudad extraña, ya le pondremos remedio. —Levanto la mirada de mi taza vacía para entender qué me está diciendo—. Te recuerdo que soy taxista, aunque en mis ratos libres, por así decirlo. Soy gallego y sé dónde te puedes quedar.

—¿Sí? —le digo, más emocionada de lo que me gustaría.

—La verdad es que tenemos un camino largo hasta nuestro destino. Vivo a una hora larga de aquí, en un pequeño pueblo costero. Los fines de semana trabajo en el taxi, siempre en el aeropuerto y de madrugada, y eso me da para pagar alguna que otra factura. Mira por dónde, este fin de semana no pensaba venir, pero me alegra haber cambiado de opinión.

Nos levantamos de la mesa para volver a salir del aeropuerto. Por el camino me dice que vive en Ortigueira. No sé dónde es, pero escucho embobada cómo me habla de su localidad con ese acento gallego tan bonito.

Cuando llegamos junto a su taxi abre la puerta del copiloto y me invita a entrar. No sé por qué acepto, y cuando me doy cuenta ya estamos de camino a su pueblo, ese del que no deja de hablarme. Vive prácticamente con sus padres, pues tienen un restaurante en el mismo edificio, junto a un bar de copas donde suele trabajar de noche.

—No creo que tengan problema en alquilarte una habitación.

—¿Por qué me ayudas? —le pregunto, intrigada.

—Pues la verdad, no lo sé, es la primera vez que me pasa. Te he visto allí, sola, llorando, y algo me ha hecho actuar así.

—Solo estaré unos días y no es necesario que me quede con vosotros. Buscaré un hostel.

—¿Qué te crees que te estoy ofreciendo?

—Vaya, veo que tus padres se lo tienen bien montado.

—La verdad es que no nos podemos quejar —gira la cabeza para mirarme y dedicarme una amplia sonrisa—, pero por eso tengo también este empleo; no quiero que nadie piense que me aprovecho del duro trabajo que ambos realizan.

—Bueno, me quedaré unos días. Me estás hablando tan bien de Ortigueira que me han entrado ganas de conocerlo.

El resto del camino lo hacemos callados y al final me quedo dormida escuchando la música, que no consigo identificar. Por primera vez en muchas horas me siento a gusto, en paz conmigo misma, relajada.

Hola, Ortigueira

Dormí como hacía muchísimo tiempo que no lo hacía, y no porque hubieran sido muchas horas, no, es que no soñé con nada, o al menos no recordaba ningún sueño. Me desperté con la mente en blanco, en paz, feliz. Pero al abrir los ojos, mirar alrededor y no reconocer ni la habitación ni la cama, un grito ahogado escapó de mi garganta. Escuché acercarse unos pasos y la puerta se abrió de par en par.

—*¿E como a ti, neno?* —No entendí lo que aquella mujer trataba de decirme—. *Iago, o seu amigo ten espertado.* —Su acento cantarín me hizo recordar que estaba en Galicia. ¿Cómo había llegado a la habitación? Iago, ese era el nombre del taxista, que enseguida apareció sonriendo. Claro, me quedé dormida en el trayecto. No me acordaba de nada más.

—*Tranquila, mom, eu estou aquí, podó levala.*

La mujer salió diciendo más cosas que no comprendí, Iago le contestaba y mi cara debía de ser todo un poema a juzgar por la risa que le entró cuando nos quedamos solos.

—¿Qué demonios...?

—Perdona, Daniela, mi madre solo habla gallego, aunque entiende perfectamente el español —me explicó con el mismo acento de antes, el que me había gustado durante el viaje en el taxi—. ¿Qué tal has dormido?

—Bien, o eso creo... ¿Dónde estoy?

—En mi casa. Perdona mi atrevimiento por traerte aquí, pero estabas tan dormida que no me atreví a despertarte. —En ese momento me di cuenta de que llevaba puesto mi pijama, me sonrojé y lo miré con cara de cabreo—. No me mires así.

—¿Y cómo quieres que te mire? —dije elevando la voz—. Estoy en una casa que no conozco, con personas extrañas, durmiendo en una cama a la que no sé cómo he llegado, con una ropa que no es la que llevaba puesta ayer, ni siquiera recuerdo cuándo me la quité...

—Tranquila, tranquila —intentó calmarme levantando las manos—, yo no fui quien te cambió de ropa, de eso se encargó mi madre, yo solo te subí a

la habitación. —El rubor subió hasta mis mejillas—. Dije que encontraría un sitio donde pudieras quedarte y he cumplido.

Se dio la vuelta con cara de pocos amigos. Me había pasado elevando la voz y juzgándole sin preguntar, pero dadas las circunstancias mi reacción no había sido tan ilógica. Como pude, me levanté y lo alcancé cuando estaba a punto de salir por la puerta. Le puse la mano en el hombro para obligarlo a volverse y mirarme.

—Iago, ¿verdad? —Sonrió levemente—. Perdóname, ¿vale?, no estoy en mi mejor momento, me has ofrecido tu hospitalidad y mira cómo te lo estoy pagando.

—No te preocupes, la culpa es mía, tendría que haberte despertado cuando llegamos, pero se te veía tan relajada... —Su mano rozó mi mejilla y apartó un rebelde mechón de pelo.

—Bueno, lo hecho, hecho está, así que gracias.

Nos miramos y sonrió de nuevo, y la misma sensación de tranquilidad de la noche anterior volvió a atraparme. Recordé nuestra charla en el taxi y también sonreí.

—Vamos, cámbiate de ropa. Tendrás que comer algo, desde que llegaste solo tienes una tila en el cuerpo.

—Sí, será lo mejor. —Las tripas me sonaron nada más escuchar la palabra *comer*, de forma tan evidente que ambos comenzamos a reír.

—Te espero fuera; mi madre ya estará haciendo su despliegue en el comedor.

Nada más salir él entraron los recuerdos: la imagen de Marc con Abril, esa despampanante rubia, sus jadeos, él atado, con los ojos vendados y dejándose hacer. Se me rompió el alma, las lágrimas empezaron a correr por mi rostro, me derrumbé en la cama y dejé que la pena me consumiera mientras ahogaba contra la almohada mis ganas de gritar. Al menos conservé algo de cordura y logré evitar que aquellas personas a las que acababa de conocer y que me esperaban para desayunar me escucharan.

Vi mi maleta junto a la ventana, a medio cerrar. La luz del día se filtraba por los visillos, pero no tuve fuerzas ni para asomarme. Cogí unos vaqueros y una de mis blusas con dibujos, la de las claves de sol en colores llamativos. Si conseguía verme alegre por fuera, tal vez mi corazón empezaría a sonreír.

Sequé mis lágrimas con un pañuelo y aproveché el pequeño espejo junto a la puerta para dar un poco de color a mis mejillas y a los labios. Dibujé una

suave línea negra en los ojos y me recogí el pelo en una cola alta. Al final, la imagen en el espejo resultó mejor de lo que esperaba.

Dudé en sacar el móvil de mi bolso, pero me armé de valor y no lo hice. Supuse que tendría muchas llamadas y debía muchas respuestas, pero necesitaba un poco más de tiempo para estar sola y aclararme.

Al abrir la puerta de la habitación me encontré a Iago apoyado en la pared de enfrente en una postura chulesca, con los brazos cruzados sobre el pecho y esa sonrisa pícaro en la cara.

—Pensé que tendría que entrar a buscarte —me dijo, ofreciéndome su mano.

Bajamos por unas escaleras que había al final del pasillo y enseguida comencé a oír ruido de gente, copas, platos... Nos dirigíamos hacia el restaurante de sus padres. Al entrar me pareció tan bonito... La decoración rústica, el olor a mar, las ventanas que daban al exterior...

—Respira, chica —Iago me estrechaba la mano—, que tampoco es para tanto.

—Pero ¿tú has visto esto? Es precioso, tan acogedor...

—Llevo viéndolo desde que nací, sí. Tal vez por eso me parezca más normal que a ti. Anda, vamos, sentémonos y tomemos algo.

Se me antojaron unas tostadas y un café, pero era tarde y me dejé aconsejar por el camarero. En cuanto la comida empezó a llegar a la mesa me lancé a por ella. Iago se reía de mí.

—Pues sí que tenías hambre.

—No te lo puedes ni imaginar —logré responder mientras daba un sorbo a mi refresco para poder tragar—. Gracias por todo lo que estás haciendo.

—Tampoco es para tanto, y permítame que me meta donde no me llaman, pero deberías avisar a alguien de que estás aquí.

Le lancé una llama por los ojos. Sí, se estaba metiendo donde no le importaba, pero pareció darle exactamente igual, porque continuó echándome el sermón.

—No voy a preguntarte qué ha pasado ni nada de eso, pero anoche tuve que silenciar tu móvil para que no te despertaran. —Le dio un bocado a la empanada, bebió de su cerveza y prosiguió—. Hay gente que se preocupa por ti y supongo que habrá mucho más detrás de lo que me contaste.

—¡Tú no sabes nada de mi vida! —alcé la voz más de la cuenta y varias personas se volvieron a mirarme. Me levanté y, a paso rápido, regresé a la habitación.

Comencé a meter cosas en la maleta, las pocas que habían sacado para encontrar mi pijama. No sé por qué, esperaba que Iago entraría en cualquier momento a decirme un par de cosas, pero no, me había quedado sola, otra vez. Me dejé caer en la cama y empecé a pensar en lo que acababa de decirme en el comedor, y en ese momento me di cuenta de que tenía el móvil en la mano.

Dudé si desbloquear la pantalla y mirar las notificaciones, y al final lo hice. Allí estaban todas las llamadas. Decir que eran muchas sería quedarme corta. Mi madre, mi hermano, mis amigas, Miguel, Marc... Sentí que me quedaba sin respiración; eran tantos sentimientos los que se agolpaban en mi cabeza que no supe por dónde empezar.

No quería preocupar a mi madre más de lo que ya debía de estar. Si la llamaba para decirle que había vuelto a huir removería tierra y cielo hasta dar conmigo y propinarme un par de collejas, bien merecidas. Tampoco me atreví a responder a Merche, que estaría con Miguel —otro al que tampoco sabría qué decir— disfrutando juntos. Pensé en Tere, en mi hermano, sí, él era mi única opción. Marc no se merecía siquiera mi saludo.

Tanteé el teléfono, lo miré una y otra vez, abrí la agenda y vi el nombre de Fran en la pantalla. Por dios, Daniela, eres más fuerte de lo que últimamente representas, me dije, hazlo, marca el teléfono y soluciona tus problemas de una vez por todas.

Unos golpes en la puerta de la habitación me sacaron de mis pensamientos. El móvil se me cayó, impactó contra el suelo y se desmontó por completo.

Iago acababa de abrir y estaba apoyado en el quicio sin atreverse a entrar. Su mirada iba de mí hacia el suelo, donde mi teléfono acababa de pasar a mejor vida. Lo miré y ya no pude retener las lágrimas. Empezaron a rodar por mi cara y un nudo se instaló en mi pecho. Tengo que salir de esto, repetía una y otra vez, necesito volver a ser yo, la Daniela capaz de reaccionar ante las adversidades.

—Perdóname, no soy nadie, lo siento. —Se había acercado a mí y me abrazaba, me acariciaba la espalda para intentar calmar mi llantina—. No quise decirte eso, bueno, sí, me pareces una mujer fuerte, creo que hay personas que se preocupan por ti y que huir no siempre es la solución.

—Pero... es que... soy una cobarde —conseguí decir entre sollozos—, una estúpida, siempre tropiezo con la misma piedra.

—Si no hiciéramos estupideces no seríamos humanos, Daniela. —Se separó un poco de mí para mirarme a los ojos—. No te conozco, pero cuando te encontré en el aeropuerto no vi a una mujer débil, todo lo contrario.

Comenzó a recoger del suelo las piezas esparcidas de mi móvil. Con cuidado, las fue colocando en su sitio y comprobando que no se había roto nada. Me lo entregó con una sonrisa y salió de la habitación dejándome de nuevo allí, con el teléfono en las manos.

3

Sacando fuerzas

No sé cuánto tiempo llevo sentada en esta cama, con el teléfono apagado entre las manos, ni cuánto hace que Iago me dejó sola en la habitación. Sus palabras siguen sonando en mi cabeza: eres una mujer fuerte, huir no siempre es la solución.

Al final he presionado el botón de encendido y, mientras miro la manzanita en la pantalla, decido a quién llamaré. Voy descartando opciones, incluida la de mi hermano. Si quiero salir de esta, solo hay una persona a la que tengo que dejar las cosas claras.

Veo la foto de mis niñas y mía en la playa, y para no torturarme más de lo que me merezco, enseguida abro la agenda y busco su teléfono. Prefiero no pensarlo más de dos segundos, porque si lo hago acabaré apagando el teléfono sin haberle echado el par de ovarios que sé que tengo.

Un tono, dos tonos, tres tonos, y cuando va a saltar el buzón de voz escucho su voz.

—Daniela, ¿dónde estás? Me tienes preocupado. —Me quedo muda al escuchar su pregunta. ¿Acaso no sabe lo que ha pasado? No seas estúpida, Dani.

—Lejos de donde tú estés, Marc, muy lejos. —Escucho como su respiración se agita—. Solo te llamo para decirte que no intentes ponerte en contacto conmigo, nunca más, olvídate de quién soy y de lo que alguna vez hayamos podido tener.

—No te entiendo, pequeña. ¿Qué he hecho? ¿Qué ha pasado?

Esto es más duro de lo que sospechaba. ¿No sabe que lo encontré en la cama con otra tía, después de que me había presentado a todo el mundo como su novia, después de habernos dicho que nos queríamos, después de haber imaginado un futuro juntos?

Un futuro... Ya ni quiero pensar en eso; lo he hecho tantas veces en tan poco tiempo y me he llevado tantos palos que me parece una broma pesada.

—Marc, no hay nada que explicar —su nombre en mis labios me duele —, esto ha sido un error desde el principio, pertenecemos a mundos

diferentes y yo no quiero participar en tus juegos, no quiero sufrir más de lo que ya he sufrido. —Tomo aire mientras las lágrimas vuelven a correr por mi rostro—. No vuelvas a buscarme, no quiero, no puedo más. Necesito estar lejos.

No dice nada. Su respiración es entrecortada, agitada, y cuando me dispongo a colgar y a hacerme fuerte para seguir con mi vida, entonces decide hablar.

—Daniela, tú me quieres y yo te quiero, no sé qué habrá pasado, pero esta no será la última vez que hablemos. Déjame solucionar lo que sea que haya ocurrido.

No puedo escucharle más, no deseo hacerlo, así que cuelgo y me quedo mirando la pantalla. No sé por qué, me decepciona ver que no me devuelve la llamada. Estoy sentada en la cama, sin saber qué decisión tomar, hasta que empiezo a tener claro que no llamará, y que no merece que yo lo haga.

Voy a seguir adelante, así que me armo de valor y marco el teléfono de mi madre. Como siempre, no responde; estamos en temporada alta y debe de estar muy liada. Le envío un escueto mensaje.

Mami, estoy bien, no te preocupes por mí, no estoy en Barcelona, me he venido al norte con unos amigos a poner en orden mis ideas, ya sabes cómo soy. Te llamaré más adelante y te contaré, pero dame espacio. Te quiero.

Necesito seguir haciendo esto. Aunque me haya cogido un cabreo de mil demonios, Iago tiene razón, los míos deben de estar más que preocupados por mí.

Mi hermano, mi otra mitad, ese que siempre ha detectado cuándo he estado mal y viceversa... Sí, necesito hablar con él. Sé que lo que diga no va a gustarme, pero tengo que oír su voz antes de derrumbarme más.

—Daniela...

—Hola...

—¿Dónde estás? Nos tienes a todos preocupados —suspira al otro lado del teléfono—. No puedes hacer las cosas así, mandar un mensaje diciendo que ya te pondrás en contacto con nosotros, ¿en qué demonios estabas pensando?

—Tranquilo, machote —le digo, recriminando que en su discurso haya ido elevando el tono de su voz—, que ya soy mayorcita para tomar mis propias decisiones y no tengo que darle ninguna explicación a nadie.

—Te recuerdo que soy cinco minutos mayor que tú y que si me estás llamando ahora mismo es para escuchar todo lo que tengo que decirte. —No sé si colgarle o reírme a carcajadas con sus ocurrencias—. Vamos a ver, tu vida amorosa no me gusta y lo sabes, pero no puedes salir corriendo cada vez que un tío...

—No hables de lo que no sabes, ¿de acuerdo? —No puedo escucharlo más y corto la frase—. Pedro te gustaba, ¿te acuerdas de eso?, y viste cómo me trató. Y soy una gilipollas, porque he vuelto a caer en lo mismo... —No puedo seguir hablando, las palabras se me atragantan.

—Nena, ¿qué te ha hecho ese tío? Dímelo y te juro que lo mato, joder, algo me decía que la cosa no iba bien. ¿Dónde estás? Voy a buscarte ahora mismo.

—No, Fran, no. Estoy muy lejos de todo el mundo, necesito espacio para mí, para saber cómo afrontar las cosas. Por favor, haz esto por mí. Diles a mis amigas que pronto hablaré con ellas, ¿vale?

—Prométeme que me llamarás si necesitas algo.

Nos despedimos con la promesa de que no vendrá a por mí, aunque no me lo creo mucho, y de que yo me mantendré en contacto con él. Al fin y al cabo, Fran y mi madre son los que siempre están cuando de verdad los necesito.

Me recuesto sobre la cama con los ojos enrojecidos de tanto llorar, la garganta seca por los sollozos contenidos y la cabeza como un bombo, porque no he parado de darles vueltas a las cosas.

El sonido de unos nudillos en la puerta hace que me incorpore en la cama y dé permiso para que entren en la habitación; al fin y al cabo no es mi casa, solo estoy de prestado. Iago abre y, como antes, se queda en la puerta esperando a que yo le haga pasar, pero en vez de eso miro sus ojos de color chocolate, tan intensos que me hicieron confiar en él en cuanto nos sentamos en la cafetería del aeropuerto.

Me levanto y lo abrazo con todas mis fuerzas, dejando salir la melancolía que me invade ante una persona a la que apenas conozco y que en tan poco tiempo me ha dado tan buenos consejos.

Él me devuelve el abrazo y me siento tan bien que empiezo a olvidar lo triste que estoy. Nos sentamos en el borde de la cama, yo sobre sus piernas, y una dulce canción sale de su boca para calmarme. Mis temblores, que yo no había notado hasta ahora, remiten poco a poco. Esa melodía, cuya letra no

logro entender, el calor de su cuerpo y sus manos acariciando mi espalda consiguen que las lágrimas dejen de recorrer mi rostro.

—Dani, tranquila, no sé qué te habrá pasado realmente. Yo no soy nadie en tu vida, no nos conocemos, pero me atrevo a decirte que no creo que esta sea la solución. Aun así, aquí tienes mi casa el tiempo que necesites, ¿de acuerdo?

Lo abrazo con más fuerza y le doy un beso en la mejilla. Él me dedica una sonrisa. Es tan guapo..., pero no siento la atracción que en su día despertaron en mí Pedro y ahora Marc, aun habiéndome roto el corazón.

—¿Qué cantabas? —pregunto, apoyando mi cabeza sobre su pecho.

—Es una nana gallega que me cantaba mi madre cuando estaba triste. Trata sobre un pececillo que iba a la escuela para aprender a nadar.

—Pues es muy bonita, igual que tu voz. —Lo miro y parece sonrojarse, y cuando nota que me he dado cuenta empieza a hacerme cosquillas.

Iago hace que por un momento me olvide de todo. No puedo contener los nervios por las cosquillas y empiezo a revolverme sobre su regazo hasta que, no sé cómo, acabo boca arriba con él sobre mí. Nuestras miradas se quedan clavadas una en la otra. Se humedece los labios; me gustaría encontrarme bien para poder lanzarme a ellos y devorarlo, pero no soy así. Rápidamente cambia de postura y se queda sentado a mi lado, dándome la espalda.

—Perdona...

—Vamos, no seas tonto, solo estábamos riéndonos —digo, para intentar quitarle hierro al asunto—. Venga, tienes que ayudarme a buscar algo donde quedarme unos días.

Su mirada se vuelve un poco más oscura, no sé si debido a la tensión de la situación o porque le ha molestado que quiera buscar otro sitio después de que me ha ofrecido su casa.

—Cámbiate de ropa, ponte algo cómodo.

Sale de la habitación y de nuevo me enfrento sola a mis pensamientos. No, esta vez no, voy a ser fuerte, a gozar de estos días, que no sé cuántos serán realmente, a desconectar de mi vida, a disfrutar de esta tierra gallega que tiene tanto que enseñarme.

Abro la maleta; voy a tener que comprarme una nueva, porque la cremallera ya está acusando el trote que le he dado en tan poco tiempo. No sé qué ponerme. Miro por la ventana y veo un resplandeciente sol que ilumina un gran campo verde y al fondo el mar, aunque, pensándolo mejor, no se trata

del mar sino del océano, el mismo que baña las playas del suroeste de España donde paso tantas horas en verano. Así que, aunque el día sea luminoso, las temperaturas no serán las mismas que en el sur.

Me pongo unos pantalones vaqueros cortos que dejan muy poco a la imaginación y una camiseta de manga corta color celeste con el dibujo de una chica *pin-up* que me recuerda una fiesta de disfraces con mis amigas. Me calzo mis Converse negras, que van con todo, y acompaño el conjunto con una rebeca de hilo del mismo color que las deportivas. La rebeca es más larga que los pantalones, me llega hasta la mitad del muslo; así, si refresca, tendré algo para cubrirme.

Salgo al exterior con una sonrisa en los labios, creyendo que Iago me esperará en la puerta. Pero no está, así que decido hacer el camino de vuelta al restaurante, con algo de miedo de que allí sigan los clientes que hace un rato me vieron montar el numerito. Vaya fantástica primera impresión se habrá llevado todo el mundo de mí.

Al llegar al salón del restaurante busco a mi anfitrión con la mirada, pero no lo veo. Camino con paso decido hacia la barra; al menos me pediré un refresco mientras lo espero.

Su madre se mueve dentro de la cocina y un chico me guiña un ojo desde la barra, pero no se acerca a mí para darme la oportunidad de pedirle algo de beber. Entonces alguien pone ante mí un botellín de cerveza Estrella de Galicia, qué rica. Miro y es mi querido taxista salvador con una sonrisa de oreja a oreja. Se sienta a mi lado y le da un gran sorbo al botellín que mantiene entre sus manos.

No puedo evitar reírme, coger el mío y darle uno aún mayor. En menos de dos minutos nuestras bebidas están vacías sobre la barra y otras dos aparecen en un abrir y cerrar de ojos, servidas por el camarero que me guiñó el ojo.

—¿Pretendes emborracharme?

—No, solo que te relajes, tú eres la única que sabe cuándo parar.

No puedo dejar de sonreírle; me siento muy a gusto a su lado, relajada, lejos del mundo, me siento yo.

—Vamos, te voy a presentar a unos amigos.

Doy el último buche al botellín y acepto encantada la mano que me tiende. Ya es hora de que de verdad viva la vida a mi manera, sin importarme nada ni nadie, solo yo. Iago parece comprender que necesito mi espacio, aunque solo me conozca desde hace un rato, como aquel que dice, pero me

siento bien con él y sé que respetará mis decisiones, o al menos esa es mi impresión ahora mismo.

Salimos del restaurante y el precioso pueblo costero me saluda con una suave brisa que me enfría el cuerpo. Me ajusto un poco la rebeca y Iago pasa su mano por mis hombros, acercándose a él. El calor que desprende es agradable y me reconforta.

Sin decir nada me guía por las calles de Ortigueira. Me empapo de su maravillosa imagen: las casas, el olor a sal que lo invade todo, sus habitantes, esas personas que pasean por la calle sin importarles que una turista esté pisando su terreno, aunque me fijo bien y veo que no soy la única. Muchos otros visitantes pasean por el maravilloso paraje.

—Podría enseñarte lo típico de mi ciudad —Iago interrumpe mis pensamientos—, pero ya tendremos tiempo para eso. Por ahora te llevaré a algunos lugares que nosotros disfrutamos.

Le agradezco el tiempo que me está dedicando y que siga a mi lado después de cómo le he hablado.

Llegamos a una zona más salvaje y retira su brazo de mis hombros, me ofrece la mano y me pide que lo siga, no sin mirar bien donde piso. Caminamos nuevamente en silencio; el olor a sal es ahora más intenso y el aire empieza a levantarse y a agitar mi pelo. Me siento libre, tranquila.

—Mira, estas vistas solo las podrás tener aquí.

Contemplo todo lo que me enseña. Ante mí hay un acantilado que da al océano, el sonido de las olas es como un murmullo, veo las aves volar sobre las rocas e introducirse de vez en cuando en el agua, buscando alimento. Iago me hace un gesto para que me asome un poco más. Lo hago con miedo a perder el equilibrio y caerme. Estamos a una altura bastante considerable. Debajo de nosotros hay una pequeña cala con una playa y varias personas disfrutando de la tarde de sol y buen tiempo.

—Vamos, nos están esperando.

—Pero ¿cómo vamos a bajar? —le digo observando de nuevo el lugar sin encontrar un camino.

No me contesta, vuelve a tomar mi mano y tira de mí. Poco a poco vamos separándonos del acantilado, siguiendo un pequeño sendero oculto entre el follaje. En menos de diez minutos estamos abajo y nada más ver la arena me descalzo. Es un acto reflejo, pero necesito notarla bajo mis pies.

—Esto sí que es vida —digo cuando mis pies se hunden en ella. Está fría.

—Y solo acabas de llegar. Vamos, que quiero que conozcas a la pandilla.

Me hace gracia que los llame así, como cuando íbamos al colegio y éramos unos críos con las caras llenas de granos, en plena edad del pavo. Esta vez no me agarra de la mano. Comenzamos a andar hasta que el sonido de unas risas llega hasta nosotros.

Son dos chicos y tres chicas. Iago los abraza a ellos y a ellas las besa en la mejilla. Yo tengo la sensación de que en este momento sobro, vaya, que siempre se me han dado bien las matemáticas y aquí sobra alguien.

Me quedo un poco apartada, pero él se da cuenta y me llama para que me acerque. Todos se presentan. Patricia, Cristina e Irene, y ellos, que parece que se alegran más de conocerme, son Raúl y Samuel. Me ofrecen una cerveza que sacan de una nevera y acepto encantada.

Iago les explica quién soy, pero sin desvelar mucho. Dice que soy un ángel que se cayó por casualidad de un avión en esta zona del mundo, y que él se ha ofrecido para repararme las alas. Suena tan romántico... Pero cuando creo que sus amigos van a estallar en risas, se ofrecen a ayudarme en lo que esté en sus manos. Por una vez en mucho tiempo siento que las cosas pueden salir bien.

Las chicas son dos soles. Por un momento pensé que me iban a rechazar por invadir su espacio, pero todo lo contrario, me incluyen en el grupo como si toda la vida hubiera pertenecido a él.

—¿Vais a ir al concierto en el Tabaré? —pregunta uno de los chicos. Me he quedado con sus nombres, sí, pero ahora tengo que relacionar cuál corresponde a cada uno.

—No estaría mal —Iago responde y me mira—. ¿Te apetece?

—No sé de qué se trata, pero ya que estoy aquí, quiero empaparme de todo lo que esta tierra me quiera enseñar.

—Vas a disfrutar de lo lindo —creo que quien me habla es Samuel, moreno, ojos marrones, pequeños, y con una expresión risueña—. ¿Te gusta la música celta?

—¿Tipo Hevia? —le pregunto porque, aunque escucho de todo, si no fuera porque fue la música de la Vuelta Ciclista no tendría ni idea de lo que me dice.

—Sí, se podría decir. Es un poco más clásica; como se acerca la fecha del festival internacional de música, muchos grupos empiezan a pasearse por nuestra querida tierra para calentar motores.

—Estaré encantada de ir, claro, si aceptáis una más en el grupo —digo, más por las chicas que por ellos.

Hablamos de todo un poco, de que ya se celebran pequeñas fiestas los fines de semana en las que se puede disfrutar de la gastronomía de la zona. Y me comentan que los turistas y amantes de lo celta empiezan a invadir las calles y todo se llena de una magia especial.

—Como las meigas —digo, sin pensar.

Todos se ríen con mi ocurrencia y me sonrojo, no, mejor dicho, me pongo roja como un tomate por haber soltado esa chorrada sin siquiera pensarlo.

—*Eu non creo nas meigas, mais habelas, hainas* («yo no creo en las meigas, pero haberlas, las hay»). —Vale, creo que se están riendo de mí, pero me da igual, porque me lo estoy pasando genial.

No sé cuánto tiempo llevamos aquí. Cuando el sol ya cae por el horizonte nos despedimos hasta dentro de un par de horas, el tiempo justo para llegar de nuevo a casa de Iago, comer algo rápido, ducharnos y dirigirnos al pub para escuchar música celta.

Me he tomado un par de cervezas, más las dos del restaurante, y estoy con un puntito curioso. Mientras regresamos caminando por las calles del pueblo, intento un par de veces empezar una frase, pero la lengua se me traba y Iago acaba apoyado sobre una pared y riéndose de mí. Le doy un par de golpes para recriminarle su actitud, pero él ni se inmuta, lo cual me cabrea aún más.

—¿Qué quieres que te diga? Estoy segura de que el grado de alcohol de mi Cruzcampo de mi alma no es el mismo, porque con cuatro cervezas en el sur a mí no se me enreda la lengua, ¿o me dirás que tú estás sereno?

—Vamos, anda, que te hace falta una ducha bien fría y creo que han sido más de cuatro. ¿No te has dado cuenta de que el botellín no se vaciaba en ningún momento, Daniela?

Lo miro con cara de pocos amigos; ahora que lo dice, tiene razón, solo he tirado un par de ellos, pero no he parado de beber desde que llegué a la playa.

—Definitivamente, quieres emborracharme. —Pongo las manos sobre mis caderas y le dedico una mirada de esas que dicen más de una palabra nada bonita.

—No, te lo vuelvo a decir, necesitas desconectar y creo que hasta ahora no lo estoy haciendo nada mal.

Y tiene razón; desde que me soltó todo aquello durante la comida y me di cuenta de que estaba en lo cierto, he desconectado de todo y he disfrutado de lo que me ofrece sin pensar en nada de lo que me ha traído hasta aquí. Me acerco a él y lo abrazo de nuevo, como cuando entró en la habitación. Me encanta el calor que desprende su cuerpo y él se deja hacer. Me acaricia la espalda y me devuelve el abrazo. Se separa de mí y me mira a los ojos, pero no consigo descifrar lo que me dice su mirada. Con suma delicadeza, coloca detrás de mi oreja un mechón de pelo que el aire me ha llevado a la cara y me da un suave beso en la mejilla.

—Anda, vamos, que tendrás que abrigarte un poco más para esta noche.

Rompe la magia que se estaba creando entre nosotros y se lo agradezco, porque no sé lo que estoy haciendo. Hace menos de veinticuatro horas maldecía a Marc por romperme de nuevo el corazón y ahora, no sé por qué, aunque me gustaría pensar que la culpa es del alcohol, he estado a punto de lanzarme a los labios del taxista salvador. Por favor, Daniela, céntrate, sabes de sobra que no te gusta y has estado a punto de hacerlo solo por lo bien que te sientes a su lado.

Sin cruzar una palabra más, entramos en el edificio donde están el restaurante y el pequeño hostel de sus padres, esta vez por la puerta trasera, la que da directamente a las estancias de la casa.

Me acompaña hasta la puerta del que está siendo mi pequeño hogar estos días. Nos quedamos nuevamente mirándonos sin decir nada, hasta que al fin esboza una sonrisa pícaro.

—Ponte algo más tapadito para esta noche. No es que estés mal así, pero si el concierto acaba como el último, todos en la playa hasta la madrugada, te puedo asegurar que vas a pasar frío. —Asiento con la cabeza sin saber qué decir—. En una hora paso a buscarte. Comeremos algo antes de irnos, porque necesitarás tener el estómago lleno para que el alcohol no se te suba mucho.

No me deja decir nada más, porque cuando consigo encontrar la frase perfecta para responderle se ha dado la vuelta y se ha ido. Mosqueada conmigo misma por haber bebido demasiado sin darme ni cuenta, entro en la habitación, me desplomo en la cama y al rato el sueño me atrapa.

4

Las ganas

Despierto sobresaltado, con el cuerpo entumecido y un dolor de cabeza insoportable. Busco al otro lado de la cama el calor del cuerpo de Daniela, pero no lo encuentro; estoy solo. Una punzada en el pecho me obliga a levantarme a toda velocidad. Me mareo y observo que estoy completamente desnudo.

Me duelen las muñecas: están enrojecidas. Busco mi ropa por la habitación y la veo tirada a los pies de la cama. Anoche tenía que estar muy tocado por el alcohol para no haberla recogido. Me visto con la velocidad de un rayo.

Salgo al pasillo; no se escucha ningún ruido. He dormido en la habitación donde suelo hacerlo cuando estoy en casa de Miguel, justo enfrente de la suya. Compruebo que todos los cuartos están vacíos. ¿Dónde estás, Daniela? La busco por todos lados, pero tampoco la encuentro en el salón ni en la cocina. Miro incluso en la pequeña terraza. Empiezo a asustarme otra vez.

Una sensación extraña me recorre el cuerpo y, con paso decidido, me dirijo a la habitación de Miguel. Me da igual lo que pueda encontrar allí, no será nada que no haya visto ya. No llamo siquiera, entro y veo el cuerpo de Merche enroscado junto al de mi amigo. No hay señal del resto, ni de mi Daniela.

—Miguel —le digo, desesperado—, Daniela no está —grito más fuerte de lo que me hubiera gustado.

Él se levanta sobresaltado de la cama y me mira con los ojos inyectados en sangre a causa de la falta de sueño. Merche se tapa como puede con la sábana y se pone de color escarlata, pero ahora mismo me da igual todo, necesito saber dónde está ella. Tengo miedo de que haya vuelto a huir, de que me haya dejado después de habérselo contado todo, de que no haya servido de nada sincerarme.

—Tranquilo, amigo, no habrá ido muy lejos. —Miguel intenta calmarme—. ¿La has llamado al móvil?

Salgo disparado a por él, marco su número y me da apagado. Comienzo a desesperarme. Maldita sea, ¿qué pasó anoche? No recuerdo nada. Me siento a los pies de la cama intentando pensar en qué he podido hacer o decir que le haya molestado mientras no dejo de dar al botón de rellamada. Solo recuerdo que bebimos bastante, que estábamos disfrutando, que Abril me dio una copa y me pidió que fuera a la habitación porque mi novia me había preparado una sorpresa, y que la esperara con los ojos vendados. Me tendió una fina tela de seda roja y yo la cogí sin pedir ninguna explicación. Le di un sorbo largo a la bebida que me ofrecía y me dirigí a la habitación. Ya no recuerdo más. Estoy nervioso, me paso las manos por el pelo una y otra vez y escucho unos pasos acercarse. Levanto la mirada rápido, esperando que sea ella.

—Marc —la voz de Merche llega a mí temblorosa—, esto...

—Dios, habla, ¿qué pasa? —Soy demasiado brusco, pero me da exactamente igual en este momento.

—Dani me ha mandado un mail. —Lleva el teléfono en las manos, que le tiemblan.

Me levanto rápidamente y se lo arrebató: necesito saber qué es eso que la ha puesto tan nerviosa. Leo el mail, lo releo y no puedo creerlo.

Hola, brujitas mías, sí, la he vuelto a liar, tal vez penséis que soy una cobarde, pero no puedo seguir sintiéndome tan mierda. Ya sabéis lo que me cuesta expresar mis sentimientos y últimamente lo he hecho para exponer mi corazón y que sea de nuevo pisoteado, manipulado y todo lo que hayan querido hacer con él.

Sabéis lo mucho que os quiero, lo que agradezco que siempre estéis ahí, ayudándome con vuestros consejos y dándome ese empujón que tantas veces me hace falta. Pero en esta ocasión no puede ser así. Necesito empezar a caminar sola, hacerme cargo de mis decisiones. Quiero que sigáis formando parte de mi vida, no sabría vivir sin vosotras, pero me hace mucha falta espacio, volver a encontrar a esa Daniela que reía por cualquier tontería, la que se perdió hace algo más de tres años.

Por favor, os pido, no, os suplico, que no intentéis poneros en contacto conmigo. Cumplid mi único deseo, dejadme caminar sola. No quiero saber nada de la vida que dejo atrás, ahora no, primero tengo que aprender a conocerme de nuevo.

Pronto, o eso espero, podré contaros algo más, pero hoy no me preguntéis dónde estoy ni me digáis que estoy cometiendo una locura, mejor aún, no contestéis a este mensaje.

Os quiero con toda mi alma, sabéis que sois más que mis mejores amigas, sois parte de mí, como mis hermanas. Deseadme suerte.

Y no hay más. Mi desesperación va en aumento. Pregunto a Miguel y a Merche si saben qué pasó anoche y ambos me cuentan lo mismo, que se fueron a la habitación cuando nosotros estábamos juntos en el salón con los demás.

Busco en mi agenda los números de mis amigos. Consigo que los chicos me contesten con la voz ronca de la resaca. No saben dónde está Daniela, no la vieron desde que salió a la terraza y yo fui a buscarla. ¿Qué demonios ha pasado? Claudia y Tania tampoco saben nada. Abril tiene el móvil apagado; le envío un mensaje breve pidiéndole que me devuelva la llamada en cuanto pueda.

Me despido rápidamente de mis amigos, salgo de la casa y recuerdo que no he traído coche, que llegamos aquí en limusina. Llamo por teléfono a un taxi que no tarda más de cinco minutos en llegar. Le doy la dirección del apartamento de Daniela. Sé que no voy a encontrarla allí, ya que ha dicho que se ha ido lejos, pero tal vez haya dejado alguna pista, ya no sé qué pensar, estoy angustiado.

Me paso más de dos horas sentado ante la puerta sin saber qué hacer, llamo mil y una veces a su teléfono y no responde, así que decido volver a casa. Me tiró en el sofá. El dolor de cabeza, en vez de disminuir, ha ido a más; me tomo una pastilla y sin darme cuenta me quedo dormido.

Me despierta el sonido de mi teléfono. Al mirarlo veo su nombre y descuelgo rápidamente.

—Daniela, ¿dónde estás? Me tienes preocupado —le digo elevando la voz, desesperado.

—Lejos de donde tú estés, Marc, muy lejos. —Me pongo nervioso, me levanto del sofá y empiezo a dar vueltas por el salón—. Solo te llamo para decirte que no intentes ponerte en contacto conmigo, nunca más, olvídate de quién soy y de lo que alguna vez hayamos podido tener.

—No te entiendo, pequeña. ¿Qué he hecho? ¿Qué ha pasado? —Las preguntas se agolpan en mi cabeza, necesito respuestas. ¿Qué he podido hacerle?

—Marc, no hay nada que explicar, esto ha sido un error desde el principio, pertenecemos a mundos diferentes y yo no quiero participar en tus juegos, no quiero sufrir más de lo que ya he sufrido. No vuelvas a buscarme, no quiero, no puedo más. Necesito estar lejos.

Escucho sus palabras a través del teléfono y noto como mi corazón, poco a poco, se rompe en mil pedazos. Siento que esta vez sí la he perdido

para siempre, ahora que intuía que mi vida podía tomar un nuevo rumbo, con ella a mi lado mostrándome el camino, guiándome, enseñándome a ser una buena persona.

—Daniela, tú me quieres y yo te quiero, no sé qué habrá pasado, pero esta no será la última vez que hablemos. Déjame solucionar lo que sea que haya ocurrido. —Tengo que encontrar la manera de que no se aleje de mí, de que me abra su corazón. De que vuelva.

Escucho el pitido que indica que la llamada ha terminado. Las lágrimas empiezan a rodar por mi rostro y lloro como hace muchos años que no lo hacía, desesperado, con el corazón encogido, sin entender nada.

Miro el teléfono en mis manos esperando que vuelva a sonar, pero no me atrevo a marcar su número y volver a escuchar las mismas palabras. Le he mostrado mi corazón, puedo gritarlo a los cuatro vientos si es necesario, joder, estoy enamorado de ella, se ha metido en lo más hondo de mi alma.

Finalmente el teléfono vibra, descuelgo y le suplico que regrese.

—Pequeña, por favor, dime qué tengo que hacer para que vuelvas a mi lado, no puedo perderte.

—¿Marc? —No es su voz, miro la pantalla y veo el nombre de Abril—. ¿Ha pasado algo?

—Abril, por favor, necesito tu ayuda...

5

Una noche diferente

El sonido de unos golpes me sobresalta; miro a mi alrededor y veo que todo está a oscuras. Mierda, me he quedado dormida. Me levanto de la cama y abro la puerta. Y me encuentro a Iago riéndose de mí; debo de tener una cara que echa para atrás.

—Lo siento, no tardo nada en cambiarme, me he quedado dormida — digo con carita de pena, para que se apiade de mí.

—Te doy diez minutos, mi pandilla está abajo esperándonos.

Sale de la habitación y me pongo lo primero que veo, unos vaqueros desgastados, una camisa rosa chicle y una rebeca negra a juego con las Converse que me he vuelto a calzar. Me hago un recogido desenfrenado y me maquillo levemente para no entretenerme mucho. Soy un desastre, voy a hacer esperar a gente que no conozco de nada. Vaya buenas impresiones que le estoy dando a todo el mundo en el poco tiempo que llevo aquí.

Salgo rápidamente de la habitación y recorro el camino hacia el restaurante casi corriendo, y si no voy más deprisa es por miedo a caerme por las escaleras.

Están todos en la sala, tomando unas cervezas, y al verme aparecer me dedican una sonrisa. Ahora me fijo en Iago: antes no me había dado cuenta, pero se le ve muy guapo, con unos vaqueros negros que se ajustan a su cuerpo como un guante, un chaleco gris marengo con cuello de pico, remangado hasta los codos, y unas deportivas Nike.

Él se ha percatado de que lo estoy mirando; camina hacia mí y me ofrece una cerveza, como hace pocas horas.

—¿Te gusta lo que ves? —me susurra al oído y me da un beso en la mejilla.

—Anda, no seas tan presuntuoso. —Le devuelvo el beso y acepto el botellín.

—Hoy has batido todo un récord —su sonrisa de medio lado le confiere una cara de pillo que no puede con ella—, nunca había visto a una mujer arreglarse tan rápido y que encima esté increíble.

Me ruborizo; pensaba que estaría algo molesto porque me quedé dormida. Aunque necesitaba esa pequeña gran siesta, no sé lo que me pasa últimamente, o me faltan horas de sueño o este lugar me relaja de una manera impresionante.

—Manda carallo. —Uno de los amigos de Iago se me queda mirando embobado. Tengo que quedarme con los nombres de cada uno, porque últimamente tengo una memoria de pez que no me gana ni la Dori de *Buscando a Nemo*—. Iago, qué suerte la tuya.

—Anda, que eres más listo que un *allo*.¹ —Empiezo a ponerme un poco nerviosa entre tanta expresión gallega y resoplo para que recuerden que estoy aquí—. Tranquila, Daniela, que estos son mucho de ladrar, nada más.

Todos ríen y cuando terminamos las cervezas deciden que es hora de ir al Tabaré a escuchar el concierto y por el camino pillaremos algo de comer —aunque, la verdad, mucha hambre no tengo—.

Salimos a la calle. Hace fresco; en estas fechas en Sevilla estaríamos ya en las terracitas, con la tapa de caracoles y pensando en el tiempo que falta para que empiecen a abrir las piscinas.

Samuel, o Raúl, porque sigo sin tenerlo claro, camina a mi lado dándome conversación, lo cual agradezco. Iago tampoco se separa de mí, le lanza miradas de advertencia a su amigo y en varias ocasiones me susurra al oído que no le dé mucha bola, que ve cosas donde no las hay. Asiento en señal de que lo he entendido perfectamente; yo tampoco tengo ganas de jugar con los sentimientos de nadie, ya lo han hecho conmigo y sé que no es plato de buen gusto.

Caminamos por calles empedradas y varias personas se cruzan con nosotros y saludan a la pandilla, como ellos se llaman, desde niños hasta ancianos. Se nota que es un pueblo pequeño y que se conoce todo el mundo.

El olor de la comida hace que me ruja el estómago, y eso que no tenía hambre. Busco el lugar de donde proviene el olor y doy con una de esas furgonetas que reparten comida. ¿Cómo las llaman ahora? *Food truck*, sí, eso es. Me voy directamente hacia ella mientras escucho unas risitas detrás de mí.

—Señorita, tranquila, que le vamos a dar de comer, pero espere al menos que vayamos todos juntos.

—Raúl, no seas borde, se llama Daniela —vale, así que el pelirrojo con pecas por toda la cara, y aun así bastante sexi, es Raúl—, y si tiene hambre déjala ir, yo también me apunto a un perrito caliente de esos, huelen a muerte.

Pedimos unos perritos, el mío cargado de todo hasta arriba: cebolla frita, pepinillos y mucho ketchup y mostaza, y nos sentamos en unos bancos de la plaza.

Degusto con ganas mi comida. Estoy famélica y, la verdad sea dicha, me sienta que da gusto. Sé que muchos ojos me miran en ese momento, pero me da exactamente igual; aquí estoy yo en todo mi esplendor, una invasora entre este grupo de gallegos con los que me siento a gusto.

Un poco más tarde entramos en el *pub*. Esperaba ver un grupo de músicos con esas famosas faldas de cuadros y la gaita en sus manos y me he llevado una pequeña decepción. Hay una gaita, sí, pero los integrantes de esta banda tienen una pinta de roqueros que no pueden con ella.

La cerveza empieza a correr por el local y Iago y compañía se animan. Yo dejo que me arrastren con ellos para disfrutar de lo que puede ser una noche maravillosa. Mi copa, como por arte de magia, nunca se vacía. Es como los biberones con los que jugábamos de pequeñas, que al volcarlos sobre la boca del muñeco la leche desaparecía y al ponerlos de pie volvían a estar llenos. Me dicen que la culpa es de un duende verde y como ya voy por la, no sé, quinta cerveza, me lo creo.

En ese momento el cantante se acerca al micro y le da unos golpecitos para que todos miremos hacia el improvisado escenario que han montado en medio del local. Anuncia que en breve empezarán a tocar y que les encantaría que los acompañáramos en esta noche loca que inaugura la mayor fiesta de la música folk de Galicia que se celebrará en los próximos días. Yo me animo y choco mi copa con el grupo de, ¿cómo era?, eso, con la pandilla, como si formara parte de ella desde siempre, y enloquezco cuando anuncian que el concierto será un tributo a Celtas Cortos. Los miro a todos con cara de sorpresa, embelesada e histérica, me encantan, y antes de que empiecen ya estoy tarareando una de sus canciones.

—Cuéntame un cuento y verás qué contento, me voy a la cama y tengo lindos sueños. —Los demás se preguntan si no habré perdido un tornillo, no sé si será el alcohol o qué, pero me siento más que estupenda —. Venga, no me digáis que no la conocéis.

Y las risas llenan el local y el concierto, para mi alegría, empieza con esa canción que todo el mundo entona, y disfrutamos hasta que mi cuerpo no da para más y me parece como si flotara, como si estuviera en las nubes.

Me duele la cabeza, no sé dónde estoy, el peso que siento sobre mi pecho hace que abra los ojos de golpe y veo a Iago tumbado junto a mí, con

su brazo rodeándome. Estamos tapados hasta arriba y automáticamente, pataleando, aparto las sábanas. Me quedo tranquila al comprobar que aún llevo la ropa que me puse para salir. El gallego no, joder, está completamente desnudo, como su madre lo trajo al mundo y, ¡dios mío, cómo está el muchacho, para hacerle un favor detrás de otro! Pero... no me llena. No sé lo que me pasa; desde que conocí a Marc ya nada es igual, puedo distinguir a un hombre sexi, claro, pero mi libido ya no despierta, Marc se lo ha llevado todo con él, me ha dejado seca, muerta, mustia.

Intento despertar a Iago y, para mi sorpresa, me atrae hacia él y noto en mi cadera esa alegría matutina con la que se levantan la mayoría de los hombres, por no decir todos. Lo empujo de nuevo, tampoco quiero ser malaje, pero lo primero es lo primero, que se vista y me explique cómo he llegado a su cama.

—Iago, despierta —duerme como un tronco y cada vez se acerca más—, vamos, no arrimes más cebolleta que no vas a sacar nada de mí.

—Vaya —dice, mientras retira su brazo de mi cuerpo—, ni aunque seas del sur tienes buen humor por la mañana.

—Lo tendría si estuvieras algo más tapado de cintura para arriba.

En ese momento reacciona y de un salto se levanta de la cama llevándose la sábana con él, rastrea su habitación, el color de sus mejillas se tiñe de rojo a más no poder y no puedo contener una carcajada. Él se da la vuelta, veo su culo respingón y mi risa se hace más fuerte. Se agacha a toda velocidad para ponerse los calzoncillos, pero ya no puedo parar de reír. La escena no es para menos. Lo más gracioso es que yo también tendría que avergonzarme, pero me da igual, me lo estoy pasando pipa en este momento.

Cuando ya se ha puesto algo más de ropa, se acerca a la cama y se sienta a mi lado. Casi no es capaz de mirarme a la cara y he de ser yo la que rompa el hielo y le pregunte cómo demonios he llegado hasta aquí. Al parecer estaba muy, pero que muy borracha y él no se quedaba atrás, así que era o traerme a su habitación o llevarme a la mía, y de cualquier forma una vez que se apoyara en una cama no sería capaz de levantarse. Y dicho y hecho. Lo de la ropa no se lo explica y, bueno, decido dejarlo pasar, porque tengo claro que tal y como voy vestida no ha podido haber ningún roce entre nuestros cuerpos.

A eso de las dos de la tarde decidimos bajar a tomar café. Un presentimiento extraño me recorre el cuerpo, así que me lanzo sobre mi bolso, que está tirado debajo de la cama, y al mirar la pantalla del móvil veo

no sé cuántas llamadas de mi hermano, de Tere y de Merche. Algo me oprime el pecho...

6

No, por favor

Iago me mira a los ojos y rompo a llorar. Sé que algo malo ha pasado, es esa conexión con mi hermano la que me lo dice, y no me atrevo a pulsar el botón de rellamada. No quiero ni pensar en qué puede haber sido. El móvil se me escapa de las manos y cae delante de mis pies, lentamente, resbalando por mis piernas sin sufrir ningún tipo de accidente, como si me estuviera gritando que ahora no es momento, que tengo que devolver esas llamadas, pero no me siento con fuerza. El corazón se me encoge y Iago se acerca a mí, se arrodilla y lo recoge. La pantalla aún está iluminada y, discretamente, lee los nombres que aparecen en ella.

—Deberías llamar —me dice, tendiéndome el teléfono y sentándose a mi lado.

No le respondo, no puedo. Él pasa sus manos por mis hombros, me da el abrazo que tanto necesito ahora y finalmente deja el móvil sobre las mías, que tiemblan.

Se levanta cuando comprueba que lo tengo firmemente agarrado y no se me volverá a caer. Camina hacia la puerta; va a dejarme sola. Muchas llamadas, tres personas y solo una a la que necesito hacerle las preguntas correctas. Maldita intuición entre hermanos.

Hago de tripas corazón para dejar de dar vueltas sin saber aún qué ha sucedido; tal vez estoy imaginando cosas que no son. Desbloqueo el teléfono y no lo dudo, quiero mucho a mis amigas, pero si Fran me ha llamado tantas veces seguidas, si ha insistido así, necesito saber de su boca si hay o no malas noticias.

Un tono, dos tonos, tres tonos, siete tonos, maldito contestador que no salta. Vuelvo a llamarlo. Es la tercera vez y me estoy desesperando. Finalmente escucho un hilo de voz al otro lado de la línea.

—Pequeña...

—Fran, por fin, ¿qué ha pasado? —Lo escucho sollozar al otro lado de la línea y mi corazón empieza a latir a mil por hora.

—Dani, tienes que volver a casa. —Las lágrimas empiezan a correr por mi cara mientras pienso en lo peor—. Es mamá.

Y el mundo deja de existir a mi alrededor, la congoja me supera y comienzo a hiperventilar. Iago abre la puerta; no se ha separado de ella y ha entrado corriendo al oírme llorar. Sigo con el teléfono pegado en la oreja, me están hablando, pero no escucho lo que me dicen. Iago se hace cargo de la llamada.

—Sí, vamos para allá —responde—. Soy un amigo, no te preocupes, no la dejaré sola, yo me encargo de contarle lo que ha pasado.

He perdido el hilo de la conversación en el momento en que he sabido que a mi madre le ha pasado algo, no sé el qué y no me atrevo a preguntarlo. Iago me ayuda a levantarme y me lleva a la que ha sido mi habitación solo un par de noches, porque me voy... Su madre entra y, sin decir nada, me ayuda a cambiarme de ropa y me ducha, como si fuera un bebé. Dejo que me mueva como a un títere, porque en este momento me siento así, un alma que ha abandonado su cuerpo y ha desaparecido entre las lágrimas.

Sin apenas darme cuenta me encuentro subida de nuevo en un avión. Ignoro cuánto tiempo ha pasado, estoy perdida, solo deseo llegar y ver a mi madre, abrazarla y comprobar que todo ha sido un sueño. El taxista, ese joven que me rescató a las puertas de un aeropuerto, en una ciudad nueva donde pretendía desconectar, sigue a mi lado. Otra vez me está salvando, se ha encargado de todo, de preparar mi equipaje, de sacar los billetes para volver a Sevilla, a mi casa, en busca de algo que no me atrevo a preguntar. En el trayecto su mano aprieta la mía y me dejo llevar por los sentimientos, pienso que es Marc quien está a mi lado y sin saber por qué le perdono todo lo que haya podido hacer, su infidelidad... Ahora mismo lo necesito a mi lado, quiero que sea él quien me tienda la mano, quien me acompañe a casa, quien me levante del suelo cuando me caiga. No puedo evitarlo; aunque lo odio por lo que ha pasado, también lo quiero con toda mi alma, la que me robó el día en que nuestras miradas se cruzaron y entrelazamos las manos en aquella primera reunión de trabajo.

Me encuentro en un mar de dudas. Iago me ayuda sin pedirme nada a cambio y yo pensando en otro hombre. Soy una mala persona y necesito gritar. Estoy a punto de sufrir un ataque de ansiedad y él, como si lo viera llegar, me tiende una botella de agua y me ofrece una pastilla. Le hago caso y me la tomo. En menos de cinco minutos mis ojos empiezan a cerrarse y

abandono mis preocupaciones entre las nubes, junto al avión que me conduce hacia el futuro que no me atrevo a conocer.

Viajo en un duermevela, con Iago a mi lado, que no me suelta la mano. Me siento culpable por haber pensado en Marc en vez de agradecerle que esté conmigo, pero ahora no soy persona. Y necesito decírselo incluso en este estado soporífero.

—Iago..., yo —los ojos me pesan y las palabras se niegan a salir— quiero darte las gracias por estar aquí.

—No hace falta, es lo que hacen los amigos, ¿no?

Su voz suena ronca y noto un poco de, no sé, tristeza tal vez, pero no puedo ofrecerle más de lo que ve. Es un hombre atractivo y en otro momento de mi vida nuestra relación hubiera sido muy distinta. Pero no en este, y debe saberlo.

—Es que has hecho tanto por mí y yo...

—Daniela, no hace falta que digas nada, sé lo que estás pensando y sí, no te voy a negar que cuando te vi aparecer en el aeropuerto con aquel vestido rojo tuve algún que otro pensamiento fuera de lugar. Pero después vi tus lágrimas y sin apenas conocerme me lo contaste todo o, al menos, lo que te permitiste contar. Eres esa hermana pequeña que siempre he querido tener, para protegerla, cuidarla y mimarla. Amas a un hombre con toda tu alma y sé que debe de ser duro. Yo nunca me he sentido así, pero estoy seguro de que huir no es la solución.

Sus dedos se entrelazan con los míos y lo escucho con adoración.

—Eres una mujer fuerte —continúa—, se te ve a leguas, has sufrido, y a él no lo conozco de nada, pero seguro que todo tiene una explicación, a lo mejor no la que más te satisface, pero tal vez deberías escucharla, darle esa oportunidad, dártela a ti, saber si eso por lo que has luchado ha merecido la pena. Si estoy aquí, a tu lado, es porque en estas cuarenta y ocho o setenta y dos horas he visto a una persona increíble de la que puedo aprender muchísimas cosas. Voy a apoyarte, no te dejaré sola. ¿Es que un hombre no puede ser amigo de una mujer? Vamos, descansa, ya hablaremos cuando lleguemos a tu casa.

Me dejo caer sobre su hombro, con sus palabras rondando por mi cabeza. ¿Soy una mujer fuerte? Sí, lo soy y tengo que demostrármelo y salir adelante pese a los obstáculos que me ponga la vida. Y si sufro en el camino, ¿quién no lo ha hecho alguna vez? Roma no se construyó en un día. Aunque

ahora no puedo pensar en arreglar mis problemas, solo me preocupa mi madre.

—Mi madre... —digo en un susurro, levantando la cabeza de su hombro.

—Tranquila, está en el hospital, tu hermano no me ha sabido explicar muy bien, pero descansa, no querrás que te vea ojerosa.

Y sin más, dejo que la pastilla y sus palabras hagan efecto y me abandono al sueño con la mente en blanco. Ahora mismo no puedo soñar, no puedo perder esta batalla contra mí misma. Sí, soy fuerte y me lo voy a demostrar, sin importarme lo que opinen los demás.

El avión aterriza y nos dirigimos hacia la salida del aeropuerto de Sevilla. Aguardamos en la fila de los taxis; el calor ya empieza a notarse y el turismo aumenta. La espera me pone nerviosa. Iago no ha soltado mi mano desde que comenzó el viaje, y se lo agradezco con toda mi alma.

Al fin subimos en un taxi. Las palabras no me salen de la boca, pero mi acompañante sabe lo que tiene que decir y le da al taxista la dirección del hospital Virgen del Rocío. Creo que estos veinte minutos en coche se me van a hacer más largos que el par de horas que ha durado el vuelo. Los nervios me hacen temblar y Iago me aprieta la mano con más fuerza para infundirme valor. Solo quiero llegar y saber qué le ha pasado a mi madre, por qué he sido tan irresponsable; no quiero tener que culparme por algo en un futuro muy próximo.

Al llegar al hospital Iago pregunta en recepción por el nombre de mi madre. Al parecer sabe más de lo que me ha contado, pero no voy a criticarlo; no he sido muy buena compañía y él acaba de cruzar España entera para no dejarme sola. Nos acercamos al ascensor y entramos con nuestro equipaje arrastrándolo como almas en pena. Cuando llegamos y las puertas se abren, al primero que veo es a mi hermano, sentado en una de esas sillas tan incómodas de las salas de espera, con una sonrisa en la cara. Eso consigue calmarme.

—Pequeña —llega hasta mí, me abraza, me levanta del suelo y los dos giramos—, al fin has llegado, qué susto me he llevado.

—¿Qué ha pasado?

—Solo ha sido un susto, estaba en Madrid cuando me llamaste y no me enteré bien de lo ocurrido, perdona que haya sido tan alarmista.

Mi madre, haciendo de las suyas, se cayó mientras trataba de arreglar un antiguo columpio que tenemos en la casa de la sierra subida a un gran árbol.

Tiene una cadera y un brazo rotos, y luego está la humillación y la desesperación por haber asustado a sus dos hijos pensando que podía haber sido peor.

—No la regañes mucho, ¿vale?, que ya le he echado yo el sermón.

—No pretenderás que me quede de brazos cruzados, ¡joder, con el susto que nos ha dado!

—Mira el lado positivo —se asoma por detrás de mí, donde Iago permanece de pie, junto al ascensor, con nuestras maletas —, te ha sacado de tu retiro espiritual, algo que a nosotros tampoco nos hacía mucha gracia y hemos respetado, ¿cierto?

Me callo, porque tiene razón y en ese caso es mejor dejarlo estar. De lo contrario me espera un buen rato de «soy tu hermano mayor, cinco minutos, y siempre tengo razón», y en este momento no me apetece.

Le hago una señal a Iago para que se acerque y los presento. Fran le da las gracias por haber estado conmigo estos días y haberme traído tan rápido. Mientras los veo hablar se me ablanda el corazón. Sí, Iago es como un hermano mayor más, otro que me echará sermones por ser tan impulsiva con lo que no debo y tan retraída cuando hace falta demostrar más valor. Y sonrío. Sonrío porque me siento en casa.

Les aviso de que voy a ir a ver a mamá. Ellos se quedan allí y yo me dirijo hacia la habitación entre feliz porque todo haya sido un susto y triste porque ella tenga que estar aquí en vez de en su preciosa casa, preparándolo todo, sintiéndose útil, haciendo y deshaciendo sin tener que dar explicaciones a nadie. ¿Y ahora, qué? Miedo me da una madre con la cadera rota y tanto trabajo por hacer...

Entro en la habitación. No está sola: un hombre al que no he visto nunca la mira con sonrisa de bobo desde los pies de la cama, y de repente siento que estoy invadiendo la intimidad de alguien a quien apenas conozco. Toco en la puerta con los nudillos y mi madre y su invitado se vuelven y me ven. Ella sonrío, me pide que entre y que me siente a su lado. El hombre me deja pasar y me saluda con una inclinación de cabeza. Me lanzo a los brazos de ella y compruebo que efectivamente todo ha sido un susto. Mi madre sigue junto a nosotros, y estoy a punto de regañarla cuando comienza a hablar.

—Princesa, vaya mala educación la mía —dice, elevando el mentón y dirigiendo la mirada a su acompañante—. Este es Diego, el gestor —la miro con cara de no entender nada —, desde hace dos años...

Acabo de darme cuenta de que he estado tan metida en mi vida y en mis cosas que no me he interesado por nadie más, y me siento una mala persona. Me levanto de la cama y le tiendo la mano en un gesto de cortesía. Empiezo a intuir que he dejado de ser yo para convertirme en alguien que no conozco.

Hablo con mi madre y finalmente sí, la regaño por lo que ha hecho, por intentar arreglar un columpio que ya no se usa y que no necesitaba cobrar ningún sentido en nuestras vidas. Pero sus palabras, como siempre tan sabias, me hacen recapacitar.

—Cariño, ¿te acuerdas? Hace unas semanas, cuando estuviste allí, aunque no te dieras cuenta, te observé. Vi como entrabas por la parte de atrás de la casa y supe que nuestras vidas han cambiado considerablemente. Ya no sois, ya no somos las personas que éramos cuando tu padre estaba con nosotros. —Una lágrima perdida resbala por su rostro y se la limpio con los dedos—. Necesitabas aquello y yo quiero dártelo.

Tiene razón; ya no soy la niña que reclamaba cariño a todo el mundo para salir adelante. Soy fuerte, me digo otra vez, aunque siempre vuelva a mis raíces buscando el amor de los que más me quieren. Pero tengo que aprender a volar por mí misma y salir de todo esto.

Respuestas

Quedamos en una cafetería cerca de mi casa media hora después de recibir su llamada. La veo entrar por la puerta. Me pregunto qué vi en ella la primera vez que nos acostamos. No lo sé, sí, es atractiva, alta, preciosa, pero no es Daniela. Se acerca a mí con paso decidido y me da un beso en los labios. No sé a qué ha venido ese gesto, pero no quiero darle más importancia.

Estoy sentado delante de un café que ya no echa humo, que está frío, amargo y solo, como yo. Con la mirada perdida, aunque tenga a Abril enfrente. Quiero hacerle muchas preguntas, aunque no sé si encontraré las respuestas que busco.

—¿Qué te pasa, grandullón? Te veo triste —su voz me saca del sueño en el que llevo sumergido desde que Daniela se fue y me pidió que la olvidara.

La miro y ella sonríe, pero su sonrisa no me dice nada. Bajo la mirada y continúo removiendo el café.

—Daniela se ha ido. Y no sé por qué.

—Tampoco era para tanto. —Sus palabras me taladran el corazón y enseguida vienen a mi memoria imágenes que hasta ahora no había recordado.

Ella, una seda roja sobre mis ojos, una promesa, alcohol. No, no puede ser. No me la ha podido jugar de esta manera. Me enciendo de ira y ella lo nota y separa la silla de la mesa para poner distancia.

—No has podido ser capaz... —No puedo continuar.

—Ella debería ser yo, tú eras mío, teníamos algo.

—No teníamos nada —levanto la voz y todo el mundo nos mira, pero me da exactamente igual—. Lo nuestro era solo sexo, lo supiste desde el principio. Joder, os la presenté como mi novia, ¿eso no significa nada para ti?

No quiero montar un escándalo, así que me levanto de la mesa y dejo un billete para pagar el café que no he tomado. Cuando llego a la puerta la miro por última vez.

—No quiero saber nada más de ti.

Y me marcho, sin tener claro a dónde, con la ira consumiéndome. Ahora entiendo que Daniela, mi princesa, mi vida, mi alma, no quiera saber nada de mí. He sido un cabrón, aunque no era consciente. Necesito explicárselo, pero nadie sabe dónde está. No me atrevo a llamarla.

Paso dos días sumido en la tristeza, sin apenas probar bocado. Lo que ha pasado no ha sido directamente culpa mía, pero solo yo soy el culpable. Casi ni me he movido del sofá y aún llevo la misma ropa, vaqueros y la primera camisa que saqué del armario. Ahora está sudada y arrugada, pero me da igual. Ya no soy nada ni nadie. No me he dignado siquiera a ir a trabajar. Miguel me ha llamado varias veces, ha venido a mi casa, ha aporreado la puerta. Tampoco he respondido a las varias llamadas de mi padre. No quiero saber lo que ocurre ahí fuera. No me merezco nada salvo que la pena me consuma y dejar de existir.

El zumbido del teléfono vuelve a desvelarme: miro la pantalla y esta vez sí me sobresalto. No es ninguno de mis amigos y por alguna razón que desconozco tengo su teléfono grabado. Me levanto rápidamente del sofá, presagiando lo peor.

Tenemos una conversación que no entiendo; ignoro por qué me ha llamado, pero ahora sé que tengo que hacerlo. Me dirijo a la ducha, ahora ya con con energía, para eliminar de mi cuerpo el olor de dos días de olvido. Hago una maleta con lo primero que veo nada más abrir el armario, sin pensar siquiera en el tiempo que hará. En este momento solo me preocupa un asunto: recuperarla.

8

Intentándolo de verdad

Vale, no me cuento entre las mujeres más valientes del mundo, pero clara soy un rato. Después de una conversación extraña con mi madre he conseguido averiguar que ese tal Diego es algo más que su gestor y, no me malinterpretéis, me alegro de que rehaga su vida, pero me ha pillado desprevenida.

Ella ha pensado cosas raras de Iago, pero tras explicárselo muchas veces parece que ha entrado un poco en razón. Además, parece que mi hermano y él han congeniado bastante bien, lo cual agradezco. Le he insistido en que no tiene por qué quedarse en Sevilla, pero dice que, ya que ha venido hasta aquí, disfrutará de unas merecidas vacaciones, y yo no soy nadie para discutirsele.

Mi hermano me explica que Tere no ha podido venir. Al parecer se acaba de mudar con él a Madrid —lo investigaré más tarde, sigue sorprendiéndome que estén juntos— y está enfrascada en nuevos proyectos para el bufete de su padre, con más libertades y responsabilidades. He llamado a Merche y le he dado el parte médico de mi madre, así que se ha quedado más tranquila, pero me dice que ha alargado sus vacaciones en Barcelona. No tengo ni idea de lo que se trae con Miguel y ahora mismo tampoco quiero preocuparme por eso. Le pregunto qué va a pasar con su trabajo y me responde con evasivas. Aquí todo el mundo rehace su vida menos yo, que cada vez me lío más, no encuentro el valor para salir adelante y esto solo acaba de empezar.

Fran, tras mucho insistir, ha conseguido que me vaya a mi apartamento, ese que abandoné hace algunos meses y que gracias a dios en ningún momento decidí vender o alquilar. Estoy frente a la puerta y me parece mentira, pero tengo miedo de abrirla, de que mi viejo yo me salude desde el sofá y me diga que, al fin y al cabo, estaba mejor antes con mi mierda de vida, sin mirar alrededor ni enterarme de nada.

Meto las llaves y medio temblando hago girar el bombín. Me sorprende no haber tenido que darle las dos vueltas y el empujón de siempre para que

ceda y poder entrar. Seguramente Fran, que tiene copia de las llaves, ha estado aquí.

Como hace unos meses, dejo mi maleta junto a la puerta de entrada y me dirijo directamente a la pequeña cocina. No quiero ni mirar el sofá donde tantos buenos ratos pasé junto a mi ex y mis amigas. Tampoco ver mi escritorio, con las hojas donde anoté celebraciones que no pienso siquiera realizar. Ni la luz del día entrando por el balcón de mi cuarto. Hundo mi cabeza dentro del frigorífico buscando algo que beber. Una solitaria botella de Lambrusco parece dispuesta a acompañar mis penas esta noche y no voy a dejar pasar la oportunidad. Al menos no estaré sola por la mañana; la resaca será mi compañera. Entonces un escalofrío recorre mi columna vertebral haciéndome temblar y la botella resbala de mis manos. Es resistente y no se ha roto, pero el ruido ha sido sordo, doloroso. Le siento llegar a mi lado. No puede ser que esté aquí.

Posa una de sus manos en mi cintura y la otra en mi hombro, me hace girar sobre mí misma y me quedo frente a él. Marc está en mi apartamento. Me invita a levantar la mirada poniendo una mano temblorosa bajo mi barbilla, pero no puedo. No soy capaz de mirarlo a la cara. Sí, he perdonado, pero no olvido, no es tan fácil. Sin embargo, las fuerzas me pueden y me abrazo a él, y huelo su perfume a hombre y a maderas, ese que me envuelve y me excita. Que lo hace único.

—Daniela, mi vida —sus palabras me hacen volar—, mírame, necesito contártelo todo y que veas en mis ojos que no te miento. Esta vez sin máscaras, sin dobles intenciones, solo tú y yo.

—No quiero saber lo que pasó —le digo sin alzar la vista de su pecho, donde ahora mismo me siento como en casa—, ya te he perdonado, no quiero que nada más nos separe, pero, por favor, a partir de ahora...

—Solos tú y yo —termina mi frase.

Aún no puedo mirarle. Él se agacha y recoge la botella del suelo sin soltarme, sin permitir que nuestros cuerpos se separen. Ambos necesitamos estar juntos y, aunque no sé si es este el paso que debo dar después de lo que ha pasado, siento que él es la única persona que quiero a mi lado en este momento. Al fin levanto la mirada: tiene una barba de tres días, los que llevo sin estar con él, y el pelo despeinado. Lleva una camiseta básica, insípida, de color gris y cuello en uve, y aun así sigue tan sexi como lo recordaba.

—Vamos, sentémonos en el sofá, bebámonos esta botella. Y déjame explicarte, lo necesito, quiero que sepas qué ha pasado.

En silencio me dejo guiar por él y no presto atención a que ni siquiera ha cogido unas copas. Descorcha la botella, me la tiende, le doy un sorbo a morro y se la devuelvo. Él hace lo mismo. Realmente no sé si quiero escuchar lo que quiere contarme, pero sé que necesita hablar y prefiero no presionarle; es él quien debe dar este paso.

Me da la mano y vuelve a beber, seguramente para armarse de valor.

—Perdóname, no sé cómo empezar y no te quiero mentir. —Está nervioso y empiezo a darme cuenta de que sí quiero saber lo que pasó—. Es bastante complicado y si te dijera que no me acosté con Abril estaría faltando a verdad, pero no fui consciente de ello, puedes creértelo o no. Me desperté, no estabas a mi lado, la resaca me tenía mareado, te busqué por todos los rincones de la casa y no aparecías. Merche me leyó tu correo y fui a buscarte a tu apartamento, estaba desesperado.

Le tapo la boca con la mano; las lágrimas empiezan a caer de mis ojos, no estoy preparada para esta declaración, no lo quiero saber, el corazón se me encoge y Marc me abraza, pero me cuesta sentirlo a mi lado, como si una muralla nos separara y nos impidiera seguir donde lo habíamos dejado. Lo amo, con toda mi alma, pero ya no es lo mismo, la confianza que tanto nos costó conseguir se ha esfumado, y solo siento más y más dolor.

Él parece notar que algo ha cambiado entre nosotros, o por lo menos en mí. Aun así no se separa y su abrazo, aunque más suave, sigue siendo cálido. Dejo que sus caricias me calmen y, sin darme cuenta, el sueño empieza a atraparme, esta vez de otra manera, porque desconecto mi mente de mi cuerpo y duermo sin soñar, sin sentir, sin padecer.

* * *

Abro los ojos y estoy sola. Todo ha sido un sueño. Pero no, no puede ser, su olor impregna mi cuerpo, mi ropa y mi sofá. Entonces me doy cuenta de que Marc no está a mi lado, se ha ido, no es posible. Me levanto y un ruido me alerta: escucho correr el agua de la ducha y me dirijo al baño sin hacer ruido. La puerta está entreabierta y la empujo con cuidado. A través de la mampara de la ducha adivino las formas de su cuerpo tan perfecto, tan increíble como la última vez que lo sentí junto al mío, cuando parecía que todo empezaba a cobrar sentido en mi vida y un futuro se abría ante mí.

Le observo en silencio. Oigo una dulce canción: es él quien canta, no lo había escuchado nunca. Entre el sonido del agua resbalando por su cuerpo me parece reconocer *Seven years old*, de Lukas Graham, una canción bastante triste sobre la lucha para conseguir algo en esta vida, rodeado de los que realmente quieres. Una lágrima solitaria recorre mi rostro y me deja totalmente paralizada. No sé cómo manejar esta situación.

Yo siempre he sido una mujer luchadora, a pesar de las adversidades, y ahora me encuentro aquí, sin saber qué hacer, qué decir ni cómo avanzar, si pelear en contra o a favor de lo que siento por ese hombre que está en mi baño. El agua de la ducha deja de correr y, como si fuera un delincuente, dejo la puerta del baño como estaba, entornada, y vuelvo al sofá. Me acomodo y dejo que la imagen de Marc, de todo lo que llevamos compartido, me acompañe.

Han pasado unos pocos minutos cuando noto su presencia en el pequeño salón de mi apartamento. Los suaves pasos de sus pies desnudos suenan sobre el suelo y no me atrevo ni a cambiar de postura. Aprieto los ojos. ¿Me hago la dormida o dejo que me encuentre con ellos abiertos? Opto por lo primero justo en el momento en que noto el peso de su cuerpo apoyándose en el sofá.

—Buenos días, mi vida —me susurra—, es bastante tarde, te lo digo por si quieres ir a ver a tu madre al hospital.

Me levanto de un salto; ni siquiera miré la hora cuando fui a espiarlo a la ducha. En el reloj de la cocina veo que son casi las doce del mediodía. Me pongo nerviosa; no me había dado cuenta de la cantidad de horas que he dormido. Hacía tiempo que mi cuerpo no estaba tan relajado, ¿será porque él está a mi lado?

—¿Por qué no me has llamado antes? —le recrimino—. Mierda, me tengo que duchar, no me da tiempo a desayunar. —Lo miro y una sonrisa se dibuja en su cara—. ¿Acaso te estás riendo de mí?

—No, por dios, no se me ocurriría, es que se te ve tan guapa cuando te enfadas... —No sé si darle dos bofetadas o comérmelo a besos, y al fin decido devolverle la sonrisa—. Vamos, dúchate, te prepararé el desayuno y te lo tomas por el camino.

Hago lo que me dice y en menos de cinco minutos estoy vistiéndome. Seco mi pelo con una toalla y lo recojo en un moño alto, tipo bailarina. Me pongo unos vaqueros que llevan bastante tiempo colgados en el armario. Me quedaban estrechos, pero sorprendentemente he cabido en ellos sin ningún problema. Escojo una camisa de las que tanto me gustan, con estampados

imposibles, esta vez unos elefantitos muy *cuquis*, eso sí, discretos, en color negro, que voy a un hospital y encima a ver a mi madre, y no tengo ganas de que se ría de mí y menos delante de desconocidos.

Al salir del dormitorio me encuentro a Marc esperándome, sentado en uno de los taburetes del descansillo entre el salón y la cocina. Lleva la misma ropa de ayer y sigue oliendo a él. Se ha quedado toda la noche a mi lado, sin importarle siquiera que aquí no tenga nada.

—Vamos —me entrega un café en una botella de las que uso cuando voy al gimnasio, ese que hace siglos que no piso—, tómatelo por el camino, compraremos algo para comer en la cafetería del hospital.

—¿Por qué te preocupas tanto por mí? —digo sin pensármelo.

—Veo que aún no te has dado cuenta, pero no pasa nada, para eso estoy aquí, para que de una vez por todas compruebes que estoy enamorado desde el momento en que te vi en casa de Tere, cuando eras solo una muchacha con ganas de fiesta. No voy a parar de luchar hasta que entiendas que ya no sé vivir sin ti. Mientras haya una mínima esperanza y continúes devolviéndome, aunque sea una mirada que te delate, una sonrisa que mueva mi mundo, seguiré a tu lado. Eres la única que tiene la llave para que me quede junto a ti toda la vida o me aleje para siempre, pero sé tan bien como tú que me quieres contigo. Aunque la confianza se haya perdido, te demostraré de la manera que haga falta que puedes volver a confiar en mí, que desde que te conocí no ha habido nadie más en mi vida ni quiero que la haya.

Sin saber por qué, acudo al lugar donde me siento segura, sus brazos, y lo rodeo con todo mi cuerpo. Para que entienda que sus palabras son ese amor que necesito para ser fuerte, para luchar por lo que hace poco empezamos a vivir, para que la confianza vuelva a mí. Aunque realmente sé que lo que anoche me contó es cierto, que él no tuvo nada que ver en ese encuentro, quiero que me lo demuestre.

9

No te alejes nunca

Se ha quedado dormida sobre mis piernas. Su pelo sobre el sofá es como una cascada de fuego rojo que me hipnotiza. No quiero que esta sensación de placer, tranquilidad, armonía se acabe nunca. Sé que me ha perdonado, pero no todo es tan fácil como parece: veo la desconfianza planear sobre su cabeza. Nuevamente tendré que luchar y demostrarle que estoy aquí por y solo por ella, que nada me importa más que ella y que sería capaz de cualquier cosa.

No me atrevo a moverme por no despertarla. Pienso en cogerla en mis brazos y llevarla con el máximo cuidado hasta su habitación. Pero enseguida desecho la idea; necesito tenerla cerca. Si acabo metiéndola en la cama sé que querré más, y no deseo estropear lo que tal vez consiga reparar. Como puedo me acomodo en el sofá, cierro los ojos, dejo que el dulce sonido de su respiración y el olor que su cuerpo desprende me relajen y me den el descanso que necesito después de este tormento de tres días sin ella.

Un leve sobresalto me hace abrir los ojos. He conseguido dormir algo, aunque no descansar. Daniela se ha movido y su cabeza descansa ahora sobre mi pecho. A pesar de lo estrecho del sofá, nos hemos acomodado uno al lado del otro como dos piezas de un puzle que se unen perfectamente. Miro el reloj: son las ocho de la mañana, bastante tarde para la hora a la que estoy acostumbrado a despertar. No he traído nada de ropa pensando que lo único que encontraría en ella sería rechazo. No imaginé que me acogería en sus brazos y acabaríamos dormidos, juntos, abrazados.

Preparo un café haciendo el mínimo ruido posible y me adentro en su baño. Todo está recogido y ordenado en su pequeño estudio. He preferido no entrar en su habitación; aunque estuve tentado de hacerlo, en el último momento he cerrado la puerta. Debe ser ella la que me deje entrar de nuevo en su intimidad, en su vida.

Uso su champú y su gel de baño; necesito de alguna forma tener su olor en mi piel. Mientras tarareo una canción noto ese cosquilleo de cuando la tengo cerca, como si mi cuerpo la reconociera si la distancia entre nosotros es

mínima. No sé por qué, intuyo que me observa y dejo que lo haga. Prefiero que el próximo paso lo dé ella, no quiero forzar la situación. Sé cuánto ha debido de sufrir después de encontrarme en la cama con Abril. Le he explicado lo que pasó, pero aun así nos costará recuperar lo que teníamos, si es que lo conseguimos.

Cuando salgo del baño ya no está ahí. Una parte de mí esperaba encontrarla, atraerla para disfrutar de ella y demostrarle cuánto la amo y la necesito, pero se ha ido. Le doy tiempo para que decida qué quiere hacer y cómo.

La encuentro en el sofá del salón, intentando acomodarse en la misma postura que tenía cuando la dejé sola. Miro la hora: me he demorado bastante en la ducha, con mis divagaciones. Si no la despierto acabará enfadada conmigo, porque querrá ir a ver a su madre al hospital.

Está tan hermosa haciéndose la dormida que me es casi imposible advertirla, pero no hay más remedio. Se lo digo y, como esperaba, se pone como una moto, incluso me regaña por no haberla avisado antes. Sale disparada a su habitación y mientras se arregla yo me vuelvo loco buscando un recipiente para guardar el café que le he preparado. Al final encuentro una botella deportiva en el fondo de un armario. Cuando sale del cuarto me quedo embobado mirándola, tan natural, tan ella, la mujer de la que me enamoré nada más cruzarse en mi vida, su elegancia innata al vestir, sin importarle si su atuendo gustará o no, eso que la hace especial y diferente, e irresistible para mí. Mi Daniela.

10

No es tan fácil

Llegamos al hospital sumidos en un completo silencio. Hemos venido en mi coche, el pequeñín que con tanto cariño compré gracias a mi trabajo. Ese que me estaba dando tantas alegrías y que acabo de dejar. Pero no es momento ni lugar de darle vueltas a lo que he hecho con mi vida. Mi única preocupación ahora es que mi madre se recupere, vuelva a su casa y yo pueda quedarme a su lado el tiempo que sea necesario, sin preocuparme por nada más.

Que haya perdonado a Marc no significa que vaya a dejarlo todo por él. Claro que quiero intentarlo, pero si quiere estar conmigo tendrá que entender cuáles son mis prioridades. Le quiero y le necesito a mi lado; sin embargo, hoy por hoy ocupa un segundo plano en mi vida, ya le di el privilegio de ser el primero. Aunque creo lo que me ha contado, nada volverá a ser lo mismo. Ambos tendremos que recorrer un camino muy largo si queremos volver al punto en que nos encontrábamos cuando me presentó como su novia, yo me sentía cómoda y veía un futuro juntos. Y continuo viéndolo, claro que sí, mis ganas de que esto funcione siguen siendo las mismas o incluso mayores que el primer día, pero el miedo y la desconfianza no me dejan avanzar. Me duele pensar que, aunque él no haya tenido la culpa, podría volver a ocurrir. Y temo que acabe sintiendo que conmigo no está completo, y necesite buscar de nuevo aquello que lo alejó de su mala vida.

—Daniela, ¿qué quieres desayunar?

La voz de Marc me saca de mis pensamientos; lo miro nada más aparcar el coche en una de las calles de la parte trasera del hospital. No le respondo y él tampoco insiste. He dejado la botella con el café sobre el reposavasos del coche; ni siquiera lo he probado y no suelo perdonar el café de primera hora, pero hoy no me entra nada en el estómago.

Caminamos uno al lado del otro, aún en silencio, y me dan ganas de gritarle. ¿Qué narices hace aquí ahora? Entiendo que haya querido venir a darme las explicaciones que no le permití por teléfono, pero no que me

acompañe al hospital, no necesito su compañía. Me asustan mis propios sentimientos, tan contradictorios.

—Marc —le digo, con la voz débil que ahora mismo me sale—, necesito saber qué haces aquí...

—Preciosa, creo que es una respuesta que ya conoces. —Se vuelve hacia mí y toma mis manos entre las suyas—. Sé a lo que te refieres y también tienes respuesta para eso. Esta era la única manera de estar a tu lado. Miguel ha sido un buen amigo y no debes enfadarte con Merche por haberme ayudado para que esté aquí. Necesitaba saber de ti, y en cuanto me dijeron que intentaban buscarte para que supieras lo de tu madre ahí estaba yo, en el sitio justo, en el momento adecuado.

—Pero sigo sin entender...

—Daniela, voy a luchar hasta el final, estaré donde tenga que estar para que sientas que de verdad te quiero, moveré lo que haga falta para que no vuelvas a alejarte de mí. Te necesito a mi lado y tal vez me he dado cuenta muy tarde, por eso no deseo perder ni un minuto más de mi vida separado de ti.

Una lágrima solitaria asoma por mis ojos, pero no deseo escucharle ahora. Me libero de sus manos y continúo mi camino hasta la entrada del hospital. Sé que camina detrás porque noto su presencia, la electricidad que nos conecta desde que nuestras miradas se cruzaron por primera vez. He sufrido mucho y no estoy preparada para sufrir de nuevo. No quiero alejarme de él, demonios, no, lo quiero a mi lado, pero me duele, me duele pensar que algo pueda suceder y que mi débil corazón no soporte una nueva sacudida.

Entramos en el ascensor. Él sigue a mi lado, sin invadir mi espacio, en un silencio casi sepulcral que agradezco. Cuando llegamos a la planta donde está ingresada mi madre veo a mi hermano con Iago, sentados y hablando. Salgo disparada a abrazarlos. A veces pienso en cómo es posible que Fran sea mi hermano, con esa gran estatura y su musculatura, aunque el color de pelo que nos caracteriza me trae a la realidad. Ambos me devuelven el abrazo sin decir nada aunque sé que han visto a Marc a mi espalda. Agradezco que sigan con la boca cerrada y se limiten a saludarlo con un gesto de la cabeza.

Le pregunto a mi hermano cómo sigue mamá y me invita a que entre en la habitación y juzgue por mí misma. Aquí hay algo raro que no me quieren decir, pero me da igual, siempre lo acabo sabiendo todo, o casi todo...

—Pero ¿mamá? —Está sentada en una silla de ruedas, con su bolso en el regazo— ¿Se puede saber qué pasa?

—Pues creo que es obvio, Daniela, me han dado el alta y me voy a casa.

—Bueno, pues déjame que prepare algo de ropa, que me voy contigo.

—No, tú te quedas aquí o donde te dé la gana.

Me deja con la boca abierta, sin saber qué contestar. En ese momento Diego, su «amigo», aparece tras la cortina que divide la austera habitación. Me mira con cara de no haber roto nunca un plato y ya sé lo que pasa aquí. Mi madre está viviendo una nueva juventud, por decirlo de alguna manera, y yo, con mi tristeza, pretendía impedirlo.

—Diego —dice mi madre, alargando la mano para que él se la tome—, permíteme unos minutos con mi hija; creo que necesitamos hablar de algunas cosas. —Vuelve a mirarme nostálgica, llena de amor, del amor de una madre por una hija que puede decir tantas cosas sin tener que emitir una sola palabra.

Diego se agacha y le da un suave beso en la mejilla. Al pasar por mi lado me aprieta el hombro, como para infundirme fuerza, algo que, sin haberme dado cuenta, necesito mucho en este momento.

—Acércate, mi niña. —Camino hasta quedar junto a ella, sentada a los pies de la cama—. Sé que no estás pasando una buena racha, sé que necesitas tus momentos a solas, pero venir conmigo a la sierra no te va a ayudar mucho. Lo comprobaste la última vez y esta no va a ser diferente. No pienses que te separo de mi lado por Diego, válgame dios, si alguna vez pasa eso, corre a buscarme y enciérrame en la habitación.

—Mamá, es que te necesito tanto... —No puedo aguantar las lágrimas que se agolpan en mis ojos y me derrumbo, abrazándola y llorando como cuando era pequeña.

—Escúchalo y, después, escucha a tu corazón. —Levanto la mirada y sé perfectamente a lo que se refiere—. Ahora sal, despéjate, siéntate con él y hablad como dos personas adultas. Como lo haría Daniela García, la organizadora de eventos, de forma metódica, evaluando todos los pros y todos los contras. Y luego deja que tu corazón rebata todas las opciones. Que necesitas irte otra vez, hazlo, que de verdad necesitas estar conmigo en el pueblo, vente, pero dale esa oportunidad y dátela a ti. Te mereces ser feliz y si él ha movido cielo y tierra para estar a tu lado, a lo mejor tiene algo bueno.

No digo nada, no puedo responderle nada. Solo ella me diría que evaluara todo con la cabeza y decidiera con el corazón. Esta es mi madre, la Glori, pura energía y sabia hasta decir basta. La abrazo con todas mis fuerzas. Me retira con su mano buena las lágrimas que aún corren por mis mejillas y

me da un suave beso. En nuestro silencio, solo con la mirada, sabe que le agradezco ser como es, la mejor madre del mundo, y no juzgarme nunca aunque cometa las mayores locuras. En ese momento y como si lo supiera, el amigo de mi madre entra de nuevo en la habitación acompañado de mi hermano, que se acerca a mí y me abraza. No podemos evitarlo, es algo que viene de serie en nuestra familia; cuando no estamos bien sobran las palabras y faltan los abrazos.

Entre los dos recogen las pocas pertenencias que ha traído mi madre, se marchan y me quedo allí sola, mirando al vacío de paredes blancas con olor a medicamentos y alcohol. Tengo miedo de salir al pasillo y enfrentarme a la realidad. Sé que Marc sigue ahí porque su presencia no ha desaparecido de mi lado en ningún momento, sé que hasta en la distancia ha estado conmigo y eso es lo que más miedo me da. Cuando empezamos a conocernos lo sentía cerca si era poca la distancia que nos separaba, pero desde que nos quisimos dar la oportunidad, lo noto a mi lado aunque esté a miles de kilómetros. Hago de tripas corazón y vuelvo a escuchar las sabias palabras de mi madre en mi cabeza, me armo de valor y salgo al pasillo. Para mi sorpresa, Marc no está, aunque sí Iago.

—Hola, *cousa bonita* —me agarra de la mano y me apoyo sobre su pecho; hoy es el día de los abrazos y yo los necesito todos, y nuevamente no puedo evitar que un sollozo escape de lo más hondo de mi ser—, *eu non chorro*.

Levanto la mirada, porque no entiendo nada de lo que dice cuando me habla en gallego.

—Perdona, lo hago sin darme cuenta. —Me seca las lágrimas con sus pulgares—. No me llores, ¿vale? Tu madre está bien.

—No... es... eso —digo, entre hipidos.

—Me imagino, pero yo estoy aquí, sabes que puedes confiar en mí. Anda, vamos, seguro que estarás muerta de hambre.

Mi reloj interno se activa en ese momento y el estómago me ruge. Sonreímos, Iago me pasa el brazo por los hombros y salimos en silencio del hospital. Quiero hacerle la pregunta, saber dónde está Marc, adónde ha ido. Hay algo en lo que nos parecemos mucho: cuando necesitamos nuestro espacio lo respetamos, y sé que este es uno de esos momentos en que él quiere estar a solas. Seguimos caminando hasta que llegamos a mi coche y Iago me quita las llaves de las manos.

—Venga, yo conduzco, tú relájate y dime un buen sitio donde podamos ir a comer.

No protesto y me siento en el lado del copiloto. El olor a café inunda el habitáculo; Iago mira el recipiente lleno en el posavasos central y me mira. Agacho la cabeza porque, aunque para él solo sea un café que no me he tomado, para mí es la atención que Marc me dedicó esta mañana y yo rechacé. Cierro los ojos y aprieto la boca para no decir nada, no puedo, esta es una de las cosas más difíciles que me han pasado en mi vida. Piensa con la cabeza, elige con el corazón. Ojalá fuera tan fácil, mamá.

11

¿Saber perdonar?

Llegamos con mis torpes indicaciones a los aparcamientos que se encuentran junto a mi apartamento. Dejamos el coche en su plaza y, sin decirnos nada, caminamos, pero no sin rumbo, porque tengo claro adónde quiero ir a comer algo. La verdad es que me muero de hambre: me he despertado temprano y no he desayunado nada. Iago sigue a mi lado, en silencio, simplemente me acompaña paso a paso a través de las calles de mi ciudad, esta que me ha dado tantas alegrías y que ahora apenas me atrevo a pisar porque soy una cobarde.

Tras poco más de diez minutos caminando sin decir nada, cuando la Giralda está a nuestros pies, Iago rompe el silencio.

—*Porra, ela é máis fermosa do que as fotos.* —Lo miro con cara de no entender nada, pero es que es la verdad—. Digo que es preciosa, vaya, que no me la esperaba tan impresionante.

—Sí, es impresionante, sorprende cada vez que la ves aunque lleves aquí toda la vida. —Lo agarro de la mano y tiro de él—. Vamos, ahora vas a saber lo que es ir de tapas.

Nos adentramos en el barrio de Santa Cruz. El olor a tapas, *pescáito* frito, gazpacho y carnes a la brasa impregna el lugar. Veo la cara de expectación de Iago ante el bullicio que se abre ante nosotros. Es lo que tiene Sevilla en plena primavera. Ambiente, gentío y olor a azahar.

Llegamos al bar de tapas Las Columnas, una visita casi obligatoria en estas fechas. Está lleno, y no es de extrañar. Como puedo, localizo al fondo una pequeña mesa alta con dos taburetes, pegada a la callejuela trasera, y sigo tirando de él hasta que consigo llegar a mi destino. Una vez acomodados hago señales al camarero para que se acerque a nosotros y nos tome nota. Igual que yo probé la fantástica gastronomía gallega en los pocos días que pasé con él, intentaré que Iago se vaya con el mejor sabor de boca, nunca mejor dicho.

Las tapas empiezan a llegar. Cazón en adobo, salmorejo, tortilla de bacalao y muchos más manjares que él no tarda en degustar. Cómo no, todo

acompañado de la mejor cerveza de la ciudad y, para mi gusto, de España.

—La Estrella estaba buena, no te lo discuto, pero no me digas que mi amigo Gambrinus no tiene un toque especial. —Ya le he explicado cómo se llama el personaje que aparece en la etiqueta de nuestra cerveza y sigue sin parar de reír—. Sí, sí, tú riéte, pero buena está un rato.

Cuando nos encontramos más que saciados y tras mucho pelear con él para que me deje pagar la cuenta, salimos de allí para dar un paseo y bajar un poco lo que hemos comido. Paseamos, quiero enseñarle todo lo que pueda, pero soy muy mala para los nombres; yo me muevo por bares, no por calles. Pienso en mis amigas, que son las que tienen la culpa, y al hacerlo me pongo melancólica y dejo salir una lágrima.

—¿Qué pasa, Dani? —me dice, limpiándola con su pulgar.

—Nada, de verdad, solo que me he acordado de mis amigas y las echo de menos. Solo es eso.

De repente unas manos tapan mis ojos y me hacen sentir incómoda. Solo con su tacto ya sé de quién se trata. Son muchos años compartiendo tantas cosas, experiencias, intimidades. Me pongo nerviosa. Noto como su cuerpo se pega al mío y me tenso al momento.

—Pedro, ¿qué haces aquí? —le digo antes incluso de que retire sus manos.

—Vaya, muñeca, aún reconoces mi tacto, me reconforta saber que no te has olvidado de mí.

Las quita al fin y veo la cara de sorpresa de Iago. Como puedo, con la mirada, le hago saber que no tiene que preocuparse por nada, pero él se aproxima a mí, lo cual le agradezco con toda mi alma.

—Veo que te ha sido muy fácil reemplazarme, aunque el abogado te ha durado poco...

—No me toques las narices —le espeto levantando la voz más de lo que pretendo—, aquí la única persona que ha reemplazado a alguien ha sido tú. Además, creo que no te debo ninguna explicación.

Aunque Iago esté a mi lado parece no importarle y se acerca más a mí. Hace ese gesto que siempre me ha derretido, cuando creía que estaba enamorada de él y que sería el hombre de mi vida, mi mundo, mi todo. Roza mi mejilla con su mano y la desliza hasta mi cuello, pero esta vez es distinto, no siento nada, ya no despierta nada en mí. Doy un paso hacia atrás para poner un poco de distancia. Iago se mueve, para que su presencia se note. En un pequeño susurro le pido que me permita terminar con todo esto.

—Dime de una vez qué es lo que quieres y déjame en paz.

—Dani, muñeca, ¿podemos hablar a solas? —Hace un gesto mirando a Iago.

Es cierto que necesitamos esta conversación, sobre todo después de nuestro último encuentro. Así que le pido a Iago que me espere un momento. Él me advierte que va a estar vigilando y sé que lo va a hacer. Pedro y yo nos sentamos a pocos metros, en un banco vacío. Él intenta estar cerca, pero yo marco la distancia; no me apetece volver a levantar la voz para que entienda que no siempre que hubo fuego quedan rescoldos. Intenta atrapar un par de veces mi mano, pero no se lo permito. No puedo flaquear.

—Muñeca...

—Perdiste el honor de llamarme así el día en que te pillé dándole por culo a esa tía, y si no la insulto es porque ella no tiene la culpa, solo tú te mereces mi desprecio.

—Ahora lo sé, de verdad, créeme. Sé lo que perdí, te perdí a ti, lo mejor que me ha pasado en la vida. Creía que ya estaba todo asentado, pero la cagué. Por favor, perdóname.

—¿Quieres que te perdone? Pues perdonado quedas, pero no esperes más de mí. Lo siento, Pedro, ya me bajé de ese tren. Podía haber sido muy bonito si hubieras sabido cuidarlo, pero has tenido tiempo y maneras de disculparte. Ni dos o tres meses después ni ahora, ya no es el momento.

—¿Es por él? —dice, dirigiendo su mirada al gallego—. ¿O por el abogado?

—Eso no es de tu incumbencia. No es por un hombre o por otro, es por ti, ¿o no te das cuenta? Yo te quería, joder, y tanto que te quería. Volví para darte una sorpresa y fui yo quien se la llevó. ¿De verdad me merezco todo esto? No puedo más, necesito seguir, que me dejes seguir, y mientras sigas apareciendo así no volveré a ser esa Daniela que creo que soy. Si quieres mi perdón lo tienes, pero, por favor, olvídate de mí, olvídate de los años que pasamos juntos, olvídate de que te juré amor para toda la vida, olvídate de los planes que hicimos, yo ya me olvidé de ti...

Y las lágrimas vuelven a hacer acto de presencia, sin control alguno. Mi corazón se encoge y el aire no me llega a los pulmones. En otro momento, Pedro me hubiera abrazado y yo se lo hubiera agradecido de la misma manera, pero esta vez no. Llamo a Iago con un movimiento de brazos y él llega en dos zancadas. Posa sus manos sobre mi rostro y me dice palabras

dulces hasta que empiezo a notar que el aire regresa y consigo, poco a poco, relajarme...

—Gracias, Pedro, solo necesito espacio, ser yo, espero que lo entiendas.

—Sé que la he cagado y bien y por una tontería he perdido lo mejor que había en mi vida —lo miro con los ojos muy abiertos mientras mi respiración intenta volver a la normalidad—, pero te mereces ser feliz y yo no lo he conseguido. Solo espero que no te vuelvan a hacer daño como yo te lo hice. No me lo perdonaría en la vida.

Se levanta del banco que compartíamos, con los ojos rojos, y a mí se me rompe el alma al verlo así, después de lo que hemos vivido. Me duele saber que también lo está pasando mal, aunque no tanto como yo, porque él fue quien decidió que era más fácil serme infiel que contarme la verdad.

Pero le he perdonado, al fin y al cabo también merece seguir adelante. Si él no lo hace a mí me costará más y ahora necesito quitarme un peso de encima y saber que, al menos en una cosa, he conseguido echarle valor.

Iago me rodea con sus brazos y me ayuda a caminar. Paseamos, o eso intentamos, pero yo sigo sumida en mis pensamientos, en todo lo que me ha ocurrido en los últimos meses.

Lo dejé con mi ex por una infidelidad, aunque sé de sobra que fueron más, conocí al que creía que iba a ser el hombre de mi vida y, aunque sepa que lo de aquella noche fue una emboscada, me costará volver a confiar en él, sobre todo sabiendo la vida que llevaba antes de que yo empezara a formar parte de ella. Después está Miguel, mi amigo, mi confidente y cuyos abrazos y consejos necesito tanto, aunque ahora parezca que lo he olvidado. Y me faltan mis brujas, mis loquillas. Aunque sé que están ahí, no es lo mismo si no puedo llamarlas o no me llaman ellas para salir corriendo a donde haga falta. Las necesito a mi lado dándome su apoyo, necesito escuchar sus consejos aunque después haga lo que me dé la real gana. Está Iago, mi taxista, que me recogió cuando era un pañuelo de lágrimas y, aunque ha conseguido sacarme un par de sonrisas, no sabe realmente cómo soy, y aun así sigue a mi lado. Y por último... Marc...

Seguimos caminando por las calles de Sevilla, yo dándole vueltas a lo que acaba de pasar, a mi encuentro con Pedro, a lo que nos hemos dicho y a cómo, realmente, no me ha dolido romper con esa parte de mi vida, no me ha costado separarme de ella tanto como creía. Me siento, por una parte, fuerte, al comprobar que puedo seguir adelante, y por otra, indecisa, sin saber adónde ir ni por dónde seguir; ni siquiera sé lo que el futuro me tiene

guardado. En ese momento las palabras de mi amigo me sacan de mis pensamientos.

—Daniela, sé que no soy nadie para juzgarte; no conozco tu pasado y no voy a preguntarte si tú no quieres contármelo, pero creo que has hecho bien, que haces bien en separar tu presente y tu futuro de tu pasado. Ahora solo debes decidir si tu presente es como quieres, si esa decisión que crees haber tomado es la correcta. Nos conocemos desde hace unos días, pero por tu forma de ser, tu mirada y tus actos, te considero esa hermana que nunca he tenido y a la que quiero proteger de todo. Por eso, tomes la decisión que tomes, estaré aquí para lo que haga falta.

Las lágrimas vuelven a salir sin que le ponga remedio. No pretendo ocultarme más, no pienso guardar más mis sentimientos, ha llegado el momento de ser esa Daniela que siempre he sido, la que no se arrepiente de sus decisiones aunque las consecuencias no sean las que esperaba. Abrazo a Iago con todas mis fuerzas y le doy un beso en la mejilla. Su rostro se ilumina y sé que de verdad va a estar ahí, apoyándome.

—Gracias. —No salen más palabras de mi boca.

—Ve, ya encontraré el camino de vuelta, haz lo que debes hacer, no te lo pienses más.

Y sin pensarlo un segundo más, salgo corriendo con las lágrimas aún derramándose por mis mejillas y una sonrisa en el rostro.

12

Ahora o nunca

Vuelvo a encontrarme a los pies de la Giralda, bajo su mirada y decidida. Miro a todos lados para terminar de infundirme valor, para saber, para cerciorarme de que la decisión que he tomado es la correcta. Me da igual si el final no es el que deseo, pero si no lo hago nunca descubriré si lo que me dice el corazón es verdad. Mi madre tiene razón: piensa con la cabeza, decide con el corazón. Y eso es lo que pretendo hacer en este momento.

Tengo el teléfono en mis manos, que tiemblan, pero me lleno de energía y sin pensármelo más marco su número. Suenan los tonos, uno, dos... cinco, estoy a punto de colgar cuando escucho su voz y las palabras se me atragantan.

—Daniela...

Se hace un silencio, tomo aire para soltar todo lo que llevo dentro, pero solo consigo articular dos palabras.

—Te... quiero...

El corazón me va a mil por hora, su respuesta no llega y pienso que he llegado tarde, ya es tarde, he perdido esta batalla, le he perdido a él. Me separo el teléfono del oído y me quedo mirándolo, viendo como los segundos pasan y no obtengo respuesta. Estoy a punto de darle a la tecla roja y terminar la llamada, de hacer que desaparezca todo lo que creía que podría ser. Y entonces escucho un sonido suave a través del micrófono.

—*Fotre! T'estimo, per que has trigat tanta?*² —me habla en catalán y, aunque no lo entiendo, sé que una de las palabras significa que él también me quiere y mi corazón se llena de júbilo—. ¿Dónde estás?

—Dímelo tú, dime dónde estás y te buscaré donde haga falta, llevo mucho tiempo haciéndolo.

En el mismo momento me envía su ubicación. Corto la llamada sin siquiera despedirme. Necesito estar a su lado, que sus palabras me llenen el alma, que seamos uno solo, que todo lo que ha pasado se convierta en un mal recuerdo. Cuando compruebo que está a menos de diez minutos a pie de donde me encuentro no puedo evitar salir corriendo, sin importarme lo que

opinen las personas que me rodean. Esta vez una luz en mi interior me hace pensar que todo es posible, que no es tan difícil luchar por lo que uno quiere y que las barreras están para superarlas y nada más.

Lo veo al fondo, mirando al lado contrario de donde estoy, buscándome. Quiero gritarle para que se dé la vuelta, pero la carrera me ha dejado exhausta y no me llega el aire a los pulmones. Eso no me impide seguir corriendo y, como siempre me pasa cuando sé que está cerca, un escalofrío me recorre el cuerpo entero y sé que él también lo ha notado porque se da la vuelta y una sonrisa cruza su cara mientras una mirada triste empieza a abandonarla.

Cuando llego a su lado me detengo en seco y nos quedamos mirándonos. Yo intento recuperar el aliento y él no sabe qué hacer, espera mi reacción y, como si fuéramos los dos polos opuestos de un imán, nos fundimos en un abrazo y no hace falta nada más. El olor a madera de su perfume inunda mis fosas nasales y me recuerda que estoy donde quiero estar. Él pasa su mano por mi espalda, las chispas saltan entre nosotros y todo lo que nos rodea desaparece; en ese momento solo existimos él y yo.

Levanto mi mirada buscando la suya y cuando el intenso azul de sus ojos se une al verde de los míos no hacen falta más palabras. Nuestros labios se unen y lo dicen todo. Este beso está cargado de palabras que nos da miedo decir. De amor, de pasión, de los sentimientos que nos cuesta expresar... Incluso puedo saborear esa confianza que creí perdida. No quiero que acabe nunca, así que levanto mis manos, las enredo en su cuello y lo atraigo hacia mí, para demostrarle la necesidad que tengo de él y de todo lo que me he perdido por no buscar respuesta a lo que ocurrió. Sé que, si hubiera sido al revés, a él le hubiera pasado lo mismo, pero ahora no importa. Nuestras lenguas piden permiso para invadir la boca del otro y, como en un vals, nos besamos de una forma acompasada, sintiéndonos y transmitiendo lo que ambos sentimos.

Nos separamos con la respiración entrecortada y el pulso acelerado. Marc apoya su frente sobre la mía mientras continúa rodeando mi cintura con sus brazos.

—Mi dulce Daniela, no quiero que te vuelvas a separar de mí. —Pasa su mano por mi mejilla—. Sé que costará que todo vuelva a ser como antes, volver a confiar en mí...

Poso otra vez mis labios sobre los suyos porque no quiero que acabe la frase. Sé de sobra que no será fácil sentirnos como antes, que los celos que me comen por dentro seguirán ahí para siempre y que tendré que aprender a

vivir con ellos, pero lo que más miedo me da es que acabe echando de menos su anterior vida. Solo hay una solución, y es demostrarle que a mi lado no le va a hacer falta nada más.

Acepta mis labios y no dice nada; poco a poco va conociéndome y sabe cuándo tiene que callar. Cuando la pasión del beso vuelve a remitir nuestras manos se unen y, en silencio, caminamos hacia mi apartamento, que no está muy lejos de aquí. Sé lo que necesito y quiero en este momento, a Marc devorándome, haciéndome llegar al paraíso dentro de mí, disfrutar de sus caricias.

Subimos desesperados las escaleras; no puedo esperar a que el ascensor llegue y salto a su cuello para mearlo, acariciarlo, morderlo con suavidad. Él me responde de la misma manera, sujetándome por las nalgas para que lo rodee con mis piernas mientras noto el calor en un punto clave de mi cuerpo y no aguanto más. Chocamos contra la puerta de mi piso y como puedo busco las llaves para que él abra y podamos entrar. Si no, montaremos un escándalo en el rellano. Sin que él me suelte, avanzamos por el interior de mi pequeño hogar sin separar nuestras bocas, sin parar de tocar cada rincón de nuestros cuerpos, dejando un reguero de ropa, hasta caer en mi cama.

—No te alejes nunca de mí —dice, entre beso y beso. Yo solo puedo gemir con el tacto de sus manos sobre mi caldeada piel.

Entrelazados sobre el colchón de mi cama, sus manos empiezan a explorar mi cuerpo ya desnudo, solo a falta de mis braguitas. Sus besos empiezan por mi frente, bajan a mis labios y dejan su reguero por mi cuello hasta atrapar uno de mis pezones. Me arqueo instintivamente al notar en él el calor húmedo de su aliento y de su lengua. Con una mano atrapa el otro para que reciba el mismo castigo de placer. La humedad arde entre mis piernas, jadeo, no puedo aguantar más y me dejo ir. En el momento en que Marc nota mi orgasmo vuelve a apoderarse de mi boca para atraparlo y disfrutarlo junto a mí. Aun con lo que mi cuerpo acaba de recibir, quiere más y me arqueo buscando su excitación. Sin apartar su boca de la mía, desciende con su mano dibujando las curvas de mi cuerpo hasta llegar al borde de mi ropa interior y, como de costumbre, noto como se desintegra para convertirse en retales de tela entre sus manos. Una sonrisa pícaro se dibuja en sus labios y no puedo evitar mordérselos en señal de protesta por lo que acaba de hacer.

—Vas a tener que comprarme muchas para compensar todas las que has destrozado. —Mi sonrisa me delata: me da igual lo que haga con mi ropa interior.

—A partir de ahora, cuando estemos juntos, no necesitarás llevarlas, a no ser que quieras que todas acaben igual.

Y dicho esto, se coloca mejor entre mis piernas después de haberse puesto la protección y de una sola embestida se adentra en mí haciéndome sentir mil y una mariposas. Esto era lo que me faltaba; aunque huyera de la situación, Marc es la única persona que ha conseguido completarme, hacer que me olvide de todo y pensar que, de verdad, podemos tener un futuro juntos. Entre pensamientos, caricias y besos siento como se tensa y lo aprieto en mi interior, hasta que llegamos a la vez al ansiado clímax que nos hemos o, más bien, me he negado estos días.

No nos movemos de la posición en que estamos, salvo para que él pueda salir de mí y quitarse el preservativo, que anuda y deja sobre la mesilla junto a la cama. Después me abraza y caigo sumida en un sueño junto a él.

Me despierto con calor, pero un calor que me gusta: el brazo de Marc descansa sobre mi pecho desnudo mientras él está tumbado boca abajo. Algo me llama la atención. Tiene la espalda al descubierto y la sábana enredada en las piernas. Me incorporo en la cama y con mis manos delinear su tatuaje de hermosos colores: los tonos rojos y amarillos resaltan sobre el ave fénix de su hombro izquierdo. No puedo separar mis dedos de su piel y, sin darme cuenta, deposito también mis labios sobre ella. En un abrir y cerrar de ojos me encuentro tumbada en la cama, con su cuerpo sobre el mío, tras un movimiento estudiado que me excita de una manera apasionada. Muevo mis caderas hasta que el punto donde todas mis emociones se concentran rozan su miembro y un jadeo se escapa de mis labios. Él lo atrapa en un beso, con un amor que nunca imaginé que pudiera llegar a experimentar. Mueve sus caderas sobre las mías haciendo que el calor empiece a invadirme, mis pezones se endurecen al momento y él aún no ha separado su boca de la mía. Siento los labios inflamados de la pasión, del amor que nos estamos dando y que no quiero que acabe nunca y Marc, mejor que nadie, sabe cómo alargar el momento y me hace suya de una y mil maneras diferentes, hasta que acabo exhausta y amada como nunca antes lo había hecho nadie.

—Vamos, dormilona —deposita un suave beso sobre mi pecho—, desayunemos.

El olor a café me alcanza y me doy cuenta de que después de la sesión de sexo de esta mañana caí rendida nuevamente, cosa extraña en mí, que una vez que me despierto me es imposible volver a conciliar el sueño. Perezosa,

abro los ojos y veo a Marc delante de mí, con esa sonrisa canalla que tanto me gusta, solo unos boxers puestos y el pelo húmedo.

—Déjame ducharme y ahora mismo salgo.

Me meto en la ducha y al enjabonarme no puedo evitar recordar sus manos sobre mi cuerpo y me apresuro a salir rápido para volver a encontrarme con él. Sé que me costará encontrar el punto medio entre los celos, la desconfianza y el amor. Una vez vestida, si eso se le puede llamar a la pequeña camiseta de tirantes y las braguitas que me he puesto, me dirijo al salón. Veo una taza de café humeante sobre la mesa y el tarro de azúcar al lado, me echo las dos cucharillas de rigor y miro alrededor. Marc no está; no lo he visto en el pasillo ni en la habitación, tampoco en la de los invitados. Un nudo se instala en mi pecho y empieza a faltarme el aire cuando escucho el sonido de unas llaves en la cerradura y lo veo entrar. Se ha puesto unos vaqueros y una camisa, con los primeros botones desabrochados, babeo al momento y salgo corriendo a sus brazos.

—Así da gusto que lo reciban a uno.

—Me asusté...

—Te dije que no me volvería a separar de ti y que no iba a permitir que tú lo hicieras de mí.

Me abrazo a él como si la vida me fuera en ello y sé que si lucho, si luchamos juntos, habrá un futuro para nosotros.

13

Un futuro... ¿juntos?

Seis meses más tarde

Ha pasado la primavera, ha pasado el verano y estamos entrando en la época fría. El invierno nos ha atrapado sin que nos demos cuenta y Marc y yo llevamos seis meses juntos desde que decidimos darnos una nueva oportunidad.

Mi vida ha dado un cambio radical. Sigo trabajando en la empresa de organización de eventos, pero ahora desde Barcelona. Marc quiso que me instalara en su piso, pero tras hablarlo tranquilamente entendió que habían ocurrido demasiadas cosas como para acelerar más nuestra relación.

Mis jefes se rieron literalmente de mí el día en que los llamé para disculparme. Sonia fue muy clara al recordarme que el puesto nunca había dejado de ser mío y que no pensaban perder a su mejor trabajadora. También me invitó a ocupar el apartamento, así que le hice caso y he estado viviendo aquí este tiempo.

Marc continúa trabajando a fondo, y más aún desde que su padre le cedió toda la responsabilidad del despacho. Sigue faltándome una parte importante de mi vida: apenas sé nada de Tere desde que vine y mi hermano está raro, casi no habla de su relación y, cuando saco el tema, los dos se ponen a la defensiva y no hay manera. Y en cuanto a Merche, mi otra bruja, parece ser que las mariposas encontraron una salida de su cuerpo y ya no tiene nada con Miguel. A los pocos días de llegar a Barcelona se marchó sin darme ninguna explicación. Él ha vuelto a las andadas, y este es el tema que más me preocupa...

Amo a Marc con toda mi alma, es el hombre de mi vida, pero no tengo claro que yo sea la mujer de la suya. Las dos últimas semanas solo nos hemos visto una vez y me siento mal, parece que la desconfianza vuelve a abrirse paso en mi corazón. Intento creer que no pasa nada, que todo son imaginaciones mías. Últimamente solo tiene más y más reuniones y todas acaban a las tantas de la noche. Miguel forma parte de ellas y, aunque

continúa siendo un gran apoyo para mí, ha vuelto a visitar los locales de intercambio y eso me hace desconfiar. No se lo puedo echar en cara, porque es su modo de vida y he de decir que cuando yo lo viví me gustó, disfruté todos y cada uno de los días y aprendí cosas nuevas, pero verlos pasar tantas horas juntos me hace pensar que Marc se ha cansado de mí y el miedo vuelve a ocupar mi mente.

Cuando aún estoy acurrucada en la cama suena el teléfono.

—Hola, mi niña.

—Hola, mami, ¿qué tal estás? Yo todavía en la cama, sí, lo sé, no es propio de mí, pero hoy no tengo la primera reunión hasta las doce.

—Desde que tienes un equipo tan grande que dirigir y te lo hacen todo te estás acomodando.

—Sabes que no es cierto —le respondo algo malhumorada; es lo que me faltaba oír hoy—. Me quedo hasta las tantas de la noche revisando y enviando informes para que todo salga perfecto.

—Tranquila, Daniela, que estaba de broma. —Su voz se ha elevado un poco, pero me doy cuenta de que la causa es que la mía también lo ha hecho—. ¿Qué tal va todo?

—Bien, como siempre...

—¿Seguro?

—Sí, mamá. No te preocupes, de verdad, mucho trabajo y ya está. —Y me muerdo la lengua para evitar derramar las lágrimas que últimamente me acompañan cada mañana al despertar—. ¿Cómo sigues tú?

—Genial, la rehabilitación hace magia, pero bueno, solo quería decirte que Fran me ha llamado. —Se hace el silencio entre las dos—. Viene a pasar unos días en la sierra, solo...

—Vaya..., no sé por qué me lo imaginaba; últimamente lo he notado muy raro y no ha querido contarme nada. Por favor, llámame si me necesitáis.

Hablamos un rato más hasta que finalmente nos despedimos con mi misma promesa de siempre, que la llamaré más. Sé que ha notado que algo me pasa; no le he contado cómo me va con Marc ni ella ha preguntado.

Paso el día de reunión en reunión; al menos mientras estoy liada no pienso en lo que él esté haciendo o dejando de hacer. A la hora de comer le he enviado un mensaje para preguntarle si saldrá a tomar algo y me ha dicho que no. También le he sugerido pasarme por su despacho y llevarle el almuerzo, pero se ha excusado diciendo que está muy liado y comerá un

sándwich rápido. Cuando he querido saber si esta noche cenaremos juntos me ha respondido, como viene siendo costumbre, que se quedará a trabajar hasta tarde y que tal vez, si le es posible, pasará después por mi apartamento. Le he respondido que no hará falta. Mis compañeros me han propuesto salir a tomar algo y ahora tengo claro que es un buen plan, así que, sin pensármelo dos veces, he aceptado su invitación.

Hoy quiero sentirme guapa. No sé si será por el tiempo que llevo sin salir, pero necesito esto, despejarme. No me quejo de quien he sido estos últimos meses, no cambiaría ni uno de los días que he pasado junto a Marc, pero si él no desea salir no hay razón para que me quede un minuto más encerrada entre estas cuatro paredes.

Al llegar a la puerta del edificio donde hemos quedado ya están prácticamente todos esperándome. He tardado en arreglarme un poco más de lo que tenía planeado: he sacado varios conjuntos del armario hasta que finalmente he optado por uno informal. Al fin y al cabo, vamos a picar algo rápido y a tomar unas copas. Llevo unos pantalones vaqueros pitillo negro, de esos tobilleros que se llevan ahora, una camiseta de media manga con cuello de barco y una rebeca por si refresca, aunque este año parece que el frío no termina de llegar.

—Vaya cambio, jefa —me dice Eric, uno de los nuevos fichajes que he hecho en mi equipo y que está dando unos resultados increíbles—, pareces otra sin tu traje.

—¿Qué te creías? —Sonrío—. Una sabe salir de su papel cuando le toca.

Saludo a los demás: Emma, Minerva, Edu y Daniel. Hablamos un poco en la puerta hasta que al final decidimos un lugar. Bueno, lo deciden ellos, porque en los seis meses que llevo aquí solo he frecuentado restaurantes, y ellos prefieren un sitio más relajado, lo cual agradezco porque me hace recordar a mis brujitas. Las necesito conmigo, pero si hasta ahora no me han llamado entiendo que necesitan tiempo.

—Alegra esa cara —me dice Eric, acercándose a mí—. Esta noche vamos a pasarlo bien y a desconectar un poco, ya era hora de que te apuntaras a venir con nosotros.

Le dedico una sonrisa porque sé que en el fondo tiene razón. Llevo dos semanas que no me soporto ni yo misma y ya estoy harta. He de tomar cartas en el asunto y de mañana no pasa que tenga una conversación con Marc, pero esta es mi noche y si él no la ha querido pasar conmigo, que le den.

—Vamos —le digo a Eric—, a la primera invitas tú, que vaya comisiones te has llevado.

Y dicho esto ponemos rumbo a una zona de Barcelona que aún no he visitado. Es tranquila, se ven varios bares en ambas aceras, como en esas callejuelas de Sevilla que tanto me gustan para perderme y acabar tomándome una cerveza en un bar de los de toda la vida. Y para mi alegría, entramos en uno de ellos.

Las cervezas empiezan a llenar la mesa donde nos hemos sentado, voy probando todo tipo de tapas y conociendo una nueva Barcelona. Me alegro de haber tomado la decisión de venir a disfrutar con mis compañeros. Al fin y al cabo, aparte de Marc, Miguel y mis jefes, que últimamente no paran de viajar, no tengo a nadie más.

Sin darnos cuenta, la noche se ha hecho completamente cerrada y nos hemos quedado los seis solos. Se nota que el dueño del bar está deseando irse a su casa. Pagamos la cuenta entre todos y salimos a la calle. Se ha levantado un poco de frío. Miro el móvil y veo que no hay llamadas ni mensajes de Marc. Estoy decepcionada, aunque también lo esperaba; es nuestra rutina de los dos últimos meses.

Los demás hablan de ir a tomar unas copas, pero a mí se me han quitado las ganas y lo que estoy deseando es llegar a mi apartamento. Con lo bien que me lo estaba pasando... No puedo evitar sentirme mal, son tantas cosas las que pasan por mi cabeza... Desde la noche en la que vi a Marc en la cama con... es solo recordarlo y me pongo nerviosa. Le creo, juro que le creo cuando me dice que fue una trampa, pero después pienso que tal vez lo fuera en ese momento. ¿Y ahora? ¿Y si ya se ha cansado de mí?

Me despido de mis compañeros sin darles oportunidad de que intenten convencerme para que me quede, aunque creo que al ver la tristeza en mi cara han preferido no preguntar más. Camino a paso rápido hacia la calle principal y estoy casi llegando a casa cuando un taxi pasa delante de mí. Sin saber por qué, le hago una señal para que me recoja y le doy la dirección de la casa de Marc.

Finalmente me encuentro ante la puerta de su apartamento. Me dio unas llaves para que viniera cuando quisiera o lo necesitara y nunca las he usado hasta ahora, cuando más lo necesito. Me tiemblan las manos al pensar que voy a invadir su intimidad, pero tenemos que hablar; he de explicarle cómo me siento.

Escucho atenta, pero todo está en silencio, aunque con lo grande que es su apartamento podría estar en la otra punta y no me daría ni cuenta.

Abro la puerta sin ningún problema, entro y veo sobre la silla su chaqueta, pulcramente colocada, y junto a ella un bolso de mano, de mujer. Me pongo nerviosa y pienso en salir, pero la última vez que lo hice obtuve una buena explicación. ¿Por qué esta vez no va a ser igual? Avanzo sin hacer ruido e intentando averiguar dónde se encuentran, hasta que oigo unas risas de mujer al fondo de pasillo.

No soy capaz, no me siento capaz, saco el teléfono de mi bolso y marco su número; empieza a sonar y el sonido viene del mismo lugar que las risas. Él corta la llamada y es entonces cuando la rabia me domina. Histérica, con paso decidido, llego a la habitación del fondo: la puerta está entornada y hay luz.

Tomo una bocanada de aire para llenarme de ese valor que me falta y enfrentarme a lo que me pueda encontrar tras la puerta. Pongo la mano sobre el pomo y abro.

—Joder —dice al verme una rubia recauchutada. Tiene las manos sobre el escritorio de Marc y los pechos casi pegados a su cara.

Observo la escena y trato de calmarme. Él está detrás del escritorio, sentado en su silla, con varias carpetas abiertas sobre la mesa y el ordenador encendido. Sé que están trabajando, aunque la situación no me gusta nada, no me ha gustado que me cuelgue el teléfono, que esté aquí con alguien que no conozco de nada y no me lo haya dicho, pero, siendo sincera conmigo misma, también yo he salido a tomar algo con mis compañeros de trabajo sin decírselo.

Marc me está mirando, pero no dice nada; yo tampoco quiero esta tensión y, de la misma forma que he entrado, deshago mis pasos y me dirijo a la salida. Necesito estar fuera de aquí, he sido una estúpida, no debería haber venido, he de confiar en él, pero me es tan difícil... Y más aún después de haberlo tenido para mí en todos y tantos aspectos. Sentir que lo pierdo me está haciendo enloquecer.

Cuando estoy en la puerta, a punto de salir, una mano me sujeta y me da la vuelta. Sé que es él porque la electricidad que nos une no ha desaparecido, al contrario, para mí cada día que pasa es más intensa.

—Daniela —su voz suena triste.

—No pasa nada, Marc, estás trabajando, ya me lo dijiste, me voy a casa, mañana hablamos.

Me suelta la mano y en su mirada veo algo que no entiendo. Con lo fácil que me ha resultado en estos meses averiguar lo que escondía bajo sus ojos azules... Ahora me doy cuenta de que hay cosas de él que aún no conozco.

Estoy, al fin, entre las cuatro paredes de las que hoy no debería haber salido; por una vez tenía que haberle hecho caso a mi cabeza y quedarme en casa, hasta que me despejara un poco. Ya hubiera hablado con Marc al día siguiente, que es sábado, y aunque últimamente tiene trabajo las veinticuatro horas los siete días de la semana, si hubiera insistido un poco... Pero no, tengo que ser siempre tan impulsiva, aunque en estas situaciones siempre lo evito, por las consecuencias que me ha traído.

No sé cuánto tiempo llevo dándole vueltas. Cuando me doy cuenta de que Marc ni siquiera ha intentado ponerse en contacto conmigo para saber qué hacía allí comienzo a sentirme mal, triste y entre lágrimas y pensamientos que no querría tener, y cuando el sol está empezando a entrar por la ventana, el sueño me atrapa y me dejo ir. Al fin estoy en paz conmigo misma, por primera vez en las últimas horas.

No estoy hecho para esto

La he cagado, lo sé, no ha sido intencionado, pero lo he hecho. Llevo dos semanas con mucho trabajo y he pagado toda mi frustración con quien menos lo merece. Daniela.

Desde que mi padre me pasó toda la responsabilidad del despacho, nada es lo mismo. Mi madre, que nunca ha merecido que la trate como tal, está buscando todas las formas de hundirnos. No he querido contarle mis problemas a Dani, ya es suficiente con que se haya mudado a la otra punta del país para estar a mi lado. Ahora soy yo quien se separa de ella, aunque la necesito más que el aire que respiro. Miedo, sí, esa es la palabra que lo describe todo, que da significado a lo que siento últimamente. Deseo pasar toda mi vida a su lado, pero no estoy preparado para ello.

Ella sigue haciendo que cada mañana me levante con una sonrisa porque iré a verla, pero en las últimas semanas no le he prestado a nuestra relación la atención que merece.

Tal y como ha desaparecido de casa, así se ha llevado con ella mi corazón. Mientras trabajábamos en mi apartamento, Beca me ha dedicado una sonrisa que hasta ahora no había apreciado. Ha venido hacia mí moviendo las caderas, y juraría que su camisa tenía un botón más desabrochado. Al llegar a mi lado ha puesto sus manos sobre mi pecho. En ese momento ha entrado Daniela y me he odiado recordando al antiguo Marc, al que todo le daba igual, y la ira me ha consumido. Le he pedido a Beca que se fuera o, para ser más exactos, se lo he ladrado. Ahora estoy en el local que llevaba meses sin pisar desde la última vez que estuve aquí con ella, con un vaso de whisky en la mano y la corbata guardada en el bolsillo trasero de mi pantalón. El camarero me mira con cara reprobatoria cuando le pido que llene de nuevo el vaso y lo entiendo, no sé cuántas copas llevo, pero me da exactamente igual, ya no tiene solución. La he perdido.

—Diría que has vuelto a las andadas, pero llevo observándote un buen rato y no te has movido de aquí ni para mirar.

—Miguel...

—Hola, amigo. —Nos damos la mano; no esperaba verlo aquí, pensaba que esos días también habían quedado atrás para él—. Somos unos idiotas, pero ya que no tenemos remedio, al menos disfrutemos.

Viene acompañado de dos chicas, dos de esas chicas con las que siempre nos ha gustado jugar, con las que hemos disfrutado hasta saciarnos y mañana, si te he visto, no me acuerdo. Intento ser amable y sonreír cuando me las presenta, pero es imposible; pienso en Daniela y un sentimiento de culpa hace que me sienta miserable.

—Para mí esa etapa ya pasó —le digo—, solo he venido a beber y a compadecerme por ser tan gilipollas.

Hablamos, y vaya si lo hacemos. En un momento dado las chicas se alejan de nosotros; saben que esta noche no habrá juego por nuestra parte. Le cuento a Miguel mis dos últimas semanas y, cada vez que intento sonsacarle por qué está él aquí, evita la respuesta con otra pregunta. Le acabo explicando que he sido un cobarde, que no le he dicho a Daniela el motivo por el que paso tantas horas en el despacho, que hace un momento me sorprendió en casa con Beca y que esta, una vez que la mujer de mi vida se marchó llevándose mi corazón, ha intentado sacar algo de donde no había nada.

La mirada de Miguel me lo dice todo. Ambos sabemos que esta noche ha acabado para nosotros. Avisamos para que vengan a recogerlos. El local trabaja con una empresa privada de vehículos de total discreción que también se encargará de que nuestros coches estén mañana en la puerta de nuestras respectivas casas. Alguna ventaja teníamos que tener por habernos dejado aquí tanta cantidad de dinero y ser, además, sus abogados.

Tras la conversación con Miguel en el coche que nos lleva a la ciudad, decido hacerle caso por enésima vez. Si alguien en este mundo se merece que lo llame hermano, sin duda es él. Estoy en la puerta del edificio donde vive Daniela. Los primeros haces de luz matutina empiezan a hacer presencia en las aceras, en el reflejo de las ventanas y en mis ojos, que el alcohol no me permite abrir con facilidad. Igual que ella tiene una copia de mis llaves, yo también llevo en mis manos las que me dio, aunque no sé qué hacer con ellas.

Pienso de nuevo en lo cobarde que soy: aparecer en su casa, sin haber pensado qué decirle, sin haberme siquiera preocupado. Definitivamente sí, lo soy, pero ya que he llegado hasta aquí, intentaré al menos echarle valor para que me dé la patada que realmente merezco.

Alzo la mano para llamar al timbre cuando la puerta se abre de repente y me deja ver a una preciosa pelirroja enfundada en unas mallas de licra que

invitan a descifrar sus curvas, una camiseta de tirantes holgada con un *top* deportivo debajo y, lo que no me ha gustado nada, los ojos rojos de no haber descansado sobre unas ojeras indescriptibles. Ahora no solo me siento un cobarde, ahora lo sé, soy el mayor gilipollas del mundo por haber conseguido yo solito romperle el corazón y perderla.

Sus ojos me miran, imperturbables incluso con las marcas del cansancio. Me parece vislumbrar una sonrisa en sus labios que desaparece en el momento en que descubre que llevo la misma ropa de la noche anterior. Si también le llega mi olor sabrá que he bebido hasta casi olvidarme de quién soy. Al menos eso era lo que intentaba cuando Miguel apareció y pude desahogarme con él.

—Marc...

Mi nombre en su boca ya no suena como antes, a luz, a electricidad, a complicidad incluso al principio, cuando no teníamos nada, cuando yo era simplemente el señor Capdevila y ella la señorita García. Ahora ha sonado triste, a soledad, más bien a abandono. Vuelvo a recordarme que todo es por mi culpa, que no he sabido cuidar lo que tenemos, si es que seguimos teniendo algo. Está claro que no estoy hecho para esto, para las relaciones. Lo intento, juro que lo intento, pero no sé hacerlo.

—Daniela... —Me acerco a ella para darle un beso en los labios, pero da un paso hacia atrás; debe de haber notado el olor a alcohol que desprendo.

—Entra y dúchate, ya sabes dónde tienes ropa. Me voy a correr un rato. Si cuando vuelvas estás despierto, hablaremos.

Y se marcha sin decir nada más. Si aún me quedaba un trozo de corazón, ahora sí, acaba de llevárselo con ella, para hacer de él lo que le dé la gana.

Le hago caso, como un niño pequeño, y cojo algo de ropa del armario que habilitó para mí: un pantalón de chándal, una camiseta deportiva de las que le gustan, no muy pegadas pero que marcan bien mis músculos. Al abrir el cajón de la mesilla de noche en busca de un bóxer veo la caja de preservativos. Aunque llevemos unos meses juntos los seguimos usando, porque a ella no le sientan bien las pastillas anticonceptivas. Compruebo que está vacía; vaya, qué casualidad, nuestra relación se acaba justo cuando nos quedamos sin protección. La dejo donde estaba y me meto en el baño. Al quitarme los pantalones el teléfono se me cae del bolsillo, la pantalla se ilumina y observo que tengo varias notificaciones sin leer. Una de Miguel, dándome ánimos, otra de Beca, que decido eliminar sin abrir, y la última de Daniela, mi Daniela...

Marc, sé que me quieres, igual que yo a ti, pero hay algo que no va bien, que no funciona. Por favor, déjame espacio y no te preocupes, que esta vez no me iré a ningún lado. Pero ya que no has dado ninguna señal desde que abandoné tu apartamento, déjame a mí pensar qué es lo que pasa y por qué últimamente siento que no soy suficiente para ti. Aun así, no olvides que te quiero, aunque ya no me queden fuerzas para luchar ni por ti ni contra mí y mis pensamientos. Tuya siempre.

Ahora entiendo su actitud cuando me ha visto en la puerta. Me había pedido que no hiciera lo único que he hecho, venir a su casa, pero no me preocupé siquiera de mirar el puñetero móvil en toda la noche. Sin embargo, acaba de decirme que cuando llegue hablaremos, así que decido ducharme, me visto, recojo el baño y la espero preparando desayuno para dos, una ofrenda de paz, al menos.

Al fin escucho abrirse la puerta del apartamento. Estoy sentado en el sofá, con los codos sobre las rodillas y el pelo alborotado de tanto pasar mis dedos por él. Cuando llega a mi lado se pone en cuclillas delante de mí y toma mis manos, invitándome a levantar la cabeza y encontrarme con sus ojos.

—¿Mejor? —Asiento, y ella me besa suavemente en los labios. Todavía hay esperanza, grito interiormente mientras de la misma manera salto de alegría—. Vamos, tomemos ese desayuno, huele muy bien.

Sobre la encimera de la cocina hay unas tostadas frías sobre un plato, fruta y una jarra de café esperando ser servida. Valiente mierda, pero agradezco que ella sepa valorar esos detalles.

Nos sentamos en silencio, Daniela sirve el café y ninguno nos atrevemos a decir la primera palabra...

Un desayuno diferente

—Antes de que hables, me gustaría explicarte qué es lo que viste anoche.

—No me tienes que explicar nada.

Se levanta y recorre la poca distancia que nos separa. Su cercanía me pone la piel de gallina, como siempre, me excita. Él lo nota en mi mirada, posa sus manos sobre mi cara, roza mis mejillas con sus pulgares... Hace que me sienta querida.

—Mi amor, ya te perdí una vez y luché por recuperarte, y ahora no va a ser menos. —Sé que al fin ha leído el mensaje que le mandé, sus palabras lo delatan—. Beca y yo estábamos trabajando y sí, la escena no era la más adecuada para que tú aparecieras.

—No, Marc —interrumpo su discurso, que es a lo que han sonado sus palabras—, no es eso lo que nos está pasando. Los últimos seis meses a tu lado han sido los mejores de mi vida, no los cambiaría por nada en el mundo, excepto por...

—Estas dos semanas —termina la frase por mí y nos quedamos mirándonos en la misma postura, con sus manos sobre mi rostro.

Y esta vez sí soy capaz de leer su intensa mirada azul. Le veo triste, debatiéndose entre callar o contarme eso que le está atormentando y que nos ha impedido vernos. Le suplico con la mía que hable, porque necesito confirmar que el paso que di hace unos meses fue el correcto. Pongo mi mano sobre la suya y la llevo hasta mi pecho, para que note el latido de mi corazón, acelerado solo porque le tengo cerca, desbocado de amor hacia él.

—Es a causa de mi ma... de la exmujer de mi padre. Nos ha demandado e intenta que perdamos todo aquello por lo que mi padre luchó. —Baja la mirada y me parece que sus ojos se ponen vidriosos—. No le basta con todo lo que él le ha dejado en el convenio de divorcio. Y como yo soy parte implicada, no puedo llevar directamente el caso, por eso Beca me está ayudando.

Su voz se quiebra y no puedo evitar abrazarme a él. Mi cuerpo se amolda perfectamente al suyo, como siempre nos ha pasado. Me rodea con sus brazos y empiezo a entender qué es lo que sucede, qué es lo que realmente siente. No me está apartando de su lado, es solo que no quiere que yo sufra lo que él ya ha sufrido por su pasado, el que le ha hecho ser la persona que ha sido y que, aunque evite reconocerlo, sigue siendo.

—Ayer estuve en la mansión. —Su confesión me hace enderezar la espalda y separarme de él, que no intenta impedirlo—. No pasó nada, te lo prometo, pero por un momento necesité desahogarme, salir de todo esto.

Mis lágrimas empiezan a salir sin control. Sabía que esto acabaría pasando...

—Pero no pude —continúa—. Me encontré a Miguel, me vinieron mil recuerdos a la mente y en todos aparecías tú.

Tengo ganas de tantas cosas en este momento... De cruzarle la cara, de aporrearlo, de gritarle, pero esa última frase suya también me dice lo mucho que me ama, aunque me duela que prefiriera ir a ese lugar en vez de venir a buscarme. Sé que es su pasado, lo que ha hecho siempre que ha necesitado evadirse de la frustración que es su vida. Era su única vía de escape, y saber que ha vuelto me rompe el corazón.

—Daniela, lo siento, sé que he sido un completo idiota y sé que, si decides dejarme, me lo habré merecido, pero no dudes en ningún momento que lucharé por demostrarte que solo ha sido un error.

Intenta tomarme de las manos y volver a abrazarme, pero no le dejo, me doy la vuelta y me dirijo a mi habitación. Necesito asimilar lo que me ha dicho y decidir qué hacer. Ahora mismo, solo pienso en que, en vez de buscarme, eligió la mansión y me duele, me duele mucho.

Una vez en mi cuarto el aire empieza a faltarme y acabo tumbada boca abajo en la cama, llorando desconsolada y gritando contra la almohada. Cuando, poco a poco, empiezo a tranquilizarme, noto su presencia, esa sensación de cosquilleo, pero me niego a levantar la cabeza y mirarlo. El peso de su cuerpo sobre la cama me indica que está junto a mí y sé que se debate entre abrazarme o dejarme sola. Yo sé lo que quiero, necesito que lo haga, y finalmente soy yo quien me incorporo y acabo entre sus brazos. Me acaricia la espalda y apoyo mi cabeza sobre su pecho, en ese hueco que parece estar hecho en exclusiva para mí, donde ambos encajamos a la perfección.

Mis lágrimas empapan su camisa y una que no es mía resbala por mi rostro. Levanto los ojos y encuentro los suyos. Su dolor me traspasa, solo con

esta mirada sé que ha sido completamente sincero y no puedo evitar buscar sus labios y besarlos con todo el amor que llevo dentro. Después de dos semanas sin dedicarnos un momento, deseo demostrarle que puede contármelo todo, que nada me hará daño si confía en mí, que esa es la única manera en que yo puedo confiar en él.

—Ten confianza en mí, por favor —le digo, entre besos—. Sé que esto que sentimos es real, no lo dejemos escapar.

Ahora es él quien me besa, con mucha más intensidad. Sus manos me levantan y me sientan sobre sus piernas, las mías han quedado una a cada lado de las suyas y las atrapo con fuerza. Saboreo el momento, porque quiero que sienta que todo esto es real. Nuestras lenguas se entrelazan sin dejarnos recuperar siquiera el aire, pero me da igual, necesito saber que él es mío igual que yo soy suya. Las manos inician el ataque, nos deshacen de nuestra ropa, y a cada prenda que nos quitamos nos unimos aún más en vez de sentirnos desnudos e indefensos. No queremos dejar de tocarnos, necesitamos esta unión con urgencia para olvidar lo que nos hemos negado durante estas dos semanas: él, por no querer implicarme y hacerme daño, y yo por cobarde, por no haberle plantado cara y dejar que la situación llegara hasta donde ha llegado, que podría haber sido el fin.

Completamente desnudos sobre las sábanas, nos acariciamos, sentimos el calor de nuestros cuerpos. Dibujo con mis manos cada parte del suyo, beso su boca, deslizo mi lengua sobre su barbilla de formas perfectas y la barba de tres días que tanto me gusta. Bajo a su pecho disfrutando del sabor de su piel, absorbiendo su aroma, notando su respiración acelerada. Coloco las manos sobre sus muslos, los recorro con delicadeza mientras mi lengua tortura su ombligo y mis pechos rozan su gran excitación. Él tiene las suyas en mi pelo, que agarra con posesión, sabiendo lo que va a llegar. No le hago esperar más, cojo su miembro y lo introduzco en mi boca mientras miro su rostro: no quiero perderme ninguna de sus expresiones. Me encanta hacerlo así desde que se quitó su máscara. Rozo su carne con mis dientes cada vez que entra y sale de mí. Un jadeo profundo escapa de su garganta y sé que está a punto, aunque acabamos de empezar.

—Para, preciosa, después de dos semanas no quiero terminar tan rápido, yo también necesito saborearte.

Y tras un movimiento que no me espero, me encuentro con la espalda contra la cama, agarrando con fuerza las sábanas mientras Marc se pierde entre mis piernas, sintiendo su barba incipiente rozar entre mis muslos, su

lengua jugando con mi botón de placer y yo arqueándome buscando más. Levanta su mirada, igual que yo hice antes, y una sonrisa pícaro se dibuja en su cara. Una de mis manos vuela a su cabeza, le acaricio y le pido con los ojos que me haga suya de una vez. Me entiende al momento y sube besando mi cuerpo, se entretiene en mi ombligo y yo me retuerzo como él había hecho, mordisquea mis pezones hasta que están tan duros que me duelen, y cuando al fin se apiada de mí, me besa en la boca regalándome su sabor y el mío. Ambos jadeamos y nuestras respiraciones aceleradas intentan acompasarse.

—Y ahora, te voy a hacer el amor.

No tenemos más que decirnos, ya solo queremos sentir cómo, centímetro a centímetro, él se adentra en mi interior y yo acojo sus movimientos lentos pero certeros. Subo mis caderas para recibirlo, para que me dé todo lo que necesito, su calor, su pasión y, sobre todo, su amor.

Como si fueran fuegos artificiales rompo en un orgasmo, mis músculos vaginales lo retienen dentro de mí y en ese momento noto su calor invadirme. Nos quedamos en esa posición y solo podemos besarnos, no nos quedan fuerzas. Sí, definitivamente me ha hecho el amor y me he sentido más que amada. La unión de nuestras miradas es tan intensa que no necesitamos más.

Este ha sido mi mejor desayuno en muchos años. Marc sigue a mi lado, completamente desnudo, sus piernas enlazadas con las mías, y yo sonrío al recordar lo que hemos vivido hace un momento. Todas las veces que hemos hecho el amor han sido especiales, pero sé que esta marcará un antes y un después en nuestras vidas. Nos hemos dicho muchas cosas sin palabras, y he comprendido que, si algo me molesta o no me cuadra, debo preguntárselo en vez de guardarlo para mí. De la misma manera, sé que, aunque le cueste, él dejará que, poco a poco, me implique más en su vida.

Le contemplo mientras descansa, con el brazo sobre su rostro. Respira tranquilamente, bajo la mirada a su pecho y veo la definición de sus músculos, que trabaja saliendo a correr casi a diario y dedicándoles un par de horas en el gimnasio. Desciendo hasta su vientre y a esa forma en uve que acaba en la parte de su cuerpo que tanto me atrae y que, misteriosamente, empieza a cobrar vida bajo mi atenta mirada.

—Si sigues devorándome con los ojos acabaré comiéndote enterita, y esta vez no tendré piedad.

Su voz hace que mire los suyos: veo el calor que desprende su mirada y sé que su amenaza es seria. Sonríe y niega con la cabeza; sé que algo malo

planea. Entonces me deja con la boca abierta y se levanta de la cama. Busca sus pantalones por el suelo mostrándome una fabulosa imagen de su trasero y, sin que pueda retenerlo, un suspiro sale de lo más hondo de mi ser.

—Ahora, señorita, vamos a jugar y yo seré quien gane. —Me río hasta que me enseña lo que ha cogido: su corbata. Sé lo que eso significa y automáticamente enmudezco y me humedezco—. Exacto, ahora soy yo quien manda y tú quien disfruta.

No hay más que hablar. Sube a la cama y no me resisto, no me queda alternativa y además este juego me gusta tanto como a él. Me agarra las muñecas y con manos expertas las ata sobre mi cabeza mientras me advierte con la mirada de que no podré moverlas. Este es el momento en el que no se me permite hablar, solo sentir, jadear y disfrutar.

Una vez que me tiene en la postura que desea, con las manos sobre la cabeza y la espalda completamente pegada a la cama, se coloca entre mis piernas, abiertas y algo flexionadas, y me hace vibrar, gemir, morderme la lengua para no hablar y, sobre todo, disfrutar.

No sé cuántos orgasmos han cruzado mi cuerpo cuando al fin se incorpora con mi humedad en su boca y una sonrisa lasciva en los ojos. Sabe lo que he disfrutado y que aún queda más por llegar. Su cuerpo se amolda al mío de una manera impresionante y de una sola embestida me hace suya. Al fin grito; sé que en esta posición tengo algo más de libertad, aunque continúo con las manos atadas. Como puedo, lo agarro del pelo y en ese momento otro orgasmo me obliga a elevar las caderas para ayudarlo a adentrarse en lo más profundo de mí. De nuevo noto derramarse su calor y su peso caer exhausto sobre mí, una sensación que, lejos de incomodarme, me hace sentir poderosa: soy yo quien le hace acabar así, y la última palabra que dice es siempre mi nombre.

—Daniela...

Planes para un futuro no lejano

Me despierto sola en la cama. El olor a comida invade mis fosas nasales y hace rugir a mi estómago. No sé cuánto tiempo habré dormido, pero estoy hambrienta. Voy derecha al salón y allí está Marc, con su espléndido cuerpo, vestido solo con sus boxers, colocando delicadamente la comida sobre la mesa. Sonrío. Se mueve como pez en el agua en mi apartamento. Tiene el pelo húmedo de haberse duchado y me quedo mirando su perfecta espalda: el ave fénix me llama y no puedo más que caminar hasta él. Lo abrazo y lo beso. Un pequeño jadeo de placer escapa de sus labios mientras recorro con la yema de mis dedos el dibujo, que parece que cobra vida sobre sus músculos.

—Hola, pelirroja —su saludo me recuerda a nuestros inicios y no puedo evitar ruborizarme—, te iba a despertar ahora. Date una ducha y comamos.

Se da la vuelta y me da un suave beso en los labios y una cachetada en el culo, para que me vaya al baño. Si no lo hago será él quien me meta en la ducha y terminaremos comiendo todo frío.

Salgo con unos *shorts* y una camiseta de manga larga, porque hoy hace algo más de frío. Marc ya está sentado a la mesa. Lleva vaqueros y una camiseta de cuello en uve remangada a la altura de los codos. Todo ello bien adornado con esa sonrisa que se le tuerce estratégicamente hacia un lado y me derrite. ¡Con lo que le costaba dedicarme una cuando nos conocimos!

Al llegar veo el despliegue de comida: ensalada, entrecot con verduras, vino, queso, jamón. No sé de dónde lo habrá sacado todo; tengo claro que no de mi frigorífico, porque la última vez que lo abrí estaba bien surtido de cervezas y había varias latas de conservas, pero poco más.

Comemos tranquilamente, como si no hubiera habido ningún momento de tirantez entre nosotros. Ni él ni yo queremos remover lo que hemos superado con besos y caricias.

Cuando terminamos me sugiere que me ponga unos zapatos cómodos y algo más de abrigo mientras él recoge los restos del almuerzo.

Cambio mis pantalones cortos por unos vaqueros largos, me dejo la camiseta y cojo del armario una rebeca de hilo. Me calzo unas deportivas. Entro al baño para terminar de arreglarme y al mirarme al espejo me alegra ver mi imagen en él. Tengo una sonrisa que no me cabe en la cara, el verde de mis ojos es intenso y el rubor de mi cara espectacular, así que me pinto únicamente la línea del párpado, me cepillo el pelo y lo dejo caer con sus ondas naturales sobre la espalda y los hombros.

Marc me espera en el salón, ya recogido, de pie y apoyado sobre el respaldo del sofá con una fabulosa sonrisa en los labios y mi bolso en sus manos. Me lo tiende y salimos. Intento preguntarle adónde vamos, pero me responde con evasivas y sé que cuando se pone así nunca consigo nada, así que me resigno a acompañarlo. Él llama un taxi. Cuando le pregunto por su coche me responde que, si la mansión sigue funcionando como siempre, ya estará aparcado en su plaza de garaje. El sentimiento de culpa vuelve a atravesarme el pecho. Quisiera haber sido lo suficientemente valiente y preguntarle qué le llevó a acabar allí. Él se da cuenta, me sujeta el rostro y me besa con intensidad para ahuyentar ese pensamiento de mi mente.

Llegamos a la zona centro de Barcelona, esa que ya he visitado alguna vez, pero que apenas conozco. Nos hemos regalado este día para pasear por el centro de la ciudad. Es domingo, y los trajes y las carreras de ejecutivos son sustituidos por los turistas. Barcelona no dejará nunca de sorprenderme. La Navidad empieza a acercarse y decora algunos locales de la zona. Paseamos, agarrados de la mano, a gusto y sabiendo que el miedo va desapareciendo y que, con solo poner un poco de nuestra parte, nuestra historia puede salir bien. Me encanta mirar los escaparates de las tiendas, aunque estén cerradas. Será deformación profesional o como lo queráis llamar, pero me atraen las tiendas de decoración, imaginar cómo quedarían los muebles y objetos que miro en las salas que he de adornar en los eventos.

—¿Te gusta ese jarrón? Quedaría increíble sobre una mesa de centro de color caoba, junto a unas sillas del mismo color, sobre una pared en tonos mostaza y las otras en marfil y... —Su mirada es pura devoción—. ¿Marc?

—Me encanta verte así, no sabes cómo lo disfruto. —Me abraza por la espalda, veo nuestra imagen reflejada en el cristal de la tienda y me encanta—. ¿Ves? Esto es lo que quiero, tú y yo.

Me da la vuelta y atrapa mis labios, me saborea, introduce su lengua en mi boca y juega con la mía. Me hace sentir la mujer más especial del mundo. Ahora mismo nada ni nadie podría empañar lo que tenemos, puro amor,

pasión y un futuro que ya no me es tan difícil imaginar a su lado. Nuestras bocas se separan y continuamos caminando con las manos entrelazadas, disfrutando de esta tarde que, al fin, podemos regalarnos.

Al pasar junto a un pequeño bar, Marc tira de mí para que entremos. Es un lugar acogedor y en su interior la decoración me resulta tan familiar que siento como si hubiera viajado a Sevilla. Me mira con entusiasmo y esa sonrisa suya que tanto me gusta vuelve a iluminarle la cara. Estas son las cosas que me hacen darme cuenta de que merece la pena luchar por lo nuestro, y que con solo un poco de esfuerzo podemos conseguir lo que queramos sin dejar que nada se interponga entre nosotros. Marc me está demostrando con cada gesto que se preocupa por hacerme feliz y que sus sentimientos son tan reales como los que despierta en mí.

Sé que, por alguna razón, esta tarde será inolvidable para ambos. Cuando nos damos cuenta, las horas han pasado volando y decidimos poner rumbo al apartamento.

Su móvil suena. Marc me pide disculpas con la mirada; tiene que contestar. Para mi disgusto, se aleja un poco de mí y me doy cuenta de que su rostro cambia al escuchar a su interlocutor. Por sus gestos entiendo que algo no muy bueno está pasando. Empiezo a ponerme nerviosa, camino hacia él y me coloco a su lado. Con la mano libre me agarra por la cintura y me pega a su cuerpo. Puedo escuchar la conversación, aunque no entiendo nada, solo espero que él me lo explique.

—Sí..., de acuerdo, me acerco ahora por allí... Entiendo..., era algo que esperábamos... Está jugando al todo o nada...

Y la llamada se corta...

Luchando por nosotros

Llegamos a su apartamento sin cruzar una palabra, lo cual aumentó mi decepción. Esperaba que finalmente Marc me contara lo que estaba pasando. Sin embargo, se encerró en su despacho. Antes me dejó su portátil, para que me distrajera mientras él resolvía sus asuntos. Miré en internet varias páginas de decoración intentando mantener la mente ocupada. Me resulta fácil desconectar cuando hago lo que me gusta, pero esta vez deseaba verlo salir y que me explicara lo ocurrido. Me sentía desplazada.

Entré en mi cuenta de Spotify y abrí una lista de música, esa que últimamente me acompaña más de lo que querría y ayuda a mi mente a escuchar sin pensar. En ese momento sentí la mano de Marc sobre mi hombro y di un respingo.

—Vaya, me has asustado, no te esperaba.

—Toma, te he preparado un café. —Dejó la taza sobre la mesa.

Lo miré a los ojos en busca de más información.

—Era Beca. Sé que es domingo, pero ha recibido un correo del abogado de mi madre. —Tomó aire—. Quiere el cincuenta por ciento del bufete. —Vi la tristeza en sus ojos—. ¡No voy a permitir que nos arrebate lo que a mi padre le ha costado tanto tiempo crear! —levantó la voz, enojado.

Esa mujer se había propuesto hacerle la vida imposible y lo estaba consiguiendo. Me levanté de la silla y lo abracé para tranquilizarlo. Hasta ese momento no había notado el temblor que le recorría el cuerpo. Cuando lo sentí más tranquilo alcé la mirada: quería que supiera que era el momento, que podía confiar en mí, que tal vez podría ayudarlo.

—¿Podéis demostrar que no ha intervenido nunca en el negocio? Es decir, que nunca ha hecho otra cosa más que ser una mujer florero. Creo que Tere podrá echarle una mano; por desgracia ha desempeñado bastante tiempo ese papel para el grupo de su padre y seguro que se le ocurre alguna idea.

—Eres la mejor. —Me besó en la boca a la vez que apretaba mi trasero entre sus manos—. No sabes lo que me arrepiento ahora mismo de no haberte consultado antes. Te quiero.

Se dirigió a su despacho dispuesto a comenzar una nueva conversación, pero a mitad de camino se dio la vuelta y regresó a mi lado. Cogió el portátil con una mano y con la otra me rodeó por la cintura para que lo acompañara. Una vez en el despacho, puso mi portátil al lado de su ordenador y colocó una silla junto a la suya.

—Siéntate a mi lado, creo que trabajaremos mejor... Hola, Tere, no, no pasa nada. —Mi amiga le hablaba al otro lado de la línea y yo sonreía. Siempre me ha encantado su espontaneidad, es lo que me enamoró de él y lo que hace que cada día lo quiera más—. Sí, espera, te paso con ella, pero no colguéis cuando terminéis, quiero hacerte una consulta de abogado a abogado.

Me puse al teléfono.

—Hola, bruja mía, dichosos los oídos que te escuchan.

Me dio una alegría enorme oírla. No sabía nada de su vida desde su mudanza a Madrid para vivir con Fran. Hablamos de nuestra nueva etapa, ella en la capital y yo en Barcelona, nos reímos de la facilidad con la que una se encuentra a un famoso o famosete paseando por las calles y, cuando quise saber qué se traían entre manos ella y mi hermano, escuché a Marc resoplar a mi lado. Recordé que en realidad la llamada le pertenecía a él, así que me despedí de Tere haciéndole prometer que retomáramos nuestra charla pendiente.

Le pasé el teléfono a mi abogado engreído un poco a regañadientes. Todavía los escuché hablar un rato, hasta que la conversación comenzó a llenarse de palabras técnicas sin ningún sentido para mí.

Cuando terminó de hablar giró mi silla para tenerme frente a él. Su sonrisa de oreja a oreja no le cabía en la cara. La acercó aún más y me sostuvo el mentón para que lo mirara a los ojos, se pasó la lengua por los labios y noté que me humedecía en cuestión de milésimas de segundo. Sé lo que significa esa mirada. Le puse una mano en el pecho y negué con la cabeza.

—Sabes que no puedes resistirte porque lo quieres tanto como yo. —Su voz profunda y sensual hizo que en ese preciso momento me sobrara toda la ropa que llevaba puesta.

—Y sabes que no lo haré, pero dime qué es lo que te ha hecho sonreír de esa manera.

—Tú —respondió, intentando atraerme de nuevo hacia sí.

—Y...

—Que no sabes cuánto me alegro de haber hecho ese viaje hace algunos años, cuando no eras más que una jovencita y te vi en casa de los padres de tu amiga Tere. Aquel día me cambiaste la vida, aunque no lo he sabido hasta ahora, por cobarde y por no valorarte lo suficiente. Eres lo mejor que me ha pasado nunca, el café que te despierta por las mañanas, la sonrisa que te ayuda a avanzar en un día gris, las gotas de agua que te refrescan en los más calurosos... y no sigo, porque acabarás diciéndole a todo el mundo que soy un romántico y tengo una reputación que conservar.

Estallé a carcajadas y él supo aprovechar ese momento en que había bajado la guardia para sentarme en su regazo y besarme, acariciar mi cuerpo y empezar a quitarme la ropa. No nos dijimos nada más, decidimos, sin más, disfrutar el uno del otro.

A media tarde desperté enredada en las sábanas de su habitación. La decoración tiene un aire varonil que me encanta, y la ropa de cama unos extraños dibujos que llaman mucho mi atención. Habíamos hecho el amor y me sentía relajada, feliz y completa. En ese momento entró por la puerta.

—Vamos, pequeña, hemos quedado a cenar con mi padre. Quiero contarle el plan que he preparado para que esa mujer a la que he llamado madre más años de los que debía nos deje en paz.

—¿Y qué plan es ese?

Salió apresuradamente y sin decirme nada, pero con una sonrisa de satisfacción en los labios. Fuera lo que fuera que se le hubiera ocurrido, tuve la seguridad de que surtiría el efecto deseado. Abrí la parte del armario en la que guardo algo de ropa y escogí una falda marrón, larga hasta los pies, una blusa beige y unas botas altas. En realidad ya tengo tanta ropa aquí como en mi apartamento. Llevamos mucho tiempo conviviendo, aunque no tengamos una casa en común.

Cuando llegamos al restaurante, el padre de Marc me recibió con dos besos.

—Buenas tardes, Daniela, ya estaba pensando que mi hijo te tenía secuestrada para disfrutarte él solo.

—Más o menos —respondí, devolviéndole el saludo—. Veo que sigues igual de guapo que siempre.

—Cariño —intervino Marc—, si no supiera que me quieres pensaría que debo tener celos de mi padre.

—¿Quién sabe?

Reímos, y mientras el camarero nos conducía a la mesa que Josep había reservado, Marc me agarró de la cintura de forma posesiva y depositó un beso sobre mi cabeza que me hizo sentir especial.

Pasamos la primera hora tomando una copa y hablando sobre el plan de Marc. Una genialidad total. Su intención es demostrar que la madre no ha intervenido nunca en la economía de la empresa ni tampoco ha aportado ideas para el bufete, es decir, que no es posible adjudicarle a ella ninguno de los ingresos o beneficios obtenidos. Sospeché que había algo que me ocultaban, pero supuse que serían cosas de abogados que no iba a entender, por mucho que me explicaran.

La comida fue más que agradable: cocina de autor en un restaurante con tres estrellas Michelin que ni en mis mejores sueños hubiera imaginado pisar, con el padre del hombre que mueve mi mundo y disfrutando del ambiente. Tras despedirnos de Josep, Marc me lanzó una propuesta que no pude rechazar.

—¿Qué te parece si jugamos un poco y te demuestro que solo me apetece ir a la mansión si tú vienes conmigo?

—¿Con sábanas de seda roja?

—Siempre...

18

La mansión

He llegado al local un poco nerviosa; no había vuelto a pisarlo desde la vez en que Miguel nos acompañó, cuando escuché a Marc decir que nunca sería capaz de entender sus fantasmas. Recuerdo vagamente aquellas palabras: «No puede ser eso, otra vez no, sabes que no sería capaz de hablarle de mis fantasmas, esto es solo placer, debe ser eso». Y me doy cuenta de que aún no lo sé todo de él. Me ha hablado de su infancia, he conocido su presente. Y sé que esta vez no es solo placer, sé que me quiere, me lo está demostrando y si estamos aquí es porque de verdad desea intentarlo.

Me sujeta la mano con fuerza y me pega a su cuerpo para darme la confianza que ahora mismo me falta. Nos dirigimos a la barra del bar. Como la última vez, nos sirven una copa de champán y la canción de Luis Fonsi *No me doy por vencido* empieza a sonar. Me recuerda a aquel día con Miguel, cuando comprendí que este mundo no es como nos lo pintan desde fuera.

—Un pajarito me dijo que esta canción te relaja.

—Miguel... —susurro suavemente cuando me doy cuenta de que él ha tenido algo que ver en lo que va a ocurrir esta noche.

—Buenas noches, pareja. —Y como si el haberlo nombrado hubiera creado algún tipo de magia en el ambiente, aparece a nuestro lado—. Hola, ratona. —Nos fundimos en un abrazo; necesito su cariño, el calor que me entrega siempre—. No sé lo que le has hecho a mi amigo, pero no dejes de seguir siendo como eres, porque me encanta la persona que es ahora —me dice al oído mientras me besa en la mejilla.

Estamos tranquilos tomando nuestras copas, como si estuviéramos en un bar cualquiera y no en la mansión en cuyas habitaciones se practican los juegos de los que todos hablan avergonzados, aunque sueñen con probarlos alguna vez. El ambiente es muy relajado, o tal vez soy yo la que se encuentra más tranquila desde que llegué. Miguel se despide de nosotros; una rubia despampanante lo espera en uno de los sofás del fondo y no quiero ser impertinente y preguntarle por Merche. Ambos son bastante mayorcitos para

saber qué pasó y por qué tomaron caminos distintos cuando parecían tan unidos.

Tras servirnos la tercera copa, Marc me da la mano y me anima para que lo acompañe a los pasillos del fondo, donde están las habitaciones. Vamos en dirección a la que hemos compartido juntos anteriormente, una especie de sala vip reservada para él. El corazón me late a mil por hora; mi subconsciente me dice que cada vez que él pisa este local es para compartir la experiencia con alguien más, pero esta vez venimos los dos solos, y no sé lo que haría si al entrar me encontrara a alguien esperándonos.

Abre la puerta y me sorprende ver el interior: sí, continúa como lo recordaba, excepto por algunos detalles: la luz es más tenue y los postes de la cama ya no están, aunque sí las preciosas sábanas de seda roja, esperándonos. La habitación está completamente vacía y eso hace que me relaje un poco más. Tal vez sí pueda salir algo bueno de todo esto. Un ruido a mi espalda hace que me vuelva: Marc ha ido a echar el pestillo de la puerta. Nunca antes había reparado en la existencia de ese pestillo.

—Es nuevo, lo he puesto para ti —me explica, como si hubiera adivinado mis pensamientos—. Si esta noche sale como quiero, me gustaría venir aquí contigo cada vez que a los dos nos apetezca.

Camina hacia mí, con esa mirada seductora y la sonrisa ladeada que tan rápidamente me calienta. Posa sus manos en mi cintura y me acerca más a él, haciendo que note el calor que desprende su cuerpo y la excitación que esconde su pantalón. Desliza sus manos por mi espalda y las coloca en mi trasero, con una delicadeza extrema va recogiendo mi falda hacia arriba y el calor de sus palmas en mi piel es cada vez más intenso.

—Cuando tú y yo nos encontremos en esta habitación solo estaremos nosotros, siempre juntos. —Pasa su lengua por mi cuello, poniéndome la piel de gallina—. Quiero demostrarte que, aunque este haya sido mi mundo durante muchos años, solo podría seguir siéndolo contigo a mi lado. No necesito nada más.

Cuando mi falda está recogida a la altura de mis caderas, dejando mi ropa interior al descubierto, sus manos aprietan mi trasero y de un solo movimiento me coloca con las piernas abrazando sus caderas, de modo que note su exquisita excitación rozando mi humedad. Camina conmigo en esa posición, se sube a la cama y me sitúa debajo de él sin dejar de besarme.

—Sé que quieres saberlo todo, así que escucha bien, porque hoy es ese día, pero no voy a dejar de adorarte mientras te lo cuento.

Y mientras noto ese placer que tan buenamente me ha vendido, mientras sus labios saborean cada rincón de mi cuerpo y poco a poco se va deshaciendo de mi ropa, empieza a contarme su historia. Es bastante complicado escucharle mientras me está amando de la manera en que él lo hace, así que, como puedo, intento concentrarme en sus palabras mientras sus manos y algún juguete que ha sacado de los cajones recorren mi cuerpo.

—Conoces de mí lo que creo que finalmente he llegado a ser, un hombre educado que se está labrando su futuro. —Un gemido escapa de mi boca cuando sus dedos se introducen en mi interior y se mueven con una lentitud que me está matando—. Este juego me ha traído cosas muy buenas: me ha permitido desconectar de un pasado que no me gusta y eliminar la frustración del trabajo de todos los días. Aunque no siempre ha sido así; todo cambió el día en que Abril entró por la puerta de la mansión. —En ese momento se calla y su boca comienza a acompañar a sus dedos mordisqueando y succionando mi duro y caliente clítoris; sé que me tortura para que no le pregunte, sé quién es Abril y lo que ya intentó una vez. Esta vez un jadeo más intenso escapa de lo más hondo de mi ser; necesito relajar los músculos de mi cuerpo—. Nos conocíamos desde hacía muchos años y habíamos compartido algún que otro juego, pero nunca con tanta intimidad. Se acabó convirtiendo en mi compañera en este lugar, junto a Miguel. Disfrutábamos, reíamos, pero un día creí estar enamorado de ella y se lo dije. —Una vibración en mi cuerpo me evita pensar en sus últimas palabras: un nuevo juguete se ha unido a la ecuación y tantea mi entrada trasera mientras Marc no deja de invadir mi vagina, ahora con tres de sus dedos—. Ella también me declaró su amor, y nos prometimos que cada vez que jugáramos lo haríamos siempre acompañados el uno del otro, nunca cada cual por su lado. Fui un completo idiota; esa misma noche acabó aquí, sola, sin la protección de Miguel y mía, e hizo lo que quiso. —Un líquido frío recorre la zona que antes vibraba y noto que un objeto pequeño me invade; me hace elevar las caderas y, cuando creo que va a retirarlo, Marc vuelve a devorar mi zona más íntima con su boca, su lengua, sus dientes, y un nuevo orgasmo me recorre entera. Cada vez que siento que empiezo a relajarme la vibración de ese objeto en una zona que tan poco acostumbrada está a este tipo de juegos hace que me convulsione nuevamente—. No pude perdonárselo nunca y me costó darme cuenta de que realmente no estaba enamorado de ella. —Se incorpora un poco, dejando caer el peso de su cuerpo sobre el mío, y empieza a masajearme los pechos; no sé en qué momento se ha quitado la ropa, pero está completamente desnudo, y

cada vez me resulta más difícil escucharle y sentir a la vez todo lo que estoy sintiendo—. Con el tiempo supe perdonarla, y gracias a eso pudimos tratarnos. Hasta ahora, que ya no quiero saber nada de ella. Pero no lo pensemos. —Un leve mordisco en mi pezón hace que yo también deseche esa idea—. No he vuelto a confiar en una mujer, aunque te engañaría si te dijera que he estado con pocas después de Abril, y me he prometido a mí mismo que te iba a ser sincero y a contártelo todo. Mi mundo estaba en orden, o por lo menos lo manejaba a mi antojo, pero entonces apareciste tú —de una embestida certera se cuela en mi interior— para volver a poner mi mundo patas arribas. Al principio creí que serías una simple obsesión. Desde que te vi en aquel salón me dije que, al menos una vez, te tendría bajo mi cuerpo, y luché hasta conseguir que vinieras a Barcelona —el movimiento de sus caderas es suave pero intenso, la vibración en mi ano no me deja coger aire, y para poder liberar un poco de tensión levanto mis piernas y rodeo con ellas sus caderas—, pero estaba muy engañado, una vez no fue suficiente. Me dolió saber que Miguel pudo disfrutar de tu cuerpo, pero sé que debo vivir con ello porque yo fui el gilipollas que no se dio cuenta de que en el momento en que nuestras miradas se cruzaron en aquel hotel, en que nuestras manos se unieron, ya estaba perdido, ya era completamente tuyo.

Acelera el ritmo de sus embestidas y yo ya no puedo más. La historia que me ha contado, la manera como lo ha hecho... Su vida no ha debido de ser fácil, pero ahora no es el momento de pensar; decido disfrutar de lo que me está dando y me aprieto más contra él, hago que su ritmo sea frenético y ambos llegamos al máximo de nuestras posibilidades y nos dejamos ir a la vez con un grito, saboreando el momento, notando el calor de nuestros cuerpos fundidos en uno solo, con la intensidad del color rojo de las sábanas bajo nosotros, la respiración acelerada y amor en el ambiente.

—Y ahora, descansa, ya habrá tiempo de que me preguntes lo que quieras. —Se incorpora y me tiende unas toallitas para que podamos limpiarnos sin movernos de la cama—. Ven, déjame que te abrace.

Me dejo hacer y me atrae hacia sí amoldando mi espalda a su pecho; mi culo queda encajado en la perfecta curva de sus caderas y nuestras piernas se funden en un abrazo. ¿Qué más puedo pedir? Marc se esfuerza en enmendar las últimas dos semanas y me está contando todo lo que lo atormenta para que lo entienda. Sé cuánto le está costando, pero yo para él soy un libro abierto, conoce todo aquello que ha marcado mi vida y agradezco lo que está haciendo por mí, por nuestra relación. Entre estos pensamientos, las

preguntas que deseo hacerle y el cansancio de la sesión de sexo empiezo a quedarme dormida mientras los dedos de Marc trazan suavemente la forma de mis caderas.

La madre que nunca fue

Esta semana está siendo todo un descubrimiento para mí. Después de la noche en la mansión Marc parece una persona distinta, pero para mejor. No me deja sola ni un momento, bueno, excepto cuando trabajamos, y el resto del día lo pasamos juntos, incluso las noches, prácticamente todas en su casa.

Como cada mañana cuando me despierto, escucho correr el agua de la ducha. Marc ha llegado de su carrera matutina. Siempre le digo que me gustaría levantarme temprano y acompañarlo. Los primeros dos días intentó despertarme, en vano, y ya no lo ha vuelto a hacer. Pero es que las noches de amor y sexo que nos prodigamos me dejan exhausta; no sé de dónde saca él la energía. Me levanto de la cama y entro en el baño. Lo veo tras la mampara: el agua recorre su cuerpo perfecto y yo me imagino recogiendo con mi lengua las gotas que delinear perfectamente cada músculo de su anatomía. No puedo evitar quitarme la ropa y meterme en la ducha con él.

—Preciosa —me dice cuando ya estamos fuera, él empezando a vestirse con un bonito traje de color gris marengo y yo aún con la toalla envolviendo mi cuerpo—, hoy tengo que llegar antes a la oficina y no podré desayunar contigo, pero tienes todo lo que te haga falta en la cocina.

—No te preocupes, hoy no he de hacer visitas, así que aprovecharé para acomodarme en tu sofá y adelantar trabajo.

Salimos del baño y me pongo unos *leggings* y una camiseta algo envejecida. Nos despedimos en la puerta de su apartamento con un gran beso. Si no fuera porque sé que tiene prisa, lo volvería a meter en la habitación y le quitaría ese traje que tan bien le sienta.

Una vez sola en su piso retomo mi rutina, que siempre me ha dado tan buen resultado. Me preparo un café en la maravillosa máquina de cápsulas de última generación, que al principio me parecía un artilugio sacado de la NASA y ahora es el electrodoméstico que más quiero en esta casa. Mientras, mi ordenador se enciende en la mesa baja del salón. El olor a café inunda la estancia y me da esa energía extra para empezar a trabajar. Reviso el correo electrónico, elimino el *spam* y leo los mails que me envían los miembros de

mi equipo. Quién me iba a decir, hace solo unos meses, que acabaría siendo jefa de equipo y llevando eventos de tan alta categoría como los que organizo ahora.

No han pasado ni diez minutos cuando suena el timbre. Lo primero que pienso es que Marc se ha olvidado algo, aunque si así fuera él mismo abriría la puerta. Dejo el café sobre la mesa y me levanto para abrir. Antes, me miro de arriba abajo y compruebo que, aunque no voy de lo más guapa, estoy presentable incluso con el moño desenfadado que me hice con el pelo húmedo.

—Lo que me faltaba. —Me quedo con la boca abierta al descubrir a la persona que está tras la puerta—. ¿Se puede saber qué haces aquí?

—Eso mismo le podría preguntar yo a usted, señora.

Me hace a un lado con la mano y se cuelga en el recibidor. Cierro la puerta y en dos zancadas me coloco a su lado.

—¿Me podría decir qué hace aquí?

—Esta es la casa de mi hijo. —Un sentimiento de furia se apodera de mí cuando escucho esas palabras, sobre todo porque sé lo que esta mujer significa para Marc, y lo que menos ha sido es una madre—. Dile a ese malnacido que salga, que quiero hablar con él.

—Vamos a ver, creo que la última vez que nos vimos quedó claro que usted no es la madre de nadie. —El rostro de la ex señora Capdevila, porque sigo sin saber su nombre, se desencaja, y me doy cuenta de la dureza de mis palabras—. Perdóneme, no era eso lo que quería decir.

—Sí, es exactamente lo que has querido decir y tienes toda la razón del mundo, él no es mi hijo y nunca lo he sentido como tal, pero eso no le da derecho a quitármelo todo —dice, elevando la voz—. Se cree que puede hacer lo que le dé la gana ahora que se ha quedado al mando del bufete y está muy confundido. ¡Dile que salga!

—Señora... —me armo de paciencia, porque me está poniendo de los nervios—, no está aquí, si estuviera ya hubiera salido al oír las voces que está dando, así que, por favor, váyase del apartamento.

—Pero ¿qué te crees, niñata? —Se pega a mí hasta dejar solo unos pocos centímetros entre nuestros rostros—. Tú solo eres una más de sus putitas. Cuando se canse de ti te dará una patada y adiós muy buenas. Marc es como su padre, no le vale un solo agujero donde meterla en caliente.

—Le vuelvo a pedir que se vaya antes de que se le ocurra volver a insultarme. Creo que estoy siendo de lo más educada, así que, si no quiere

conocerme —deshago los pasos hasta llegar junto a la puerta de entrada y la abro—, ¡váyase!

Y esa mujer cuyo nombre, me acabo de dar cuenta, poco me importa conocer, sale del piso. No sé como Marc y su padre la han aguantado durante tantos años. Cuando estoy a punto de cerrar la puerta, se vuelve hacia mí y, con una mirada de esas que matarían a más de uno, me dedica unas palabras.

—Yo que tú me prepararías para lo que está por llegar. Los Capdevila no son lo que parecen, tienen mucho que ocultar, les gustan demasiado los juegos y cuantas más personas intervengan en ellos mejor se lo pasan, te lo digo por experiencia...

—Tal vez se equivoque y no tenga que preocuparme por esos juegos, quizá yo soy una de esas personas a las que les gusta intervenir —le digo calmadamente—, así que, si no le importa, voy a seguir disfrutando de mi juego mientras se me permita. Puede que la diferencia entre usted y yo sea que yo sí sé escuchar a los Capdevila.

Y sin más cierro la puerta en sus narices. ¿Quién se cree esta mujer que es para venir a darme clases de moralidad? Vuelvo al interior del apartamento y la taza de café está fría sobre la mesa. La ira me recorre el cuerpo, me dirijo a la cocina, la vacío sobre el fregadero, la enjuago y pongo otra cápsula en la cafetera. Si esta mujer pretendía amargarme el día no lo va a conseguir. Aunque, pensándolo bien, no ha venido a buscarme a mí sino a Marc. He de ponerme en contacto con él y contarle la visita que acabo de recibir. Pero antes me permitiré el lujo de tomarme mi café.

Me acomodo en el sofá y miro la pantalla del ordenador, en modo ahorro después de todo este rato encendido. El salvapantallas es una foto con mis dos amigas, en una playa cristalina con un cielo azul. Siento nostalgia; hace bastante tiempo que apenas sé de ellas. En fin, ahora no es el momento, tengo que alertar a Marc.

Parece que su teléfono está apagado, así que llamo a la oficina y, tras identificarme, su secretaria me informa de que está reunido y le dará mi recado en cuanto termine. Sé que la chica es eficiente, pero no me quedo tranquila, por lo que entro en el dormitorio y abro las puertas del armario. Hoy no pretendía salir de estas cuatro paredes porque necesitaba adelantar trabajo, pero tendré que dejarlo para otro momento. Cojo unos vaqueros Levi's negros de talle bajo y tobilleros, una camisa blanca con unos discretos topes en color salmón y mis bailarinas de charol del mismo color que los topes de la camisa. Fue un amor a primera vista: entrar en la página de Asos

y tener que hacerme con ellas. Entro al baño y deshago el moño, pero como no es momento de intentar domar mi pelo, simplemente lo cepillo y lo recojo en una cola alta. Me delinearé los ojos, me doy un poco de color en las mejillas y me pinto los labios de un color *nude*. Miro el resultado en el espejo y me siento bien. No voy a hacer nada del otro mundo, pero siempre que acudo a la oficina de Marc tengo la necesidad de arreglarme, porque allí todo el mundo va en traje de chaqueta y vestidos con mucho *glamour* y no quiero desentonar, menos aún siendo la novia del jefe. Después de varios meses juntos, todos tienen claro que Marc ha sentado la cabeza.

Pienso en llevar mi coche, pero por fin he aprendido que es una locura conducir por el centro de Barcelona, no tanto por el tráfico como por lo difícil que es encontrar aparcamiento. Así que ahora me muevo en metro, en taxi e incluso andando. El autobús se me sigue resistiendo; ni en Sevilla me gusta usarlo. Miro mi reflejo en la cristalera de la entrada y veo que sigo igual que cuando salí del apartamento. Al entrar en el edificio donde trabaja Marc varias personas me miran. Ya todos saben quién soy y yo los trato de tú a tú, porque no quiero que piensen que me doy aires de superioridad.

—Buenos días, señorita García —la secretaria de Marc me saluda en cuanto llego a su mesa—, el señor Capdevila sigue reunido y no he podido decirle que la llamara. Aunque si llego a saber que el asunto era tan importante le hubiera hecho llegar la información.

—No te preocupes, Rocío, pero llámame Daniela, que tenemos prácticamente la misma edad y me haces sentir mayor. —Ella se ruboriza. Cuando miro hacia el despacho de Marc veo quién está dentro—. No me jodas...

—¿Pasa algo?

—Solamente que voy a entrar ahí, le guste o no a Marc; esto ya pasa de castaño oscuro...

Sin más, la dejo con la boca abierta y entro en el despacho, tan sobrio como la primera vez que lo vi: decoración totalmente minimalista, paredes pintadas de blanco; al fondo, su escritorio de color negro con una gran silla de directivo y dos sillas cómodas forradas de piel negra para las visitas; a la derecha, una estantería llena de carpetas clasificadas cronológica y alfabéticamente; a la izquierda, una gran mesa de reuniones para seis personas y justo detrás, una puerta que da a su baño personal. El único adorno está tras su mesa: un cuadro de grandes dimensiones con fondo

blanco y líneas negras, que por lo que tengo entendido pertenece a un gran artista.

Cuando cierro la puerta ambos se quedan mirándome, Marc con cara de sorpresa y su intento de madre con una sonrisa de triunfo que me saca de mis casillas. Doy los pasos necesarios hasta colocarme al lado de ella. El silencio inunda la habitación y ninguno dice nada; he entrado como un torbellino y ahora me he quedado sin palabras. Pero esta mujer, que ya me ha sacado de quicio hoy, se encarga de soltar las suyas.

—Vaya, te ha faltado tiempo para venir y contarle mi visita a este bastardo.

—Veo que no soy la única...

—Al menos te has dignado a ponerte algo presentable —continúa, mirándome con aires de superioridad.

—Daniela, ¿pasa algo? —Marc rodea la mesa hasta situarse junto a mí.

—Tendrás que preguntárselo a esta señora, que hace un rato irrumpió en tu casa buscándote e insultándome.

—Nuestra casa, preciosa. —Me da un suave beso en los labios mientras me rodea la cintura con uno de sus brazos—. Ya he sabido de su incómoda visita y estoy intentando aclararle que cuando necesite hablar conmigo o con mi padre de cualquier asunto deberá hacerlo a través de nuestros abogados.

—Veo que al final una de tus putas te ha atado en corto —suelta ella de repente—. Ahora me dirás que os vais a casar también.

—Tatiana: primero, no te permito que hables así de Daniela, y segundo, si vamos a casarnos o no, no es asunto tuyo.

Al fin conozco el nombre de esta mujer, aunque no me hubiera importado quedarme sin saberlo. Para mí será siempre una arpía sin escrúpulos que intenta hacerle la vida imposible a Marc desde que era niño y, en muchos aspectos, lo ha conseguido.

—Vaya, vaya..., así que de esto va la cosa.

—No va de nada, ya se te ha dado todo lo que te pertenece e incluso más. Firmaste el acuerdo el día de mi cumpleaños y me diste así el mejor regalo de mi vida. ¿Quieres llegar a juicio? Por mi parte no hay ningún problema, pero sabes tan bien como yo que lo único que vas a sacar es que un juez dictamine que te pertenece menos de lo que mi padre ya te ha dado. Tienes la casa de Londres, una sustanciosa cantidad en concepto de manutención que te resolverá la vida y una cantidad en efectivo que no te

mereces. Así que hazme el favor y deja de buscarnos las cosquillas. Dedícate a vivir y déjanos hacerlo a los demás.

Tatiana se enciende por la ira, pero las palabras no salen de su boca. Marc le ha dejado las cosas claras. Recoge su bolso de encima de la mesa y se dirige a nosotros.

—Te he dado más de lo que te has merecido en la vida, has tenido el calor de una familia, todo el dinero que te ha hecho falta, ¿y así me lo pagas?

—No te confundas, he podido tenerlo todo en lo que respecta a lo material, pero el amor me lo ha dado siempre mi padre, nadie más — responde Marc con furia—. Nunca tuve el cariño de una madre. Aunque tú no lo fueras, aunque no nos une la sangre, tuviste la oportunidad de convertirte en la mía. Sé que mi padre no ha sido el mejor marido del mundo, que te traicionó, pero tú le perdonaste, ¡joder, Tatiana!, me adoptaste, le prometiste que cuidarías de mí y no lo hiciste. Me odiabas. Debí de ser muy duro no poder darle a mi padre el hijo que quería y que fuera otra mujer quien lo hiciera, pero has demostrado que lo que realmente te importaba era tu estatus social. Cuando la gente empezó a rumorear me quitaste de en medio y me metiste interno en un colegio. Y gracias a Dios que lo hiciste, porque allí aprendí a valerme por mí mismo y a valorar a las personas que me rodean. A día de hoy sigues demostrándome que solo te mueves por el dinero y el qué dirán, pero a mí me da igual. Sé la vida que he llevado, sé lo que he hecho y lo que he dejado de hacer, y eso no me hace ni mejor ni peor persona. Y ahora, si no te importa, todo lo que nos unía queda aquí zanjado. No quiero volver a verte.

Me he quedado fría al escuchar las palabras de Marc. Durante muchos años consideró a esta mujer su madre y sé que le está doliendo mucho tener que hablarle así. Pero necesita romper con su pasado, dejar de sufrir por él. Lo abrazo para que sepa que estoy aquí y que entiendo, al fin, por qué se mantuvo distante esas semanas: no quería que yo sufriera, que supiera realmente por lo que ha tenido que pasar, no quería que lo compadeciera.

Tatiana se va de la oficina con la cabeza alta, como si las palabras de Marc no significaran nada para ella. Incluso veo como se despide de Rocío y del resto de los empleados con una sonrisa en los labios. Será falsa e impertinente...

—Perdóname, Dani, no quería que escucharas esto, pero no puedo permitir que insulten a la única mujer que de verdad ha significado algo en mi vida, con quien deseo pasar toda mi vida.

—No pasa nada, cielo —le acaricio la mejilla y observo que sus ojos se han humedecido—, es algo que deberías haber hecho hace tiempo, aunque ya se sabe, más vale tarde que nunca. Y sí, yo también tengo claro que quiero pasar el resto de mi vida a tu lado.

—¿Eso quiere decir que te casarás conmigo?

—¿Acaso me está usted pidiendo matrimonio, señor Capdevila?

—No, aún no, cuando ese momento llegue lucirá usted un precioso anillo en su mano —la coge y deposita un beso sobre mis nudillos—, pero es bueno saber que está dispuesta a aguantarme el resto de su vida.

Algo inesperado

—Hombre, si se ha dignado a dar señales de vida. —Fran es un hombre de pocas palabras, pero hoy no se escapa sin contarme más de una cosa—. ¿Se puede saber dónde andas metido y por qué últimamente no sé nada de ti? ¿Me lo cuentas o tengo que ir a buscarte?

—Tranquila, pequeñaja, aquí está todo bien, ya sabes, mucho trabajo en el gimnasio, mucho sudor y poco más que contar.

—¿De verdad? ¿DE VERDAD? Vamos a ver, me llamas después de no sé cuántas semanas sin saber de ti, cuando sabes que yo lo he hecho en varias ocasiones y no he obtenido respuesta. Que si no llega a ser por mamá, que por lo menos con ella hablas, no sabría de ti y eso no nos ha pasado nunca. Sé que todo esto tiene que ver con Tere, pero que ella sea una de mis mejores amigas no va a borrar el hecho de que tú eres mi hermano, así que desembucha.

—¿Más tranquila? Bueno, pues si no te he querido decir nada es por eso mismo, porque no hay nada, fue muy bonito mientras éramos un polvo esporádico el uno para el otro, pero la convivencia, no, no es algo que esté hecho para nosotros. Estamos bien, quédate con eso.

No me lo creo. El tono de voz que usa para decirme que están bien no suena nada convincente, pero como ya he sacado más información de la que había imaginado, decido conformarme. Por ahora.

—Vale, aceptaré barco, pero no es propio de ti no dar señales de vida en tanto tiempo y de repente llamar. ¿Qué necesitas?

—Pues yo..., nada, la verdad, sabes lo que nos une desde siempre, he tenido el impulso de llamarte porque creía que eras tú la que necesitaba algo.

—Sí, nos pasa siempre, pero yo estoy bien, ¿verdad?—. No sé, tengo una sensación extraña.

—Hermanito, creo que estás perdiendo facultades. —Justo en ese momento un dolor me traspasa el cuerpo y hace que me doble en dos y suelte un grito que seguramente hayan escuchado los vecinos.

—Daniela, ¿qué te pasa?

Todo se oscurece a mi alrededor y cuando creo que me voy a caer al suelo unas manos me cogen en brazos y siento como si flotara. No sé dónde estoy, pero me invade una sensación de paz tan placentera que me dejo arrastrar por ella.

Oigo voces, pero no consigo saber quiénes hablan ni lo que están diciendo. Intento abrir los ojos, que no obedecen la orden de mi cerebro. Quiero gritar y también me es imposible. Y al fin empiezo a distinguir quiénes hablan y dejo de esforzarme en abrir los ojos y gritar y decido escuchar lo que dicen.

—No, no puede ser, siempre hemos tomado todo tipo de medidas...

—No todas las medidas son eficaces. Tenemos que darle las gracias a ese dolor y al sangrado, porque si hubieran ocurrido más adelante tal vez la vida de ella también estaría en peligro.

—Pero ¿está seguro?

Vuelvo a sumirme en la oscuridad y las voces de Marc y de otro hombre que no conozco se alejan. Sospecho que se trata de un médico, y el pánico me invade. «La vida de ella también estaría en peligro.» Esas palabras me martillean la cabeza hasta que dejo que mi cuerpo flote de nuevo en el silencio.

Cuando abro los ojos la luz de la habitación me molesta de tal manera que empiezan a llenármeme de lágrimas. Un sonido metálico y chirriante se cuele en mis oídos y la garganta me duele de lo seca que está.

—Agua —consigo balbucear.

—Daniela, te has despertado —es Marc quien está a mi lado—, me has dado un susto de muerte. —Y no me engaña, se le nota en la cara que lo ha tenido que pasar mal. Pero ¿qué es lo que ha pasado?

Me acerca a los labios un vaso de agua con una pajita y me sujeta la cabeza para que me incorpore un poco en la cama. Cuando alivio la sequedad de mi garganta descubro que no estoy en mi habitación. Miro a mi alrededor las paredes blancas y una vía con suero en mi brazo, conectada a una máquina que suena cada pocos segundos. Algo me aprisiona el estómago y compruebo que me han colocado una especie de faja conectada a otra máquina que emite un sonido muy leve. Los nervios se apoderan de mí y el sonido metálico empieza a acelerarse.

—Tranquila, pequeña —Marc me coge de la mano y la acaricia suavemente—, debes relajarte.

—¿Qué ha pasado, Marc? —Consigo que un hilo de voz salga de mi boca.

—Solo que a partir de ahora debes cuidarte un poco más; el estrés no te viene nada bien.

—Déjate de acertijos y dime qué narices pasa. —Me envalentono ante su pasividad.

—Voy a llamar al médico.

Sale de la habitación y me quedo sola, sin saber qué ocurre. Intento incorporarme, pero un dolor insoportable me recorre el cuerpo y empiezo a recordar. Estaba hablando con mi hermano, me preguntaba si me sucedía algo, cuando un dolor me traspasó el vientre. Me llevo las manos a esa zona y mil ideas se agolpan en mi cabeza. No, no puede ser.

—Buenas tardes, señorita García, veo que al fin se ha despertado, tenía usted a este hombre muy preocupado. —Un señor canoso con una bata blanca se acerca y me agarra la mano. Examina mi pulso a la vez que mira la máquina a la que me han enchufado—. Siga la luz, por favor. —Saca una pequeña linterna del bolsillo y me enfoca los ojos, y aunque el color brillante es molesto hago lo que me dice—. Parece que está todo bien, solo ha de reposar un poco; si en las próximas dos horas continúa igual podrá irse a casa.

—¿Qué ha ocurrido? —Necesito respuestas o acabaré histérica.

—Me gustaría ser el primero en felicitarla. Está usted embarazada.

¿Embarazada? Vale, todavía estoy inconsciente o todo esto es un sueño, porque no puede ser verdad, ¿o sí? Miro a Marc y no sé lo que dice su cara; vuelve a ser ese Marc del principio con su máscara imposible de descifrar. Intento recordar y, mierda, sí, puede ser, desde que hablamos y todo va mejor entre nosotros no hemos usado ningún método anticonceptivo; las ganas de estar juntos han podido más que nosotros. Llevo las manos a mi vientre y Marc pone las suyas sobre las mías. Lo miro a los ojos y creo, por fin, ver algo de alegría en ellos.

—Ya me ha comentado el señor Capdevila que tiene usted un hermano gemelo, por lo que no es de extrañar que esté embarazada de gemelos. —¿Dos? Sí, acaba de decir gemelos—. No se preocupe, hemos controlado el sangrado y todo está en orden. El embarazo es de poco menos de dos semanas, así que es pronto para saber qué va a pasar. Solo puedo decirle que necesita descansar, no hacer ningún tipo de esfuerzo y, por supuesto, evitar el estrés por encima de todo. Ahora saldré y dejaré que hable con su novio. Si

tienen cualquier pregunta que hacer no duden en llamarme. Si todo va bien, en breve le traerán los papeles del alta y podrá irse a casa.

El médico sale de la habitación y Marc y yo nos quedamos solos entre estas cuatro paredes, con nuestras manos sobre mi vientre. Ahora sé que el pequeño ruido metálico que escuchaba proviene de dos seres diminutos que se están gestando en mi interior.

Miedo, alegría, dos sentimientos encontrados. No sé qué hacer, no sé qué decirle a Marc, no sé qué piensa de todo esto que nos está pasando en tan poco tiempo. ¿Estamos preparados para ser padres?

—¿Cómo estás, Daniela? —Acerca la butaca que está al lado de la cama y se sienta junto a mí—. Me has dado un susto tremendo. Cuando te escuché gritar llegué corriendo a la habitación y no sé de dónde salieron mis reflejos para sujetarte antes de que cayeras contra el suelo.

—No lo sé, no sé cómo me encuentro, Marc, yo no sabía nada...

—No te preocupes, era imposible que supieras que estabas embarazada. —Estoy nerviosa; no sé si su voz desprende alegría o tristeza a causa de mi embarazo, pero una sensación extraña me grita desde lo más hondo de mi ser que, aunque él no me apoye, yo seguiré adelante.

—Marc, yo...

—No hace falta que digas nada, ahora solo tienes que descansar, ya me ocuparé yo de cuidaros a los tres. —Y ahí están esas palabras que necesito oír. Tomo su mano y una lágrima se desliza por mi mejilla, y antes de que moje la almohada Marc la captura entre sus dedos—. Mi idea era esperar un poco para tener hijos, pero si el destino lo propone así, bienvenidos sean. — Mete su mano en el bolsillo del pantalón y saca una diminuta caja forrada de terciopelo azul marino con el logo de Tiffany's grabado en la superficie—. Me hubiera gustado hacerlo de otra manera, pero quiero que tengas esto. — Abre la caja y dentro hay un precioso anillo de color plateado, sencillo, con un pequeño brillante en el centro, que coloca con delicadeza en mi dedo—. Daniela, ¿me harías el honor de hacerme el hombre más feliz del mundo por segunda vez en este día y casarte conmigo?

—¿Hablas en serio?

—Te dije que el día que te lo pidiera tu dedo ya no estaría desnudo. — Toma mi mano y me quedo embobada con el brillo que desprende la joya—. Sabes que no bromeo con estas cosas. Me hubiera gustado hacerlo en un ambiente totalmente diferente, no con olor a medicamentos y agua oxigenada, pero aunque parezca mentira, creo que no habrá mejor momento que este,

con el latido del corazón de dos personitas sonando de fondo, que han nacido del amor que te tengo para demostrarme que de verdad deseo pasar el resto de mi vida a tu lado.

—¡Sí! Claro que quiero.

Nuestras bocas se unen y nuestras lenguas pelean por llevar el control de la situación. En pocos minutos he sabido que voy a ser madre y no de una, sino de dos criaturas frutos del amor y la pasión, y el hombre del que estoy totalmente enamorada acaba de declararme su amor incondicional.

Separa su boca de la mía, deposita un suave beso en mi frente y me pide que, por favor, espere a que vaya a hablar con el médico. Quiere preguntarle cuándo podremos marcharnos a casa, nuestra casa...

Cuando sale de la habitación me quedo mirando la alianza en mi dedo, y aunque no entiendo de joyas sé que es un diamante. Ninguna piedra puede brillar más ni ser tan perfecta. A los pocos minutos la puerta se abre.

—¡Enhorabuena, hermanita!

—¡Felicidades, pelirroja!

—Pero ¿qué...?

—No te creerías que después del grito que me diste por teléfono me iba a quedar de brazos cruzados ¿verdad? —Fran se acerca a la cama y me da un beso en la mejilla—. Si ya sabía yo que algo te pasaba, pero, joder, hermanita, no me des estos sustos.

—No la acapares tú entera. —Miguel se acerca desde el otro lado de la cama y también me da un beso—. Vaya susto que nos has dado. En mi vida he visto a Marc tan alterado, has cambiado a este lobo y lo has convertido en un corderito —me susurra al oído.

—Vamos, dejadle espacio para respirar, el médico le ha dicho que necesita reposo y nada de estrés.

—Daniela, párale los pies rápido o los dos bichitos que están ahí dentro no van a saber lo que es la luz del sol, los tendrá todo el día encerrados a cal y canto.

—¡Miguel! —gritamos Marc y yo al unísono—. ¡No los llares bichitos! —Le pongo morritos y una sonrisa se le dibuja en la cara.

Fran acaba de llegar a Barcelona. Al explicarle Marc lo ocurrido corrió hasta el aeropuerto con lo puesto y cogió el primer vuelo. Me ha jurado que no le ha dicho nada a mamá, así que al menos tengo la esperanza de poder contárselo yo y no preocuparla tanto. Fue Miguel el que nos trajo al hospital,

porque mi futuro marido, qué bien suena eso, pensó que conducir en tal estado de nerviosismo no era lo más recomendable.

A las dos horas, como dijo el médico, tengo los papeles del alta en mi poder. Salir del hospital está siendo toda una odisea: tres hombres, a cual más alto y corpulento y guapos a rabiar, se pelean por empujar la silla de ruedas que me han dejado para llegar al coche. Finalmente es Marc quien me lleva.

Miguel conduce, Fran va de copiloto y yo viajo medio tumbada en el asiento de atrás con las piernas sobre las de Marc y un batiburrillo de ropa que hace las veces de almohada bajo mi espalda y mi cabeza. Y esto ahora, nada más saber que estoy embarazada. Creo que me esperan los nueve meses más largos de mi vida.

Llamada a tres

Si no me dejan aire pronto juro que soy capaz de matar a estos tres hombres que me rodean. Nada más entrar por la puerta —ni eso, ni bajarme del coche, claro, he podido hacer por mi propio pie— me tienen como a un saco de papas, de mano en mano, acomodándose por toda la casa.

—¡Dejadme en mi cama! —les grito, roja como un tomate—. ¡Estoy embarazada, no inválida!

Con la cara desencajada, Marc me lleva a nuestra habitación, sí, tengo que llamarla así, acostumbrarme a decir que todo esto es mío si queremos dar este paso tan grande. No le permito que abra la boca, y con solo ver mi mirada renuncia y decide dejarme sola, no sin antes acercarme mi bolso a la cama. Saco el teléfono para llamar a mi madre, pero no puedo evitar marcar antes otro número. Esta vez no se van a llevar ninguna bronca ni interrogatorio por mi parte.

—Hola, brujitas mías —digo, nada más escuchar a mis dos amigas pronunciar un seco *hola*—, decidme que estáis sentadas, porque si no os vais a caer de culo.

—¿Qué pasa, Dani? —Tere está muy seria últimamente, pero no es el momento de decirle nada y menos cuando mi hermano anda tras la puerta.

—Dime, putoncete mío, ¿qué nos hemos perdido?

—Pues tengo dos noticias que contaros, aunque mirándolo bien pueden ser tres...

—Desembucha.

—Cuenta, cuenta...

Me encanta esta impaciencia de mis amigas y sé que me esperan más preguntas, así que me quedo en silencio absoluto para ponerlas nerviosas.

—Vamos a ver, Daniela, no tengo el día para tonterías, me acabas de sacar de una reunión importante, así que o hablas o voy a tener que dejar la conversación para más tarde. —La frialdad de Tere me encoge el corazón.

—Venga, rubia —le dice Merche—, no sé qué mosca te habrá picado, pero esa no es forma de tratar a una amiga.

—Tranquilas, chicas, estoy muy feliz, así que, por favor, no me estropeéis el día. —Se me escapa un sollozo y ambas se disculpan, aunque Tere sigue sin sonarme muy sincera—. Solo quería deciros que hoy tuve un desmayo...

—¡Estás embarazada! —Tengo que separarme el teléfono del oído a causa del grito que acaba de dar Merche.

—Sí, pero la cosa no queda ahí...

—No me jodas, ¿que son dos?

—¿Has pensado alguna vez en meterte a vidente en la tele?

Mis amigas ríen y me parece notar un cambio en Tere. Les falta tiempo para enumerar la larga lista de caprichos que comprarán a sus sobrinos o sobrinas y les pido calma, dios, estoy de dos semanas y he de andar con mucho cuidado. El médico me ha dicho que es un embarazo de alto riesgo y estaré de baja desde ya. No puedo estresarme ni cabrearme. ¡Si apenas podré moverme hasta que pase el primer trimestre y ya me agobio con solo pensarlo!

—Bueno, esa es la noticia que podía ser dos, así que nos falta una. —Tere parece más animada—. Si ahora me dices que te vas a casar con ese abogado irritante que tanto por saco ha dado, me meto a monja.

Se hace el silencio durante unos segundos y al momento las tres rompemos a reír a carcajadas. Les hablo del pedrusco que me ha regalado porque, aunque no sea muy grande, sé que barato no le habrá salido. Me preguntan si hemos hablado de fechas y me doy cuenta de que lo único que hemos hecho ha sido, él, pedírmelo y ponerme el anillo, y yo, decirle que sí.

Antes de despedirnos nos recordamos que ya no hay excusa para estar incomunicadas por más tiempo, y les prometo que les iré contando el proceso de crecimiento de mi panzón.

El cansancio del día empieza a darme la cara y no puedo más con mi cuerpo. Hago un esfuerzo y me levanto de la cama, recorro en silencio el pasillo que separa las habitaciones del salón y oigo a los chicos hablar.

—Te lo voy a dejar bien claro, esa que está ahí dentro es mi hermana y lo que lleva en su interior son mis sobrinos, así que hazme el favor de comportarte o te las tendrás que ver conmigo.

Sonríó al escuchar a mi hermano, a saber las cosas que se habrán dicho desde que estoy metida en el dormitorio. Espero a recorrer el último tramo de pasillo para no perderme la contestación de Marc.

—Te recuerdo que quien está ahí dentro también va a ser mi mujer, que la quiero más que a mi propia vida y que la voy a cuidar como si no hubiera un mañana. Y por supuesto, lo que lleva en su interior es parte de mí y en ningún momento le daré la espalda...

Ya no puedo escuchar más porque, aunque me gusten sus comentarios, me parecen los más machistas del mundo. ¡Como si yo no supiera cuidarme solita llegado el momento!

—Vamos a ver, esto qué es, ¿una pelea para ver quién mea más lejos? —Miguel, que parece un espectador en un partido de tenis, no puede evitar la carcajada y yo lo fulmino con la mirada—. La cosa es muy sencilla —digo, señalando a ambos—: tú vas a ser el tío y tú el padre y ambos me queréis, hasta ahí lo hemos entendido todos. Pero hacedme un favor, como vea otro ejemplo de machito sabéis que no me voy a quedar de brazos cruzados.

Y sin más me dirijo a la cocina a por un vaso de agua dejándolos a los tres con la boca abierta. Noto unos pasos acercarse por mi espalda y el escalofrío que me recorre me indica que se trata de mi estirado personal. Rodea mi cuerpo con sus brazos, pega su fuerte pecho a mi espalda y pone las manos sobre mi vientre mientras me besa en el cuello, que he dejado al descubierto tras recoger mi pelo en una cola.

—Daniela, deberías estar en tu cuarto, descansando.

—Vamos a dejar las cosas claras ahora. —Me separo de él para mirarle directamente a los ojos—. El médico me ha recomendado reposo, no que me quede todo el día metida en la cama. Sé que no debo estresarme, pero si vas a estar continuamente controlándome no lo conseguiré, así que, hazme el favor, bueno, háznoslo a los cuatro —cojo su mano y la uno nuevamente a la mía sobre mi plano vientre—: disfrutemos de esto con la calma que se merece, pero disfrutando.

Unas palmas y silbidos nos hacen girarnos. Mi hermano y nuestro amigo están dando saltitos como si fueran dos animadoras y no puedo evitar reírme. Marc me vuelve a abrazar; parece no importarle que esos dos estén mirando y me besa tiernamente. No puede evitar llevar el control de todo, pero sé que hará un esfuerzo para no agobiarme. Es un gran cambio para los dos.

—Y vosotros —continúo diciendo cuando Marc deja mis labios libres—, más vale que vayáis solucionando vuestros propios problemas. —Me miran con cara de no entender nada—. Sí, no me miréis así, acabo de darles la noticia a mis amigas y, como de sobra sabéis, ellas son muy importantes

para mí, por lo que, si en cualquier momento aparecen por aquí, que no digo que sea hoy ni mañana, idos preparando, que no quiero tener que cabrearme.

Se quedan mudos ante mis palabras y ahora es cuando el abogado deja escapar una leve carcajada. Como dos almas que se lleva el diablo, mi hermano y Miguel se levantan de sus asientos y se despiden de nosotros con un beso y un escueto movimiento de cabeza. Y al fin nos quedamos solos.

—¿Has llamado a tu madre?

—Aún no, no sé cómo hacerlo, es decir, sí lo sé, pero le había prometido que, como al final no fui a ayudarla después de su accidente, iría a verla en las próximas semanas. Y ahora me va a ser imposible viajar.

—Invítala a venir, seguro que estará encantada.

Me abrazo a él con todas mis fuerzas. Es que lo tengo que querer, aunque a veces sea el tío más irritante del mundo y me entren unas ganas locas de darle de collejas hasta que se me pase el cabreo. Pero después me sale con estas cosas y puedo entender que es la vida que ha llevado la culpable de ese lado suyo arrogante y estirado que muestra al mundo. Sin embargo, yo he visto al hombre que de verdad esconde, al hombre romántico que lo daría todo por mí.

—Y podríamos hacer algo más. Ya que la vas a invitar, que tu hermano está aquí y que si llamas a tus amigas vendrán entusiasmadas...

—¿Me estás proponiendo lo que creo que me estás proponiendo?

—Sí, Daniela, quiero casarme contigo, quiero pasar el resto de mis días contigo, y mi trabajo me permite agilizarlo todo para que en un par de semanas podamos ser marido y mujer.

—¿Tan precipitado?

—¿Es que te arrepientes de haberme dicho que sí?

—No es eso, Marc, es que, aunque será una boda íntima, hay que organizar muchas cosas. —Me mira con una sonrisa pícaro en los labios y sé lo que está insinuando—. Por algo te vas a casar con la mejor organizadora de eventos que existe.

Salgo disparada a la habitación en busca de mi teléfono móvil. Necesito darle a mi madre todas las noticias. No sé cómo se lo va a tomar, pero tengo que hacerlo y además me siento con las energías recargadas.

—Hola, mi niña.

—Hola, mami, ¿qué tal estás?

—Bien. ¿Cómo estás tú?

—Aquí, en casa de Marc, tengo que hablar contigo.

—¿Pasa algo?

—Nada malo, te lo prometo, pero me va a ser imposible ir a verte en los próximos tres meses, así que me gustaría que vinieras tú a pasar unos días aquí, con nosotros.

—Vamos a ver, Daniela, tú no eres de andarte con rodeos, dime a las claras lo que está pasando o sabes que acabaré por enterarme.

—Sí, llegará un momento en que será tan evidente que no podré ocultártelo ni aunque quiera.

Escucho una mezcla de risa histérica y llantos. Mi madre ya sabe lo que le estoy diciendo; es fácil sumar dos más dos y ella siempre ha sido una mujer muy inteligente.

—Daniela —me habla algo más tranquila—, ¿me estás diciendo que me vas a hacer abuela?

Y charlamos un buen rato. Le cuento que tuve un pequeño mareo quitándole importancia, porque no quiero preocuparla y que se me plante aquí en un par de horas, como ha hecho mi hermano. Que a Marc y a mí nos gustaría celebrar una boda íntima en las próximas semanas. Me pregunta que por qué todo tan rápido, pero la verdad es que la única explicación que le puedo dar es que nos queremos, vamos a ser padres y deseamos hacerlo; no creo que nos hagan falta más motivos.

Después de más de media hora al teléfono consigo convencerla de que no se presente en casa mañana mismo. Así tendré tiempo de organizarlo todo para que se quede con nosotros y de asimilar lo que ha pasado en estas horas. La noto algo más calmada, o eso quiere aparentar, pero sé que en cuanto cuelgue el teléfono se pondrá a llamar a la agencia de viajes para buscar un vuelo a Barcelona.

Miro hacia la ventana, pensativa, con las manos en mi vientre, dios, ¡voy a ser mamá! Entonces escucho un pequeño ruido junto a la puerta. Marc está apoyado en ella con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Qué pasa?

—Solo que estás preciosa.

Velocidad de vértigo

Tres días, eso es lo que han tardado mis amigas en decirme que hoy llegan a Barcelona. Todo está ocurriendo mucho más rápido de lo que esperaba. Mis jefes, Paul y Sonia, están como locos. El mismo día que les llamé para explicarles todo y darles mi parte de baja se presentaron en casa de Marc. Desde entonces Sonia viene a verme todos los días, y solo ha pasado una semana. Se está encargando de organizar nuestra boda. Marc ha conseguido fecha para dentro de un mes; en realidad era para la semana que viene, aunque al final logramos convencerle de que la retrasase. Por un momento creyó que le estaba dando largas para no casarnos. Finalmente ha entendido que, por muy boda íntima que sea, también tiene un proceso.

Es un lujo ver trabajar a Sonia. Ahora entiendo por qué la empresa va tan bien: el cariño que pone en su trabajo es innato. Hemos reservado el salón donde se celebró la fiesta anual del bufete de abogados porque tanto a Marc como a mí nos pareció una idea fantástica hacerlo donde nos conocimos. Que quede claro que esta no será una boda de penalti, y quien no quiera creerlo que le pregunte a Marc: tenía la alianza comprada desde hacía unos meses.

—Céntrate, Daniela, sé que hay aún muchas cosas que preparar, pero tienes que decirme si al final querréis pescado en el menú o no. —La voz de Sonia me saca de mis pensamientos.

—No, definitivamente —digo, tapándome la boca—, solo de pensarlo me dan arcadas.

—Desde luego esos dos bichitos que llevas ahí saben lo que quieren. —Ríe con ganas al ver mi cara; sé que ha tenido que cambiar de color, porque me basta con recordar el olor a pescado para ponerme mala—. Al menos, marisco sí permitirás, ¿no? —Asiento con la cabeza—. Vale, pues entonces esta parte está zanjada. Y ahora que te encuentras mejor y no has vuelto a tener mareos, vamos a convencer a Marc para que salgas a dar una vuelta.

—Sí, me vendría genial un paseo, estoy cansada de estar encerrada y así podré recoger a mis amigas en el aeropuerto.

—No era lo que había planeado. —Mira su teléfono móvil y teclea algo—. Pensaba en ir de compras.

—Pero...

Llaman a la puerta y me levanto del sofá. Tengo la mesa llena de papeles, mi ordenador, el de Sonia y ambas tabletas; como sea Marc me tocará aguantar uno de sus discursos sobre que no es necesario que trabaje tanto, que lo que decida Sonia será perfecto... Sé que tiene razón, pero necesito de verdad sentirme involucrada en mi boda, así que puede mosquearse tanto como quiera.

Abro la puerta y casi me doy de bruces con un enorme peluche en forma de oso. Por detrás asoman cuatro pies. Sé de sobra de quiénes son y no puedo evitar ponerme a gritar, hasta que el oso cae a un lado y nos fundimos en un abrazo.

—Brujitas mías. —Los ojos se me llenan de lágrimas—. ¡Estáis aquí!

—Y por lo que vemos, tú sigues en pijama. —Ambas miran hacia dentro y parecen regañar a Sonia con la mirada.

—Vamos, te arreglaremos un poco, tenemos mucho que hacer. —Tere me coge del brazo mientras Merche se ocupa del oso—. Veamos cómo podemos remediar este pelo.

—Claro, y mientras tú conviertes al ogro en cenicienta yo tengo que cargar con el muñequito. —Merche enfatiza la frase haciendo comillas con la mano que queda libre.

—¿Qué le pasa a mi pelo? —Me llevo las manos al revoltijo que tengo encima de la cabeza.

—Que se nota que tu queridísimo abogado lleva una semana evitando que salgas de esta casa, pero eso se acaba ahora mismo. —Tere sigue tirando de mí hasta que entramos en el baño. Sonia nos acompaña y Merche sigue quejándose—. No pretenderás llegar así al día de tu boda, ¿verdad?

Miro la imagen que me devuelve el espejo. Bueno, tengo cara de cansada y el pelo totalmente despeinado, pero tampoco es para tanto.

—No lo ves, ¿no? —Ahora es Merche quien ha entrado en el baño y se dirige a mí. Menos mal que el apartamento de Marc es grande—. Como siempre, hay que dártelo todo masticado. ¡No tienes vestido de novia!

—Mierda, mierda, mierda —balbuceo, al borde de un ataque de nervios.

—Para eso estamos aquí nosotras. —Tere me agarra de los hombros para que pare de moverme de un lado a otro—. Ahora vas a ponerte cómoda y vamos a ir de compras.

Entramos en el dormitorio. No sé en qué momento ha llegado Sonia, pero sobre la cama hay preparadas una falda vaporosa de color azul marino, una blusa *beige* y mis cuñas a juego. Da la casualidad de que este conjunto lo compré exactamente así, para ponerme las tres piezas juntas; cada vez me parece más normal que se dedique a la organización. Como si fuera una niña pequeña, mis amigas empiezan a desvestirme, a cepillarme el pelo, a ponerme la ropa que han elegido para mí, hacerme una cola alta y poco más. También me ha parecido escuchar que me lo van a poner todo por delante, de esa manera Marc no tendrá la oportunidad de quejarse mucho. Aunque estoy segura de que de algún modo acabará haciéndolo y más si llega a casa antes que yo.

En un momento estamos subidas en el coche de mi jefa. Claro está, hoy vino con el chófer, que así podrá dejarnos en la puerta de las tiendas para que me mueva poquito. Se han tomado muy en serio eso de que tengo que cuidarme y hacer reposo.

Visitamos tres, ¿o cuatro?, tiendas de vestidos de novia, pero ninguno me gusta: o son muy rococós o enseñan demasiado. Mis amigas están nerviosas, pero resisten mis negativas. Eso sí, tendré que encontrar uno hoy mismo, porque quedan solo tres semanas para la boda y aunque para entonces aún no se me notará el embarazo no quiero correr el riesgo de que no me dé tiempo a hacerle algún arreglo.

Salgo algo mosqueada de la última tienda. La dependienta ha sido un poco borde conmigo después de que dijera *no* al tercer vestido que me ha mostrado. Tal vez yo tampoco esté muy simpática, pero no me da la gana de que me traten como a una cualquiera, ya sabéis a lo que me refiero. No espero a mis amigas ni a mi jefa, que parece que se encuentra en su salsa con mis dos brujas, y camino con paso decidido calle abajo, pasando junto a los escaparates sin prestar atención a ninguno. Hay aquí una concentración de tiendas dedicadas a todo el vestuario que se pueda usar en una boda. De repente algo llama mi atención. Es ese, sí. Mis amigas me están llamando, pero yo me he quedado hipnotizada y, sin hacerles caso, entro en el local.

Me acerco al escaparate por la parte de detrás y me quedo mirando la espalda del vestido. Es perfecto, igual que el que acabé cortando y tirando por un acantilado de Galicia cuando hui hace unos meses, pero de color blanco. Este es el que dejará a Marc con la boca abierta.

—¡Lo has encontrado! —Mis amigas me ponen una mano en el hombro y sé, igual que ellas, que no tenemos que buscar más.

Una lágrima me recorre la mejilla cuando la dependienta me ayuda a deslizar el vestido por mi cuerpo y compruebo que me queda como un guante. Rápidamente me tiende un pañuelo, pero no es solo para que me seque la cara; está claro que no quiere que manche el vestido. El escote tiene forma de corazón y lleva una pedrería en color marfil que resalta aún más el blanco de la falda. La recorre una abertura hasta la cintura, y un suave vuelo crea una cascada blanca de seda a los pies. La espalda queda descubierta hasta la mitad, no enseña tanto como mi antiguo vestido de Jessica Rabbit, pero hablamos de una boda, mi boda, y no de una fiesta. Es perfecto.

Mis amigas y mi jefa, a la que también puedo llamar amiga con la boca llena, me miran emocionadas y sé que no, no tengo que seguir mirando escaparates ni volver a traumatizarme porque todos los vestidos me parezcan horrorosos, simplemente porque no son lo que buscaba. ¿Quién me iba a decir que salir cabreada de la última tienda me iba a traer tan buenas consecuencias?

Una hora después abandonamos la pequeña *boutique* de vestidos de novia, ya hasta la nombro con más *glamour*, y decidimos que lo mejor será pedir algo de comer y regresar al apartamento. Mis amigas se quedarán unos días en el que mis jefes me alquilaron cuando llegué a Barcelona, que tengo más que abandonado. Mira por dónde, ahora volverá a ser útil, aunque les dejaré claro a estas dos brujas que en cuanto mi madre haga acto de presencia, la habitación de matrimonio será para su exclusivo disfrute. Por cierto, aún no sé si vendrá sola o acompañada.

Llegamos en pocos minutos. La verdad es que no hemos tenido que alejarnos mucho de la zona; estar prometida con un prestigioso abogado tiene sus ventajas. ¡Me voy a casar! He de hacerme a la idea, que quedan pocas semanas. Si sumo los días no llegan a tres y aún hay mucho por organizar. Meto la llave en la cerradura y esta gira lo justo para abrirse, sin hacer ese repiqueteo que me anuncia que no hay nadie en casa. Mi hermano, Miguel y Marc están sentados en el sofá mirando un partido de baloncesto y hay cuatro cervezas sobre la mesa baja. No me salen las cuentas, y en ese momento un ruido hace que me vuelva hacia el pasillo.

—¿Qué haces aquí? —No puedo evitar correr a sus brazos y estrecharlo contra mí. Lágrimas de nuevo; las hormonas me están matando y esto solo acaba de empezar—. ¡Iago, qué alegría verte en carne y hueso! ¡Ya estaba cansada de las llamadas por Skype! Pero dime, ¿a qué se debe el honor?

—Cierta pelirrojo me dijo que te casabas y, aunque no me hayas invitado, no podía perderme este enlace, sobre todo para ponerle los puntos sobre las íes a cierto engreído. —La tos del aludido se eleva sobre las palabras de mi gallego preferido—. De verdad que, si Fran no me lo dice, no me lo creo.

Los miro a ambos. Sospechaba que se había creado cierta complicidad entre ellos desde el accidente de mi madre, pero no imaginaba que hasta ese punto. Me dirijo a mis amigas para hacer las presentaciones pertinentes y entonces me doy cuenta de que el ambiente empieza a tener un olor a rancio que echa para atrás. Las dos continúan quietas, en la misma posición, mirando fijamente a Fran y a Miguel.

—Ustedes seguid viendo el partido, que nosotras nos vamos a la habitación. En breve traerán comida tailandesa —le digo a Marc tras acercarme a él y darle un tierno beso en los labios—. Por cierto, la próxima vez avísame de que tenemos este tipo de visitas en casa.

—¿Desde cuándo tengo que avisarte de que mis amigos vienen a mi apartamento? —me dice, algo enojado.

—Desde el momento en que decidiste compartir tu vida conmigo.

Me doy la vuelta, bastante cabreada, y empujo a mis amigas hacia el pasillo. Ahora me dirá que no ha notado lo tenso que se ha puesto el ambiente en un momento. Me da mucha pena, la verdad, porque me encantaría hablar con Iago, disfrutar de la compañía de mi hermano, reírme con las ocurrencias de Miguel y envolverme en las caricias de Marc, pero viendo la mirada de mis amigas está claro que tenemos que solucionar esto antes de que vaya a más.

23

Confesiones

—No admito ni una excusa más ni que me cambiéis de tema, y me da igual cuál de las dos quiera empezar. Contadme ya qué demonios ha pasado u os quedáis aquí solitas, porque acabo de dejar a los cuatro hombres más importantes de mi vida ahí fuera por ustedes.

Ambas se miran pasándose una a otra la pelota, pero no pienso permitir que me tomen por tonta otra vez. Les he dado el tiempo suficiente para que me lo cuenten, para que busquen el momento adecuado, y no quiero tener de morros a las pocas personas que me van a acompañar en el día de mi boda, el que será uno de los más importantes de mi vida.

—Vamos, Tere, empieza a largar. —Ella me mira y agacha la cabeza, avergonzada—. Sonia, vámonos, creo que esos de ahí fuera son mejor compañía.

Agarro a mi jefa del brazo y cuando estamos saliendo por la puerta, mi amiga la rubia, mi pija particular, empieza a balbucear.

—Da... Dani... Daniela, no es tan fácil...

—Tú inténtalo, sé que es de mi hermano de quien vas a hablarme, pero te juro que seré imparcial.

—Por favor, déjame terminar y después entenderé que quieras que me vaya. —Me está empezando a asustar que diga eso—. Sabes que siempre he sido la mujer florero de mi padre, la niña bonita que muestra en las reuniones con otros bufetes, en las cenas y demás. En aquella época me sentía libre cada vez que estaba con Fran, y no consideraba el hecho de desmelenarme porque mi padre me necesitaba a su lado. Tú me ayudaste a dar aquel paso, a entender que luchar por lo que una quiere no es peligroso, pero sí lo es...

Se le atraganta la voz y sé que va a llegar ese momento en el que haré de tripas corazón y la dejaré hablar sin juzgarla.

—Se podría decir que estoy enamorada de tu hermano desde la primera vez que lo vi en la Facultad. —Se acerca y coge mis manos entre las suyas—. Salíamos cuando queríamos, ¿te acuerdas?, pero no conocí la libertad hasta que lo dejé todo y me fui a Madrid. Era mentira que mi padre me hubiera

dato permiso para ayudarlo a distancia con el bufete; me había obligado a elegir entre tu hermano y él, y sabes de sobra cuál fue mi decisión. En lo que nunca llegué a pensar es en lo que pasaría después. Solo te digo que tras empezar a valerme por mí misma, a disfrutar de mi libertad, el verme de nuevo bajo la autoridad de otro hombre ha podido conmigo. No digo que tu hermano me impidiera hacer cosas, solo que yo hice más de lo que debía...

Sé que no puede continuar. Tal vez sea por los años que hace que nos conocemos, pero sé escucharla entre líneas y no puedo más que abrazarla con todas mis fuerzas a pesar de que intuyo que esa libertad a la que se refiere habrá tenido consecuencias nada buenas para mi hermano. De nuevo mis amigas las hormonas hacen acto de presencia y comienzo a llorar abrazada a una de mis brujis mientras la otra se acerca a nosotras. Y aquí estamos las tres, como en los viejos tiempos, dejándonos arrastrar por nuestros sentimientos.

—Pues... escuchando a esta, me doy cuenta de que lo mío no es para tanto —comienza Merche—. Ya sabes lo que le gusta a Miguel —dice, guiñándome un ojo—. Sin embargo, en el tiempo que hemos estado juntos no me lo ha pedido ni una vez, porque tampoco nos ha hecho falta. Aun así no he podido luchar contra todas esas mujeres que le llaman por teléfono, se plantan en su casa sin razón alguna y, sobre todo, sin importarles la hora que sea. —La miro con la cara desencajada—. Sí, como lo oyes, hasta de madrugada, en plena postura acrobática de las que tanto me gustan. —Tere se lleva la mano a la boca, yo la regaño con los ojos y Sonia, que permanece en un segundo plano, no puede evitar reírse—. Y básicamente es eso, no es que las mariposas se hayan ido, ¡joder, que no, que siguen ahí!, casi me da un microinfarto cuando lo he visto sentado en tu sofá. Pero te juro que no puedo con todo eso; cuando me enamoro lo hago con todas las consecuencias y ya te lo dije una vez, sufrir por un hombre no entra en mis planes.

—¿Y qué vamos a hacer, chicas?

—Pues disfrutar de tu día, que te casas, perra. —Merche es muy mal hablada, ya lo sabemos, y tantos abrazos en tan poco tiempo no tenían explicación. Ahora que sé lo que siente por mi amigo el rubiales los encuentro más lógicos.

—Por mí no tienes que preocuparte. —Tere se seca las lágrimas—. Tu hermano me dejó claras las cosas y sé que la culpa es mía; he estado mucho tiempo enamorada de él sin que lo supiera. Soy una buena actriz. —Saca su

mejor sonrisa y pone esa cara de no haber roto un plato en la vida, y de verdad no parece que se acabe de pegar una llantina contra mi hombro.

—Pues ya está, si de verdad pensáis que todo es tan fácil, salgamos ahí fuera y hagamos como si no hubiéramos estado encerradas en mi cuarto más de media hora. Además, conociendo a esos cuatro, se estarán comiendo nuestra comida. Disfrutemos de los días que vamos a pasar juntas.

—Yo, si no os importa, me voy a casa.

Sonia se despide de nosotras. Sé que se siente a gusto, pero Paul es un hombre tranquilo que ya no está para tanto trote. Creo que por eso va tan bien su matrimonio; son tan diferentes que se complementan el uno al otro.

Y, efectivamente, una vez que llegamos al salón y Sonia termina de despedirse, me llevo la grata sorpresa: los chicos aún no han abierto los paquetes de comida y sobre la mesa hay una bandeja con embutidos ibéricos, quesos y ensalada. Al parecer están dispuestos a sacar la bandera blanca e intuyo que mis amigas, por la cuenta que les trae, harán de tripas corazón.

Nos acomodamos alrededor de la mesa baja del salón, las chicas en el sofá, que ellos nos han cedido gustosamente para sentarse directamente en el suelo. Cuando me dispongo a coger un botellín de cerveza, Merche me lo impide rápidamente.

—No, no, señorita, hasta que no pasen los primeros meses y el médico nos diga que todo está bajo control, nada de alcohol.

Marc acaba de ponerme delante un vaso de agua.

—Y nada de picantes —continúa Merche.

Así que los tallarines desaparecen sustituidos por un plato de arroz y algo de embutido.

—Pero tengo hambre.

—Lo sabemos —interviene mi hermano—, y vas a comer, pero has de cuidarte por dos, ya nos hemos llevado un susto y no pienso permitir —Marc carraspea—, no pensamos permitir que vuelva a pasar.

Acepto a regañadientes. La cena está siendo buena, o lo más buena que podía ser en esta situación: yo embarazada y controlada por todos, mis amigas incómodas, cada una por una razón, y mis amigos a lo suyo. Miguel no le quita el ojo de encima a Merche; por mucho que haya estado con otras chicas después de ella se le nota que sigue prendado de mi amiga. Fran intenta disimular su cara de cabreo bajo una sonrisa, pero a mí no me engaña. Marc no deja de controlar todo lo que me acerco a la boca y cada uno de los movimientos que hago. Y Iago, pobrecito mío, se lleva de escándalo con mi

hermano, sí, pero creo que se siente extraño aquí, con todos disimulando sin lograr destensar el ambiente.

Cuando hemos terminado, Fran le propone a Iago salir a tomar algo, para evitar beber alcohol delante de mí. Miguel se ofrece a irse con ellos y, de camino, pasar por algún que otro local y disfrutar de una gran noche. Nada más decir esto, noto la tensión en el cuerpo de Merche, que de un salto se levanta del sofá, se disculpa ante todos y le pide a Tere marcharse, porque está muy cansada. Supongo que debe de estarlo después de un viaje en avión, toda la mañana en busca del vestido perfecto, una tarde más que movidita y ahora el comentario de Miguel, así que no pongo inconveniente en que se vayan. Al poco rato están saliendo rumbo a mi antiguo apartamento. Nota mental: empezar a empaquetar cositas de casa para traérmelas aquí.

Cinco minutos después salen los chicos y Marc y yo nos quedamos solos. Él se encarga de recoger la mesa, porque me ha prohibido hacerlo yo lanzándome una mirada de *como te muevas de ahí te enteras*.

—Estás cansada, vamos a la cama.

Me tiende su mano para ayudarme a levantarme del sofá y salimos del salón. Recorremos el pasillo agarrados de la mano y apagando las luces hasta llegar a su dormitorio.

—Ponte cómoda, voy a entrar al baño y ahora vuelvo.

Cojo unas bermudas y una camiseta con mil usos de mi parte del armario y suelto mi pelo, todo el día torturado en una cola. Me tumbo en la cama, miro el techo y escucho el sonido de la ducha. A los pocos minutos ya no oigo nada. En otras circunstancias me hubiera faltado el tiempo para salir corriendo y meterme con él bajo el agua, pero el médico también fue muy claro en eso: nada de sexo hasta la próxima revisión o pasado el primer trimestre. Paciencia, Daniela, solo quedan dos meses...

Escucho abrirse la puerta del baño y veo salir a Marc con sus pantalones del pijama, esos que le quedan tan bien y que reposan sobre sus caderas en perfecta armonía con sus marcados abdominales. Levanto la vista para recorrer su pecho, dibujo su mandíbula con la mirada y me pierdo en el azul de sus ojos.

—No me lo pongas más difícil, Daniela —su voz ronca hace que me percate de lo acelerado de su respiración—, llevo una semana muy dura y tenerte todas las noches junto a mí en la cama me está matando.

—Marc, solo tienes que pedirme que vuelva a mi apartamento... —Posa sus dedos sobre mi boca y no me deja continuar.

—Ni se te ocurra pensarlo siquiera. Ahora que has accedido a ser mi compañera para el resto de nuestros días no voy a dejar que te alejes de mí.

—Pues déjame al menos compensarte.

Tiro de él hasta que consigo sentarlo en la cama y empiezo a masajear sus hombros para calmar esa tensión acumulada. Desde que me pidió que me casara con él solo me he preocupado por la organización de la boda y ni siquiera le he preguntado por Tatiana, solo he pensado en la ceremonia y en cuidar de mí.

—Deja de darle vueltas a lo que sea que le estés dando y relájate tú también. Hoy ha debido de ser un día muy estresante y tener aquí a tus amigas y a esos dos no habrá ayudado mucho.

—Bueno, no le quiero dar muchas vueltas a nada, ahora mismo estaba pensando en ti.

—¿Y qué idea loca se te ha pasado por la cabeza?

—Que no sé nada de lo que has hecho esta última semana, si Tatiana ha vuelto a molestar, qué haces cuando estás fuera de casa...

—He trabajado mucho y no creo que esa mujer vuelva a aparecer en nuestras vidas. Se ha ido a la casa de Londres y su abogado le ha recomendado firmar el contrato de confidencialidad. Ya no podrá hablar de la vida de mi padre ni de la mía y, por supuesto, tampoco de las personas que nos rodean. Y en cuanto a qué hago, déjame que mañana te lo muestre, hoy descansa.

Me tumba nuevamente sobre la cama y se acurruca a mi espalda. Sintiendo el calor de su cuerpo y sus caricias dejo que el sueño me atrape. No sé si todo esto es un sueño; nos ha costado llegar hasta donde estamos y puede que aún nos quede mucho por lo que luchar, o tal vez no, pero tengo claro que haré todo lo que esté en mi mano para que no se separe de mí.

Hogar, dulce hogar

He dormido como un bebé, aunque me he despertado un par de veces pensando en mis amigas y en las gamberradas que estarán haciendo los otros tres. Luego me levanté con náuseas y Marc estuvo masajeadome la espalda y preguntándome si me hacía falta algo. Y al final he cerrado los ojos y el sueño me ha atrapado de nuevo.

Cuando despierto la luz entra por la ventana. Observo el cuadro que me saludó la primera vez que dormí aquí, esa mujer con el rostro oculto bajo un cabello rojizo que enseguida supe que era yo. Nunca lo he hablado con Marc, pero no hace falta, no soy quién, aún, para opinar sobre la decoración de la que será o empieza a ser mi casa. Lo cierto es que es una imagen sensual y relajante, independientemente de que sea yo quien aparece en ella.

El olor a café recién hecho me despierta y una nueva náusea hace acto de presencia. Me levanto rápidamente de la cama y llego justo a tiempo de entrar al baño y terminar de echar lo poco que queda en mi estómago. No, por favor, el café no me lo niegues. Me lavo la cara y compruebo como, aun teniendo la sensación de que he descansado, las ojeras se marcan de forma considerable bajo mis ojos. Si esto es lo que me queda, me veo con la tarjeta VIP de la tienda de cosméticos del centro comercial.

Marc ha preparado un buen desayuno para los dos: cruasanes, magdalenas, tostadas, galletas, piezas de fruta y una cafetera humeante. No sé si ha salido a correr y no me he enterado. Me acerco a la mesa y me sonrío tras la barra de la cocina.

—¿Solo con dos de azúcar? —Ya conoce mis gustos.

—Si te pido un chocolate caliente no te mosquearás, ¿verdad?

—¿Tan pronto con antojos?

—La verdad es que no, es solo que, al parecer, a alguno de estos dos el olor a café no le hace mucha gracia.

Me sonrío y empieza a abrir los cajones de la cocina. Saca el Cola Cao, calienta leche y me prepara una taza. Echo un par de cucharadas y niega con la cabeza, no sé, pero necesito azúcar en cantidades industriales. Me llevo un

cruasán a la boca y con la otra mano cojo una magdalena y una manzana. Escucho a Marc reírse y no puedo evitar acompañarlo hasta que los dos acabamos a carcajada limpia. Él no se queda atrás y empieza a devorar todo lo que se le antoja.

—¿Estás mejor? —me pregunta, mientras recoge los restos de comida.

—Eso parece. —Le doy un último bocado a mi pieza de fruta y lo ayudo.

—Deberíamos ir al médico. —No me gusta que esté tan encima de mí —. Para que te mande algo para las náuseas, no me mires así —protesta.

—Seguro que en la farmacia me recomendarán alguna cosa. Además tengo que ir a por una nueva caja de ácido fólico y otra de hierro.

—Como veas. —Se aleja de mí recorriendo el camino del pasillo hasta la habitación—. Vamos, tienes que ponerte cómoda, tengo una sorpresa para ti, ¿recuerdas?

Salgo literalmente corriendo detrás de él y lo abrazo por la espalda. Por más mimitos que le doy no consigo sacarle prenda y definitivamente desisto. Elijo unos vaqueros, una camiseta con topos de mil colores y mis Converse de color fucsia. Marc me ha pedido que no me arregle mucho, así que más cómoda no puedo ir. Veinte minutos después, cuando estamos de camino en su coche, me deja caer un par de veces que tendrá que buscar uno más familiar y que yo debería hacer lo mismo. Me da pena por mi pequeñín, pero en el fondo tiene razón, no me imagino dos sillas de bebé en la parte de atrás ni un carrito gemelar en el maletero. Sin embargo, desecho la idea al momento; me parece muy pronto para tomar este tipo de decisiones.

Veo pasar la ciudad de Barcelona, o mejor dicho, la zona en la que actualmente vivimos, y llegamos al puerto deportivo. La Villa Olímpica del Poblenou se muestra ante mí. El olor a mar invade mis fosas nasales y una sensación de paz hace que me relaje en el asiento del copiloto. Marc extiende la mano libre, es lo que tiene conducir un coche automático, y la pone sobre mi muslo.

—No te relajes mucho, ya estamos llegando.

Estira de nuevo la mano hasta la guantera del coche y saca un mando eléctrico sin apartar la vista de la calle, que tiene unos edificios preciosos. A través de mi ventanilla veo los barcos atracados y el mar. Marc reduce la velocidad y una puerta se abre ante nosotros. Descendemos y deja el coche aparcado en un amplio garaje con pocos vehículos y todos de alta gama. Miro mi atuendo y empiezo a dudar de si he elegido la ropa adecuada.

—Marc, yo...

—Vas perfecta —responde, adivinando lo que voy a decir—. Vamos, quiero que veas algo, sin tu opinión no voy a hacer nada.

En cuanto pongo un pie fuera del coche ya está Marc a mi lado, ayudándome a salir. Toma mi mano y caminamos hasta un ascensor que hay al fondo de los aparcamientos. Del mismo llavero saca una pequeña llave y abre con ella la cerradura del número seis, el último que marca el ascensor. Con una suave sacudida, este se pone en marcha y empezamos a subir. Tras pasar la planta baja, la parte que se encuentra a nuestra espalda es una pared totalmente acristalada y podemos ver el exterior, el azul del mar y los cientos de barcos, a cual más grande. Un sonido nos indica que hemos llegado a nuestra planta.

Me quedo alucinada: ante nosotros hay un gran recibidor con sofás a cada lado de la puerta de entrada, el suelo enmoquetado y las paredes pintadas en color marfil. Unos preciosos cuadros de atardeceres las adornan. Marc tira de mí hasta una puerta, vuelve a sacar las llaves del bolsillo de su pantalón y me las tiende.

—Haz los honores, pero recuerda, tú tienes la última palabra.

Cojo el llavero y nada más acercarlo a la puerta escucho un *clic*. Por arte de magia la puerta se abre un poco ante mis ojos. Todo esto es demasiado moderno para mí, pero no digo nada, y no porque no me atreva, es que no tengo palabras. Empujo con cuidado y un gran salón me da la bienvenida. Está lleno de sofás, las paredes forradas de madera, a la derecha una gran cristalera con unas vistas increíbles, las mismas que hace escasos segundos disfrutaba desde el ascensor. Lo observo todo y sigo sin saber qué decir, esto me supera.

Salimos del salón y la primera puerta a la derecha da a una amplia cocina con armarios blancos y una gran mesa en el centro para el desayuno, la comida, la cena o para estirar miles de masas y hacer mil y un pasteles. Disfruto como una niña con zapatos nuevos descubriendo cada estancia. Marc me sigue en todo momento sin decir nada. La primera habitación es amplia, tiene un armario empotrado de grandes dimensiones y nada más, salvo las hermosas vistas del interior de la urbanización, donde puedo ver una piscina, zona infantil y pistas de pádel. Y ya me pongo nerviosa deseando saber qué más hay.

La siguiente puerta es un baño, pero vaya baño, enorme, con una gran bañera, ducha, lavabo doble, un armario donde cabría toda mi ropa de verano

e invierno. Mi mandíbula tiene que estar a punto de rozar el suelo.

Voy corriendo a abrir el resto de las puertas; aún me quedan cuatro por inspeccionar. La siguiente a mi izquierda es algo más pequeña, ideal para montar un despacho, con las paredes forradas de madera igual que el salón, suelo de parqué en vez de enmoquetado y una luz preciosa.

Un baño más, dos habitaciones y llego al final del pasillo. Esta es la única puerta que está completamente cerrada, las otras solo he tenido que empujarlas.

—¿Me dejas abrir esta por ti? —dice Marc a mi espalda.

Me aparto un poco para dejarle espacio, gira el pomo y un nudo se instala en mi pecho cuando la abre. Una impresionante cama, pero no una cualquiera, es exactamente como la de la mansión, con sus cuatro postes, de una madera preciosa, y sábanas de color rojo.

No hay nada más. A la derecha unas puertas dan a una pequeña terraza y a la izquierda está el baño. Me vuelvo hacia Marc y veo esa sonrisa en sus labios. Alarga las manos y me sujeta por las caderas para acercarme a él.

—Sé que ahora mismo no podemos —dice, rozando mi aún plana barriga—, pero estoy deseando estar dentro de ti, en esta cama.

—Marc...

—Vayamos al salón, sentémonos, no hace falta que tomes una decisión ahora.

Me agarra de la mano y recorremos el pasillo de vuelta. Al entrar me doy cuenta de que es más grande de lo que me pareció al principio. Tiene una zona de comedor con una gran mesa y seis sillas y la cristalera no es tal, sino el acceso a una gran terraza. Camino hasta ella y desplazo una de las puertas para salir.

Nada más hacerlo el olor a mar vuelve a estar más que presente. Siento la presencia de Marc en mi espalda. Me apoyo en la barandilla y él me abraza.

—Este puede ser nuestro hogar, para los cuatro. —Su mano se posa de nuevo sobre mi vientre—. Solo si tú quieres. En la mesa están los papeles para que los firmes y puedan terminar con el papeleo. Daniela, quiero daros lo mejor, sé que no empezamos con buen pie y que mi pasado no es el más bonito del mundo. Pero voy a dejarlo atrás, tú vas a ser mi presente y mi futuro. Quiero aprovechar esta oportunidad que me da la vida y que tú seas la persona que me acompañe. Te quiero, preciosa.

Me da la vuelta lentamente y sujeta la mano donde llevo el anillo que me regaló. Pone una de sus rodillas en el suelo y me mira directamente a los ojos.

—Podría decirse que te he pedido dos veces que te cases conmigo, Daniela. Una, cuando Tatiana quiso más de lo que le pertenecía y la segunda, en un frío hospital —lleva su mano al bolsillo de los vaqueros y saca una bolsita negra—, pero creo que con estas vistas el ambiente es más romántico. Sé la respuesta y espero que no la cambies. Daniela García, ¿me harías el honor de compartir todos los días de tu vida con este abogado engréido y estirado —empieza a enumerar todos los adjetivos que más de una vez he usado para él— y ser mi esposa?

Saca una pulsera de la bolsita y la abrocha en mi muñeca. No contesto, no puedo, me quedo mirándola. Es sencilla, un cordoncillo plateado, es una pulsera de Pandora y ahora mismo solo tiene dos pequeños adornos, una M y una D.

Sé que soy una llorona, pero esto de las hormonas no ayuda. Las lágrimas empiezan a salir en cascadas de mis ojos y Marc se pone de pie y me abraza. Sus abrazos son los mejores del mundo, reconfortantes y cálidos.

—Todos los días de mi vida —digo, entre sollozos—, y sí, este es nuestro hogar.

La última semana

Estoy atacada, mi madre llegó ayer y está peor que yo. En primer lugar se ha cogido un cabreo monumental porque no ha podido elegir el vestido conmigo. Solo queda una semana y no he podido esperarla, pero para compensarla le he dejado que sea ella quien decida qué ramo de flores llevaré. Miedo me da, con lo rural que es la veo capaz de pedir uno de flores del campo.

—Vamos a ver, Daniela —me dice nada más entrar en la habitación, sin llamar.

—¡Mamá!

—Tranquila, que ya hace un par de horas que Marc se fue. Además, sabiendo lo que llevas dentro, no me voy a asustar si os veo en la cama.

—Joder, lo llevo a saber y te busco un hotel.

—Esa lengua, muchacha —me regaña—. Mi querido yerno no lo hubiera permitido.

Resoplo y me incorporo en la cama. Si seguimos así esta conversación no nos llevará a nada, bueno, sí, a discutir, que es lo que mejor se nos da. Que yo quiero a mi madre con locura, pero a causa de esa amistad nuestra se toma demasiadas libertades a veces.

—Bueno, a lo que iba. He hablado con Sonia —al final he tenido que permitirlo, me he retirado de mi propia boda y ahora ellas dos se encargan, pero decidí pensar que lo único que me importa ahora es tener a Marc a mi lado— y ya está arreglado lo de las mesas, así que por eso no te preocupes. La comida también está decidida. La decoración, ¡qué cosas más bonitas ha elegido Sonia! Ahora entiendo que sea tu jefa y la dueña de la empresa.

—Vale, mamá, ahora dime qué es lo que realmente quieres.

—No hemos hablado de quiénes van a ser los testigos. —La voz se le torna triste.

—Vamos a ver, mamá, dudabas, ¿a que sí?

—¿Yo?

Asiento con la cabeza y salta a la cama conmigo, nos abrazamos y ya estamos las dos llorando. De alguien me tenía que salir este carácter mío.

—Tú y el padre de Marc. Creía que había quedado claro.

Pasamos un rato hablando y me dice que al fin ha encontrado el vestido que le hará ser la mejor madrina del mundo y que le encanta la idea de ir con Josep. La verdad es que no hemos hablado de su amigo, ese asesor que la ha ayudado con las casas. Cuando ella quiera me lo contará, pero de momento yo la veo feliz, así que no me preocupo.

* * *

Mis amigas han estado aquí todos y cada uno de los días, pero hoy no se pasarán hasta la noche. Han dejado caer algo sobre una despedida de soltera. Tengo miedo, la verdad, de la que los chicos puedan hacerle a Marc. Ya le he advertido a Miguel que nada de mansión y, tras insistir mucho, he conseguido averiguar que irán a un partido de baloncesto y a tomar unas copas al local de un amigo. Nada de sitios raros. Confío en Marc, que me prometió que no haría nada extraño y que si alguna vez volvía a ese lugar sería conmigo.

—Hola, Marc —contesto al teléfono.

—Hola, preciosa, solo recordarte que hoy no pasaré por casa, y no es decisión mía, que lo sepas.

—¿Quién de las dos ha sido?

—Las dos, y la verdad es que me han metido mucho miedo. Dicen que si aparezco por ahí tendrás que buscarte un nuevo marido.

—Bueno, no les hagas caso. Además, tienen que estar al llegar. Hoy piensan atiborrarme de comida basura.

—No bebas alcohol, no abuses del azúcar...

—Sí, papá —asiento, un poco mosqueada.

—Disculpa, es que me preocupo por vosotros.

Me encanta que para él seamos tres cuando aún no he llegado a los dos meses de embarazo. Según las cuentas del ginecólogo, los cumpliré el mismo día de la boda.

—Gracias, y tú... —dudo en decirlo— disfruta de tu noche.

—Tranquila, no permitiré que estos hagan trastadas. Además, si no estás conmigo ya nada es divertido.

Colgamos después de decirnos unas cuantas ñoñerías más, y porque acaba de sonar el timbre de la puerta. Abro y mis dos locas amigas entran como un torbellino, cargadas de bolsas.

—Comida, chucherías, alcohol... —Las miro, frunciendo el ceño—. Para ti hemos encontrado un vino sin alcohol y Merche lo ha probado.

—Está que te mueres. Eso sí, no vas a poder reírte tanto como nosotras.

—Creía que érais mis amigas y os solidarizaríais conmigo. —Les pongo morritos, para que la broma parezca más real, y cuando me miran, con fuego en los ojos, no puedo aguantar la risa—. Joder, que no, bebed cuanto queráis, pero no me miréis así.

Tal como han dicho, han traído muchísima comida, pizzas y platos tailandeses. Cuando acabamos me pregunto si me habrá sentado bien tanta cosa, porque llena estoy un rato. El vino, como había dicho Merche, está de muerte.

A la mañana siguiente me despierto en mi cama. Llevo puesta la misma ropa de anoche. Me quedé dormida y ni me di cuenta, seguramente las chicas me trajeron con cuidado y no han querido molestarme. Me levanto y me dirijo al salón. ¡Que desastre! La mesa está hasta arriba de envoltorios, botellas de vino y restos de comida, y en el gran sofá, cómo no, duermen Merche y Tere en una postura nada cómoda.

Me acerco a la cocina con cuidado de no hacer ruido y cojo un par de bolsas de basura. Marc tiene contratada a una asistenta para la limpieza, pero dejar esto así es de guarros. Con cuidado voy llenando las bolsas y el salón empieza a parecer otro.

—Mira, si ya tiene la vena de madre —escucho a Tere a mi espalda.

—Deja de decir tonterías y ayúdame, que esto parece una pocilga.

—Pues sí, ya solo le falta amenazarnos con que si no lo hacemos nos castigará en la habitación y sin chucherías.

Creo que mi mirada lo dice todo: las dos se levantan y obedecen. No recuerdo haber dejado la mesa así antes de quedarme dormida. Estas dos se han tenido que pegar una buena juerga.

—¿Qué hora es? —pregunta Merche.

Busco mi teléfono y encuentro varios mensajes de Marc. Son las doce de la mañana. Lo desbloqueo para leerlos; quiero saber cómo se lo ha pasado y, sobre todo, dónde ha estado.

2:00 am: Hola, preciosa, ya estamos en casa de Miguel, espero que te lo estés pasando bien con tus dos brujas, nosotros tomaremos algo y dormiremos aquí.

2:48 am: Me imagino que estarás dormida, no es normal que no respondas. Estos están completamente borrachos. Te echo de menos.

3:52 am: Me acuesto, estos están desvariando mucho, nunca imaginé que Iago tuviera tan poca vergüenza.

Mientras leo el último, el teléfono empieza a sonar en mis manos. Es él.

—Hola...

—Al fin das señales de vida.

—Acabo de despertarme, creo que hacía mucho que no dormía tantas horas.

—Eso está bien, necesitas descansar.

—¿Qué haces? —le digo con un hilo de voz; no quiero parecer una mujer controladora.

—Ahora mismo estoy tumbado en la cama. Estos se acostaron muy tarde. Miguel se ha reído de mí toda la noche. Dice que desde que estoy contigo ya no sé divertirme.

—¿Y eso es cierto? —No sé por qué se lo pregunto, pero la verdad es que quiero saberlo.

—Todo lo contrario, preciosa. Desde que estamos juntos he aprendido a disfrutar más de la vida. Esta noche me he dado cuenta de que no sé hacer nada si no te tengo junto a mí. —Sus palabras hacen que esa electricidad que siempre me transmite me recorra entera—. Joder, que les den a estos tres, voy para casa, te necesito a mi lado.

Y dicho y hecho, cuelga el teléfono sin despedirse de mí. Sé que en menos de media hora lo tendré aquí y, sin importarme cómo vaya a sentarles, les pido a mis amigas que se marchen. Consienten a regañadientes, eso sí, recordándome una de las conversaciones que tuvieron anoche y a la que yo supuestamente di el visto bueno. Mi última noche de soltera la pasaré con ellas en mi antiguo apartamento.

* * *

Marc y yo estamos tumbados en la cama; no hemos hecho nada. Por más que he intentado jugar él se niega, dice que ha hecho voto de castidad hasta que el ginecólogo dé su visto bueno.

Pero estoy cómoda con él a mi lado, abrazándome, haciendo planes de futuro, pensando en cómo decorar nuestra nueva casa. Marc ya ha recibido la llamada de su gestor. Los papeles están en orden, somos propietarios de un gran apartamento en el que pondremos los cimientos de nuestra relación y de nuestra familia.

—¿En qué piensas?

—En que mañana seremos más —le respondo.

—Ya lo somos, preciosa —dice, besando el arco de mi cuello—, desde el momento en que nos estrechamos las manos en el bar donde tuvimos nuestra primera reunión.

—Ha sido duro, pero ha merecido la pena.

—Todo lo que tenga que ver contigo merece la pena.

Permanecemos unos minutos más acurrucados en la cama, hasta que mi móvil me avisa de que en breve las chicas estarán aquí. No me hace ninguna gracia pasar una noche separada de Marc, pero es normal que quieran celebrar conmigo mi última noche de soltera, en la que definitivamente diré adiós a mi ciudad, Sevilla. Sé que volveremos más de una vez, porque Marc es el primero que quiere conocerla. Incluso cuando le propuse vender mi piso se negó en rotundo y hemos llegado a un acuerdo. La próxima vez que vayamos, decidiremos si quedarnos con él o buscar otra cosa, pero me alegra saber que no desea que rompa con mi pasado, con mi vida.

Un ruido nos sobresalta. Ya están aquí. Marc se levanta de la cama antes que yo y le tengo que avisar de que se ponga unos pantalones, porque va solo con la ropa interior y ahora mismo, pues... se le ve muy feliz y no quiero escuchar las burlas de mis amigas.

Mientras las oigo quejarse de que aún no esté preparada, me pongo la ropa: una falda holgada, una camiseta de media manga y mis bailarinas. Abro el armario y saco una pequeña maleta. La verdad es que no me hace falta nada porque las chicas se han encargado de prepararlo todo allí y no sé si esta noche conseguiré dormir.

—Vamos, despídete ya, que aún tenemos mucho por delante.

Avanzo hacia Marc haciendo oídos sordos a lo que las dos me dicen y me abrazo a él. Pasa sus manos por mi espalda, masajeándomela, y sus labios se posan en los míos. Nunca, y cuando digo nunca es nunca, me cansaré de sus besos, de cómo recorre mis labios con su lengua, acaricia la mía y me hace sentir la mujer más especial del mundo.

—Mañana te veo, preciosa. Descansa.

—¿No estás nervioso? —digo, mientras vuelvo a unir nuestras bocas.

—Sí, pero solo porque me perderé otra noche a tu lado.

Las chicas me agarran del brazo y tiran de mí. La verdad es que yo también estoy muy, pero que muy nerviosa. Sé que es un simple trámite, pero voy a unirme al hombre que ha removido mi mundo, al que lo ha puesto a mis pies, el que va a ser el padre de mis hijos. Sí, estoy nerviosa porque, como dice él, me perderé otra noche juntos.

26

El día

Estoy sentada en el que era mi sofá, en mi antiguo apartamento. Así es como me siento: una invitada, pero desde que lo dejé para ocupar el de Marc mi vida ha dado un giro de ciento ochenta grados.

He pasado de ser la mayor cornuda del mundo mundial a mantener una relación estable con la persona que menos podía imaginarme. Voy a casarme con él en menos de veinticuatro horas y vamos a ser padres. Pongo la mano en mi vientre; solo hace dos meses y escasas seis semanas que sé que voy a ser mamá, pero ya amo a estos bichitos, como los llama todo el mundo, con toda mi alma.

—La Tierra llamando a Dani. —La voz de Tere me saca de mis pensamientos.

—¿Qué pasa?

—Pues que acabo de tener el monólogo más largo del mundo, ¿dónde diantres te encuentras?

—Pensando en todos los cambios que ha habido en mi vida y en los que están por llegar —digo, con algo de nostalgia en la voz—. No me malinterpretes, estoy contenta.

Se sienta a mi lado en el sofá. Merche ha salido a no sé qué de última hora y ya se está haciendo tarde, pero no tengo sueño. La verdad es que agradezco este momento a solas con una de mis chicas. Tengo tantas cosas que preguntarle..., pero no me atrevo.

—Estoy muy orgullosa de ti. —Apoya su cabeza en mi hombro—. Has sido muy valiente, no se podría decir lo mismo de mí. —Pongo mi mano sobre su muslo para darle apoyo, porque sé que le está costando decirme esto—. Ahora no es el momento, Dani, es tu día, pero no te preocupes, en cuanto me encuentre algo mejor serás la primera en saberlo todo.

—Lo único que quiero es que seas feliz. Es mi hermano y sé que es difícil, pero es un buen hombre, aunque si vuestro destino es estar separados...

—Gracias, cielo, venga, vete a dormir, yo esperaré a que llegue esta petarda. La peluquera estará aquí mañana temprano, pero seguro que tu madre vendrá antes.

El sonido del ajeteo en el salón me despierta. Aunque me fui pronto a la cama, estuve un buen rato intercambiando mensajes con Marc. Me he sentido más que bien, como una jovencita con el tonto de un noviazgo.

Escucho a mi madre hablar con Tere y Merche. Mi amiga tenía razón, ha llegado pronto. Miro la hora en el teléfono: son las ocho de la mañana, cinco horas y seré una mujer casada. También tengo un mensaje de Marc de hace apenas unos minutos.

Estoy deseando que llegue la una y poder gritarle al mundo que mi corazón y mi alma te pertenecen. Eres el sol que ilumina todos mis días, el agua que sacia mi sed, la estrella que guía mi camino. Sé que no soy la persona más romántica del mundo, pero tú sacas mi lado más ñoño, el que más me gusta cuando estoy a tu lado. Te amo, pelirroja.

Una lagrimilla escapa de mis ojos; estas hormonas van a acabar conmigo. Necesito contestarle y decirle lo que siento.

Me gustan tus ñoñerías, me gusta cuando te cabreas, me gustas cuando te conviertes en la persona más estirada y engreída del mundo. Me gusta todo eso porque hace que seas tú. Quiero gritar para que se escuche en todo el mundo que mi alma y mi corazón son tuyos desde el momento en que nos conocimos, incluso cuando eras tú el único que me habías visto y yo aún no sabía de tu existencia. Gracias por haber insistido, por haber luchado por lo nuestro. Te amo, mi abogado engreído.

La puerta de la habitación se abre de repente y cuatro mujeres entran en estampida. Merche, Tere, mi madre y Sonia, todas hablando a la vez.

—¡Basta! —grito para que se callen, porque no me estoy enterando de nada de lo que me dicen—. Una a una, por favor.

—Entra a la ducha, ponte el albornoz que hay detrás de la puerta y vuelve aquí. La peluquera llega en media hora —ordena mi madre.

No voy a protestar. La verdad es que pensé que me levantaría más nerviosa, pero me siento genial. ¡Hoy es el día más feliz de mi vida!

Después de darme una ducha relajante, que a juzgar por cómo han aporreado la puerta ha durado más de lo deseable, salgo del baño y me encuentro a la peluquera esperando. Ha desplegado todas sus herramientas

sobre la mesa: secador, tenacillas, mil y un botes... Ya no estoy nerviosa, sino muerta de miedo. Quiero algo sencillo y se lo hago saber, y ella me asegura que es lo que piensa hacerme, aunque harán falta todas esas cosas para que el peinado me dure.

Vale, lo sé, mi pelo es rebelde por naturaleza, pero no creo que sea tan difícil. Al poco tiempo de estar sentada en una silla, que estoy segura que no es de este apartamento, aparecen dos personas más, también peluqueros, que empiezan a retocar a mis amigas de mil maneras. En ningún momento dejan que me mire al espejo y aunque no me haga gracia me resigno y me aguanto. Ya he intentado levantarme un par de veces y me lo han prohibido.

—¡Oh! Estás preciosa. —Mi madre se acerca a mí y toma mis manos.

—Mamá, te agradecería que no me hicieras llorar, que sabes que últimamente soy de lágrima fácil y a esta mujer no creo que le haga mucha gracia. —Miro a la peluquera-maquilladora que tanta paciencia ha tenido conmigo y asiente con la cabeza—. Y ahora, creo que ya es hora de que me vea.

Todos se acercan a mí con espejos en la mano, se hace el silencio en la habitación y cuando al fin puedo mirar mi reflejo, entiendo por qué sonrían. Es mejor de lo que esperaba: las ondas de mi pelo han quedado perfectas, el color es más intenso gracias a la cantidad de potingues que me han echado. Sí, es el peinado de Jessica Rabbit, el perfecto para mi vestido de novia.

Mi madre, mis amigas, incluso Sonia, me abrazan, y yo aguanto como puedo las lágrimas que luchan por salir. Los peluqueros nos ayudan a separarnos y evitar que su trabajo se estropee. Recogen todo y de la misma manera que llegaron se van, dejándonos solas para que empecemos a prepararnos para mi día.

—Vamos, no hay tiempo que perder —dice Sonia—, estamos a poco menos de dos horas y aún hay que vestirte.

En la habitación todo está pulcramente preparado: mi vestido de novia en un maniquí, la ropa interior encima de la cama. La verdad es que mi madre se ha lucido.

No siento vergüenza cuando retiran mi bata y me quedo desnuda ante ellas; mi madre me trajo al mundo y he compartido ducha con mis amigas los días en que el agua caliente escaseaba.

Me ayudan a ponerme la ropa interior. Un precioso conjunto de encaje blanco de La Perla que se ajusta a la perfección a mis curvas. Me piden que

me siente en la cama. Tanta atención me adula; Sonia se coloca delante de mí y Tere le tiende una cajita. Al abrirla encuentro la liga más bonita del mundo.

—Algo azul.

Mi madre me ofrece un colgante precioso. Sé de sobra cuál es, una reliquia de la familia que perteneció a mi abuela. No la llegué a conocer, pero por lo que siempre nos han contado tuvo que ser una mujer increíble. Con mucho cuidado, me lo coloca en el cuello.

—Algo prestado.

Ahora les toca el turno a mis amigas, que también han preparado una sorpresa. Sonia les deja espacio y se acercan a mí. Merche porta una bolsa y extrae de su interior algo que no esperaba. Cuando nos conocimos, decidimos tener algo en común.

—¿De dónde lo habéis sacado?

Me lo ponen en las manos: es un pequeño amuleto que nos pasábamos la una a la otra en la época de exámenes; como estudiábamos carreras diferentes nos era fácil compartirlo. Es la tontería más grande del mundo, nuestro amuleto. Unos pendientes con forma de trébol que compramos en un mercadillo *hippie*. Eran los únicos que quedaban y a las tres nos gustaron, así que decidimos compartirlos hasta que un día nos olvidamos de ellos, crecimos y el amuleto ya no nos hizo falta.

—Algo antiguo.

Me siento la mujer más afortunada del mundo por tener a las personas que me rodean.

—Venga, que aún queda lo más importante.

Me levanto de la cama y los nervios se apoderan de mí cuando empiezan a sacar mi vestido del maniquí. Pero no porque no quiera dar este paso, todo lo contrario, es porque me siento feliz. El camino hasta aquí ha sido el más difícil de mi vida, he reído, llorado, aprendido cosas nuevas, pero el final es perfecto.

Mi madre desliza el vestido por mi cuerpo y una pequeña lágrima resbala por mi mejilla. Al momento, un pañuelo la retira para que no estropee el maquillaje.

Vamos allá, a por el mejor día del resto de mi vida.

* * *

Dicen que quien tiene que esperar es el novio, pero al final fui yo quien metió prisa a las chicas y llegamos tan pronto que tuvimos que hacer tiempo en el aparcamiento del hotel.

Supe por ellas que Marc acababa de llegar, pero cuando intenté bajar de la limusina y salir a su encuentro no me lo permitieron.

—Tienes que hacerlo esperar.

—Creo que ya es tarde para eso —respondí, colocando mi mano sobre mi barriguita.

Poco después nos dirigíamos al ascensor que sube directo al restaurante. Cuando vi la decoración me quedé alucinada: todo estaba cambiado, adornado con guirnaldas de flores, y no vi ninguna mesa. Habían dividido la sala en dos con unos biombos preciosos; enseguida noté la mano de Sonia en todo aquello.

—Vamos allá.

Comenzó a sonar la canción *Thinking out loud*, de Ed Sheeran, la versión instrumental. Mientras caminaba por el pasillo rumbo al altar que habían preparado, mi mirada se cruzó con la suya. Marc estaba impresionante, con un chaqué completamente negro, camisa blanca y una corbata fina. Vi la felicidad en sus ojos y una sonrisa boba se dibujó en mi cara.

Al llegar a su lado, mi madre me dio un beso y unió nuestras manos.

—Hola, preciosa —me susurró, y no pude evitar ruborizarme.

El juez inició su discurso, pero yo era incapaz de prestarle atención; solo sentía mi mano en la de Marc, que acariciaba mis nudillos.

—Marc Capdevila, ¿aceptas recibir como esposa a Daniela García y prometes serle leal, en la prosperidad y en la adversidad, en la salud y en la enfermedad, y así amarla y respetarla tanto como dure vuestro amor?

—Acepto, para todos los días de nuestra vida.

Volvió a repetir la misma frase para mí y un millón de mariposas comenzaron a revolotear en mi interior.

—Acepto, para todos los días de nuestra vida.

Intercambiamos los anillos y mientras los flashes de los fotógrafos inundaban el salón, yo notaba el calor subiendo por mis mejillas. Marc no había soltado mi mano en ningún momento, ni siquiera cuando firmamos el acta que acababa de convertirnos en marido y mujer.

—Para mí es más que un honor haber sido partícipe de esta unión —anunció el juez, un hombre ya entrado en años—. Conozco a Marc desde que

era un niño y puedo decir que, después de una infancia, digamos... movidita —las risas resonaron a nuestra espalda—, se ha convertido en un gran hombre. Así que permítanme que sea el primero en felicitar a la pareja. Ya podéis besaros.

Marc tiró de mi mano hasta que nuestros pechos se unieron, apoyó una mano sobre mi cadera mientras la otra acariciaba mi mejilla y me regaló el beso más apasionado que hasta ese día habíamos compartido. Los vítores de los presentes no se hicieron esperar.

Entonces, sí, me sentí la mujer más feliz del mundo. Teníamos por delante un largo camino para vivirlo juntos.

27

Epílogo

—Cielo, la niñera llega en un momento, ¿estás preparada?

—Sí, ya salgo. —Me miro al espejo: me encanta haber podido encontrar este vestido después de tantos años.

Han pasado cinco, hoy es nuestro quinto aniversario y va a ser distinto. No hemos vuelto a pisar la mansión desde que decidimos no volver si no era juntos, y hoy disfrutaremos de lo que nos unió. Hemos jugado mucho en esta cama que con tanto cariño Marc puso en nuestro hogar; un hogar, eso es lo que hemos creado entre los dos.

Rocío e Israel, nuestros dos pequeños, son unos torbellinos que me dieron un embarazo de lo más movidito. Decidieron venir al mundo a los ocho meses, cuando más tranquilos estábamos. Mi madre dice que son exactamente iguales a Fran y a mí, aunque siempre acaba discutiendo con Josep, que opina que Rocío tiene la inteligencia de su padre e Israel su poca vergüenza, algo que yo comparto con él. Pero son dos amores.

Mi hermano viene a menudo a verlos y hablamos todas las semanas. Él y Tere no han vuelto a estar juntos, quiero decir como novios, porque me consta que han quedado alguna que otra vez. A menudo he intentado saber lo que les pasó, pero ninguno se decide a contármelo y, mientras no salga de ellos, no voy a inmiscuirme en su relación.

Merche, mi loca, se ha ido. No penséis mal, un día, de buenas a primeras, anunció que quería viajar y se marchó a Francia. Trabaja mucho y hablamos, o por lo menos lo intentamos, una vez por semana.

Miguel sigue igual que siempre, con alguna novia de vez en cuando, nada importante. Está tan loco como cuando lo conocí y visita a menudo su nueva habitación en la mansión. La anterior quedó para uso exclusivo de Marc y mío, aunque llevemos algo más de cinco años sin usarla.

Y Marc y yo..., ¿qué es de nosotros? Nuestro amor crece por días, lo amo con toda mi alma y no sé lo que sería sin él. Yo continúo trabajando para Sonia, me he ocupado de grandes proyectos y estoy muy contenta. Mis jefes me han propuesto dejar de ser una simple trabajadora y asociarme con ellos,

y voy a aceptarlo. A Marc le van genial las cosas, para qué negarlo, algo bueno tenía que traernos esta crisis: embargos, separaciones y asuntos que un abogado de su categoría sabe manejar, lo cual nos ha permitido llevar una vida cómoda.

Marc silba cuando aparezco ante él con mi precioso vestido rojo, idéntico a aquel que nos dio tantas alegrías y también tantas tristezas, el que corté en pedazos. Al fin y al cabo, es parte de nuestra historia y estoy contenta de haberlo encontrado y llevarlo hoy.

—Mamá, que *uapa tas* —dice Israel con su media lengua.

—Pareces una *plincesa* —le sigue su hermana.

Al poco rato llega la niñera y salimos hacia nuestro destino. Estoy tan nerviosa como la primera vez que recorrí este camino.

—Preciosa, vamos. —Marc me abre la puerta. La mansión nos espera.

Me rodea con sus brazos y me une a él para saborear mi boca y yo aprovecho para cogerle el culo. Desde que acabó la cuarentena nuestra vida sexual ha vuelto a ser la que era y no me canso de este hombre.

—Sabes que no tenemos que entrar si no quieres.

—Pero me apetece —le digo, besándole el cuello—; al fin y al cabo, estas paredes han visto formarse nuestro amor.

—Eres lo mejor que me podía haber pasado, no me canso de decírtelo. Te amo más que a mi propia vida y quiero que sepas que no soy nada sin ti a mi lado. Era cenizas cuando llegaste a mí, me tocaste y volví a arder. No permitas que nunca me apague.

—No lo permitiré jamás si tu llama continúa encendiendo así la mía. Me sedujiste, me perseguiste...

—Y te encontré.

FIN

Agradecimientos

A mi marido, a mis hijas y a mi familia por todo el apoyo brindado, sin vosotros este sueño no sería posible. Gracias por estar siempre ahí, incluso cuando yo desconectaba delante del ordenador con los auriculares puestos, cuando soportabais mis conversaciones sin sentido y vuestras sonrisas siempre estaban para seguir mirando hacia delante para alcanzar mi sueño.

A mi editora Adelaida Herrera, desde que te conocí todo ha sido un camino de rosas. Te has convertido en mi hada madrina cuando creía que nada podía salir bien. Gracias por confiar en mí y en esta historia y aguantar todas mis dudas. Contigo todo parece más fácil.

A Noni García, por estar siempre a mi lado y darme ese empujón que me hacía falta para creer un poco más en mí. Eres una gran amiga, de las de verdad. Te quiero muchísimo y espero seguir caminando a tu lado en este mundo.

A mis lectores y a todos los compañeros de letras que me siguen animando para que haga lo que más me gusta, sintiéndome arropada y querida. Sin vosotros esta historia tampoco sería una realidad. Gracias.

A mis compañeras de editorial Clara Álbori, mi pequeñaja y Moruena Estríngiana, porque desde que me llegó la oportunidad de pertenecer a Click Ediciones me ayudasteis en todo lo que estaba en vuestras manos, escuchándome, aconsejándome y sintiéndome parte de la familia. Sois grandes.

Y por supuesto a ti, que has llegado hasta aquí, ¡Gracias por darme la oportunidad de compartir mi novela contigo!

Notas

- 1 Es una expresión del habla popular gallega. *Allo* significa «ajo» en castellano.

2 Joder! Te quiero, ¿por qué has tardado tanto?



Helena Sivianes nació un 18 de agosto de 1984, en Sevilla, España. Desde siempre ha sido una persona muy imaginativa y fantasiosa que cuando leía se imaginaba distintas maneras para que continuaran las historias.

Desde que a sus apenas catorce años cayó en sus manos la primera novela romántica no ha podido dejar de leerlas hasta que hace unos tres años decidió probar suerte compartiendo sus ideas con el mundo en la plataforma Wattpad. Tras las opiniones de lectores y compañeros de letras decidió dar el paso y acabó autopublicando en Amazon con una gran acogida y una multitud de comentarios positivos.

Desde que empezara su primera novela no ha dejado de escribir, con más de una idea en su cajón de sastre deseando poder darle la forma que se merece, de donde salió esta novela en forma de reto personal.

Concilia su vida como escritora de novela romántica New Adult con su trabajo en una tienda de videojuegos y ser madre de dos niñas de siete y cinco años, y, por supuesto, su marido. Los pilares de su vida que le dan fuerzas para luchar por sus sueños e intentar cada día llegar a más personas con las historias que crea desde el corazón.

Novela publicada: *Empezar otra vez*

Visita el blog del autora: <http://helenasivianesautora.blogspot.com.es/>

Contacta con Helena en Facebook: <https://www.facebook.com/Helena-Sivianes>

Encontrada por la tentación
Trilogía Tentación III
Helena Sivianes

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la portada, Pressmaster / Shutterstock

© Helena Sivianes, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2017

ISBN: 978-84-08-17488-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.

CLICK EDICIONES es el sello digital del Grupo Planeta donde se publican obras inéditas exclusivamente en formato digital. Su vocación generalista da voz a todo tipo de autores y temáticas, tanto de ficción como de no ficción, adaptándose a las tendencias y necesidades del lector. Nuestra intención es promover la publicación de autores noveles y dar la oportunidad a los lectores de descubrir nuevos talentos.

<http://www.planetadelibros.com/editorial-click-ediciones-94.html>

Otros títulos de Click Ediciones:

Perseguida por la tentación. Trilogía tentación

Helena Sivianes

Seducida por la tentación. Trilogía tentación

Helena Sivianes

De vuelta a tu amor. La unión

Isabel Acuña

Una canción para Abril

Victoria Aihar

Un beso peligroso

Jo Goodman